

RIMA PA LOS COMPAS

Rap / conurbano / memoria

Gonzalo Sarrais Alier



Rima pa' los compas

Rap barrial, conurbano y juventud

Gonzalo Sarrais Alier





©

© De la edición Tinta Limón

Corrección:

Corrección de galeras:

Diseño de cubierta: Diego Maxi Posadas.

Diseño de interiores: Juan Pablo Fernandez

Diagramación: Florencia Ayelén Medina

Fotos de cubierta:

www.tintalimon.com.ar

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723



Atribución-No Comercial-Sin Obras Derivadas
2.5 Argentina

Rima pa' los compas

Rap barrial, conurbano y juventud

Gonzalo Sarrais Alier



Índice

Empiezo por el final.....	9
El proyecto	
La banda <i>del Medio</i>	12
Letras pesadas.....	17
Un día normal	21
Un embrujo para los envidiosos	23
Mi dilema.....	28
Primeros aprendizajes	30
Bienvenidos al barrio	33
Los recursos	
Un golpe de suerte	38
La fotografía.....	41
Nuestra meta	44
Insistencia	
La boca del lobo	46
De La Calle Records	52
Los sospechosos de siempre.....	55
Pausa	
La piba que rapeaba en silencio	60
Un estudio de grabación para las pibas.....	62
El gozo	
El día que retumbó la sede	65
Un barrio laburante	

El musiquero.....	66
Deja de presionar.....	68
Rap laburante.....	70
El barrio está prendido.....	73
Geografía barrial	
Amistades de guerra.....	75
Felices fiestas.....	79
Los tanques de agua.....	83
Las tardes de domingo.....	84
Los sonidos de una despedida.....	86
Las fronteras.....	89
Historias que contar	
Macana.....	92
El pibe de la bicicleta.....	95
Muchacho inocente.....	96
Sugus.....	97
Rima pa'los compas.....	98
Epílogo. Tarde de perros viejos.....	104

En esos encuentros semanales de caos creativo y quilombo a secas, las consignas de escritura fueron dejando pasar –y copar– a las impostergables y obligatorias consignas existenciales y barriales: componer, grabar, editar canciones y videos de hip-hop. Siempre supimos que se escribe y se canta lo que se vive, y que se vive y contagia lo que nos alegra y nos junta.

Los hechos y personajes de este libro son de ficción. Cualquier similitud con la realidad es pura coincidencia, ya que toda reconstrucción de una experiencia nunca puede capturar del todo cada una de las capas de lo real, y este libro no será la excepción.



Empiezo por el final

Sábado, 3 de la madrugada, me inyecté un poco de ganas para seguir. Ya tenía preparada la cámara en la mochila –revisé no haberme olvidado la memoria y la batería–. Pude empezar el viaje tranquilo y atravesar el conurbano sur por el medio: salí de Berazategui, pase por Ezpeleta, hasta el Barrio 2 de Abril, Rafael Calzada. Nocturnidad pospandemia, nadie en la calle, mantuve el auto a sesenta un rato largo, por el centro de Solano, extrañamente despoblado, crucé Donato y San Martín sin semáforos funcionando, señas de luces entre quienes nos cruzamos, y seguí. El primero que apretaba el acelerador pasaba, había que tener el oído

atento –a esa hora, ya silban los pajaritos–. A lo lejos, se escuchaba una frenada previsible. Son esos momentos del día donde no se conectan las ideas. Hay miles de imágenes que retornan, desordenadas, y ni siquiera se puede armar una historia para pasar el tiempo del viaje –como esos sueños que no tienen ningún patrón–. Pero me tenía que enfocar en el camino: siempre es más jugado andar por la avenida cuando parece vacía.

Al toque ya estaba en esa fiesta *clandestina* devenida en emprendimiento familiar. Caer al barrio a las 10 de la mañana con el guardapolvo –o su espectro de laburante estatal– o llegar a la madrugada de una noche de otoño son escenas muy diferentes, pero ambas comparten el mismo recibimiento: *los nuevos barrios no cuelgan pasacalles de bienvenida a nadie* (escribía Lea en su libreta mientras volvíamos una tarde de Villa Tranquila, hace diez años). Ni siquiera el hecho de que a este Gol viejo ya lo tenían visto muchos vecinos, doblando por Santa Ana y Ramírez, me dejaba del todo tranquilo. Pero les había prometido que iba a caer.

En la esquina de siempre, me estaban esperando para entrar. El MaxiKing se subió al auto y me indicó por dónde agarrar para llegar a la fiesta, estábamos a pocas cuadras. Me saludaron los dueños de la casa, tenían unos cuarenta años o un toque menos, cobraban 400 pesos la entrada, lo que no impedía que estuviera desbordado de pibas y pibes. Entre complicidad y ganas de contar un poco cómo viene la movida, se me acercan y me cuentan que son unos billetes claves para terminar la obra que estaban haciendo para sumar unas piezas. No los escuchaba del todo bien, pero me muestran unas cajas con botellas, unas heladeritas con latas, en una barra improvisada que estaba laburando a pleno. A esa hora, el fondo de la casa ya era un boliche. ¡Faaa! ¿Cuánto hace que no estaba en una escena de corte de tránsito en una joda? El único baño estaba en un pasillo que iba desde la calle hasta el fondo; la cola entre quienes querían entrar al baño y quienes querían entrar a la fiesta no era compatible. Pasé como pude esa fila mientras todas y todos me miraban y se preguntaban qué hacía este viejo acá. Además, mi presencia se volvía más extraña por el hecho de tener la mochila puesta y la cara reventada de un viernes que había arrancado casi 24 horas antes. Alguna y alguno que otro me conocía del taller o de alguna filmación por el barrio, pero eran los menos. Cuando llegamos el DJ tiraba unos RKT y la fiesta ya estaba re encendida. Tambaleando subimos una escalera en proceso y llegamos a una terraza improvisada. Desde ahí, se veía que no entraba

nadie más: el fondo de esa casa estaba estallado. Enseguida me vino la frase de Maxi, de hace unos días: “Es algo familiar, Gonza, la fiesta la organiza con los padres”. Ja, era todo cierto, pero sonaba a otra cosa. De todos modos, nos debíamos esa escena en las fiestas del barrio. Todas las tomas de shows que grabamos fueron de visitantes. Está vez, La Sede Producer era local y de noche.

La idea era continuar un videoclip de un tema de Porte LQ que habíamos comenzado una tarde de domingo con lluvia. Las escenas de aquella tarde jugaban un montón, pero faltaban las de la fiesta para completar el recorrido del video. Esa tarde, nos pusimos debajo del techo de chapa de un almacén, que protegía a la cámara del agua. La lluvia, la calle de tierra, el barro, el perro de siempre, tres vecinas que desafiaban la lluvia, un par de primeros planos a los charcos que reflejaban parte del barrio. Pero la letra no pegaba del todo: “*Mandale mecha, mandale mecha*”. “¿No va mejor en una escena de noche, en alguna fiesta o algo así?”. Unos días después, esta fiesta se armaba en la casa de uno de los pibes del barrio, donde los invitaron a cantar. La oportunidad se presentaba.

Hacia tiempo, habíamos empezado a pensar de otro modo los guiones de los videoclips. El barrio no podía ser siempre el mismo escenario de fondo, por eso fue necesario empezar a moverse, buscar otras iluminaciones, y a darle una vuelta más a la relación entre las letras y las imágenes de fondo que aparecían.

Pero, como todo se producía a pulmón, llegamos a la fiesta y no teníamos ni un cable USB para pasarle el tema al DJ, para que suene en los parlantes. Tampoco había micrófono para poner la base y cantar arriba. Había muchos amigos, amigas, vecinos que esperaban que sonara el “tema nuevo de *los ñeros*”. Después de nosotros, se subieron a la terraza un par de pibes del barrio, y todos esperaban a que suene el tema y empiece el rodaje. Y el cable de *miniplug* a *miniplug* –que era una segunda opción para pasar la música– nunca apareció.

La canción nunca sonó. Entonces, había que improvisar otra cosa: hicimos unas tomas desde arriba del techo de la casa, el Porte cantaba y, de fondo, se veía la fiesta. Pero estaba todo muy oscuro. Intentamos iluminar al Porte con un flash de celular, pero faltaba mucha luz para que la toma funcione para el video.

Después de un rato, me fui medio frustrado, por mandarme y saber, en el fondo, que no fueron las mejores tomas que podíamos hacer. Santa Ana, Pasco, y volver a mi barrio del sur. En el camino, pensaba que no les había avisado la mala noticia. Pero ni daba en ese momento. Nos habían dicho, desde el municipio, que no les interesaba el proyecto de la cooperativa de rap: después de un año y medio de falsas promesas, estábamos en el mismo lugar. Insistiendo solos, y otro palo más en la rueda.

Clavé los frenos, aunque ya tenía estudiada esa montaña de cincuenta centímetros que hay sobre Pasco. ¿Cuánta nafta me quedará para seguir sosteniendo este ritmo? Pasaron reuniones, proyectos, cuentas mentales ficticias, pero seguíamos igual que como empezamos. La insistencia, la militancia, las horas de edición, el tiempo de los pibes puesto para crañear cada canción, cada video, cada detalle. Fueron cuatro años “siempre en una, nunca en ninguna”.

Intentaré reconstruir ese *travelling* imaginario: esas líneas y fronteras que se fueron trazando y atravesando, cada uno de esos detalles que se fueron entrometiendo en esta historia de rap del conurbano sur, aquellas secuencias que nos fueron llevando hacia un posible final. “Una apuesta que salió mal –pero no tan mal– siempre tendrá su versión maldita”, pensaba mientras me iba a dormir. Pero, en otro lado, la noche recién estaba empezando.

“Nosotros no dormimos, no dormimos, no dormimos / con los compa’ estamo’ activos, andamos clandestinos toda la noche como los vampiros.../ Yo no duermo tampoco mi bro, es por eso que esta noche ando derramando *flow*/ Nosotros no dormimos, no dormimos, no dormimos. Nosotros no dormimos, estamos todos maldecidos”.

La banda del Medio

Nos habían anticipado que el barrio estaba loteado por diferentes bandas, pero que hacía unos años, en la sede, ya no se cruzaban. Esos tiempos habían dejado muchos enfrentamientos, y ese barrio tensionado iba aflojando y pasando de su peor momento. Una supuesta calma, que empezaba a desmentirse con pequeños gestos. Caminando por el barrio en una de las primeras jornadas de rodaje, registrando murales

de amigos que ya no estaban, miro para atrás y veo que diez de los trece que íbamos caminando se frenan en la esquina. Como si hubiera una frontera invisible que Maxi, Nacho y yo cruzamos, pero que los demás no podían cruzar. En esas dos cuadras que siguieron hasta llegar al otro mural, entendí –y se respiraba– que estábamos en territorio enemigo. Si en el barrio 2 de Abril, como en tantos otros, conviven varios barrios en su interior, esta banda de pibes representaba a uno solo: el Medio.

Maxi se acercó a hablar con un grupo de tipos en una esquina, que, no muy amistosamente, nos dejaron seguir, y así llegamos al otro mural. Había mucho más que unas contraseñas para acceder a cada espacio del barrio. Todas las conflictividades, vueltos, historias familiares se plegaban en cada intersección. Entonces, era fundamental tener un registro actualizado y preciso de las diferentes zonas del barrio: en qué esquina nos podíamos juntar, en cuál no.

La banda de pibes *del Medio* era principalmente los que circulaban por la sede del Programa Envión,¹ por esos años. Aunque no se engancharon en los talleres, caían siempre para la hora del desayuno o el almuerzo. Los conflictos entre bandas dejaron de entrar masivamente a la sede, pero seguían marcados en esas fronteras que armaban pequeños barrios al interior del 2 de abril.

Recuerdo la primera vez que cayeron. Esa mañana de jueves, los pibes *del medio* entraron de a muchos y cerraron la puerta del aula de un portazo.

“¿Este es nuestro taller?”

Fue por los primeros meses del 2018. Hacía unas tres semanas que habíamos empezado un “taller de expresión” –siempre lo llamamos así en el primer momento de presentación a los pibes y pibas, para que nos permita saber qué onda; qué cosas les gustan, etc.–. En esta oportunidad, el taller no entraba en la grilla de un espacio comunitario, un comedor, una escuela, como veníamos haciendo en los últimos años, sino que fue en el marco del Programa Envión. Esas primeras semanas fueron de conocernos, pero no se armaba mucho. “¿A quién le gusta sacar fotos?,

13

¹ Programa dependiente del Ministerio de Desarrollo Social de la provincia de Buenos Aires, gestionado por los municipios, que está destinado a chicos de entre 12 y 21 años.

¿a quién escribir?”. A las preguntas le seguía el caos y un par de charlas paralelas con los pibes y pibas, presentaciones necesarias en donde se imponen historias de vida. De todos modos la idea de hacer una revista de la sede, del barrio, se sostenía.

Por esos tiempos, nosotros teníamos un primer número de prueba de una revista barrial, *Plagas*, en la que escribían exparticipantes de talleres o algunos de los que estaban participando en ese momento en otro barrio. También amigos y amigas de otras movidas. Proponer hacer una revista era algo que estaba funcionando y podía ser una buena punta para encarar el taller. Las primeras que se coparon fueron un grupo de pibas a las que les gustaba escribir. Enseguida empezaron a relatar historias de dramas barriales en las que habían estado involucradas. Y mientras Lea y Nacho coordinaban ese espacio, yo quedaba solo en otro lugar de la sede, por si caían otros pibes. Por eso, esa mañana, cuando entraron los pibes del medio, tuve que sostener la interrogación como pude.

“¿Revista...? ¿Revista de qué?”

Siniestrín, que siempre se ocultaba detrás de su capucha, tiraba una risa mientras revolotea detrás del tumulto de pibes. (Lo apodamos “Siniestrín” cuando lo conocimos una semana antes. Tiramos dos palabras con él y largó una risa mezcla de guasón y de la vieja de Okupas. “Uf... Siniestra esa risa”, reaccionamos al toque... *Jajaja*, se fue riendo y revoloteando como siempre. No era una risa de barrio picante, era risa de sordidez ambiente que nos hablaba y contextualizaba todo el tiempo dónde estábamos... para que estuviéramos pillos. Se consagrará unos meses después junto con una frase histórica: “Jaja, mirá la pinta que tiran y no tienen ni un billete”, les decía a los pibes mientras tiraban poses para un video).

14

La interrogación, venía con unas miradas de *fijate qué vas a responder*:

“Nosotros escribimos, y estamos haciendo una revista. Hay de todo... historias de un barrio, de brujería, entrevistas... Algunos de los que escriben son de otro barrio donde estamos haciendo un taller, Villa Azul, allá por Quilmes. Al que le pinta dibujar o sacar fotos, también sirve...”. (Nadie me estaba escuchando, pero seguía igual).

“Un pibe hacía canciones de rap, dejamos una parte de la revista para publicar las letras de sus canciones...”

Dejaba la revista de prueba sobre la mesa. Quedó abandonada, y la charla siguió para otro lado.

Pasó un rato, y la mayoría se había ido para el patio de la sede. Se quedaron Elías y Alexis. Se acercaron y me dijeron de costado: “A nosotros nos gusta el rap, hacemos rap, bah, ja, intentamos”. Enseguida salió la opción de que alguna letra aparezca en la revista, de que armemos una sección, pero no tenían nada terminado.

“Nosotros improvisamos”.

Se escuchaba la primera rima de miles que retumbaran en esos espacios. Guerras a escala barrial, la identidad y el respeto, y algún que otro berretín que escucharon y repitieron de *FA* o *Canserbero*.

“No tenemos nada escrito, no escribimos, nosotros rapeamos”. Después de un ida y vuelta, pensando si se trataba de escritura o no, de que uno de ellos me contara que no le gustaba escribir a puño y letra, me ofrecí a pasar en una hoja las rimas que iban tirando. Improvisaban y registrábamos las rimas, y, de a poco, se iba armando un tema para el barrio. Como eso no funcionaba del todo, empezamos a grabar en el celular y después lo reproducíamos una y otra vez.

La semana siguiente, teníamos impresa la primera canción con cuatro estrofas. Y, a partir de ahí, empezó la manija. Alexis empezó a hacer ese mismo ejercicio, pero en su casa, y traía una canción o dos por semana. Entonces, había que empezar a grabar. No escribía en puño y letra, pero sí en el Facebook. Las pistas de rap que escuchaban para improvisar se podían descargar y usar libremente en su mayoría. En el caso contrario, teníamos que mandar un mail para pedir permiso de uso, pero siempre había una respuesta positiva. Así que decidí llevar una placa y un micrófono que acababa de pegar y tenía en mi casa para componer, una notebook que apenas prendía, pero que soportaba el Audacity (un programa de audio gratuito y bastante sencillo e intuitivo de usar), y empezaron las grabaciones.

Y eso fue una explosión.

Cada jueves, grabábamos cuatro o cinco temas. No importaba del todo en ese momento la calidad de audio ni la acentuación de las rimas. Lo importante era que ese fin de semana iban a sonar en la esquina, o en la casa de alguno que tenga un parlante potente. Sonarían los temas de los pibes para todo el barrio.

Esas grabaciones eran una inyección semanal, lo hablábamos y era un pacto explícito. No era tiempo de aprendizaje, ni del programa de grabación, ni de tiempos musicales, ni de recursos literarios. Durante meses, estuvimos grabando con una latencia muy marcada, y lo teníamos que resolver *a oído*. A veces quedaba bien, pero, en otras oportunidades, hacíamos una mezcla rara de tiempos y acentuaciones en la misma canción.

“Pasá el tema, Gonza”. Era tanta la manija que ni siquiera esperábamos para bajar los temas en MP3 para que se los lleven. En cada jornada que terminaba, esa era la última frase de los pibes cuando me iba. Se los mandaba al otro día por Facebook y todo cerraba.

Elías, Alexis y MaxiKing fueron los primeros tres que empezaron esta movida, y en unos meses teníamos la notebook llena de temas suyos y algún que otro tema de otros y otras que se empezaban a animar.

De una semana a la otra, empezaron a caer más pibes y pibas del barrio que estaban en el palo del hip-hop. Mientras uno grababa, los demás armaban rondas de improvisación: empezaban con el *freestyle*, uno a uno iban agrandando la temática, metiéndole más detalles, más rimas, más palabras.

16 Pero el audio no alcanzaba, por eso, empezaron los videoclips. “Tenemos una cámara que nos dieron de un taller que hicimos hace unos años en Don Orione”. Canción y video: recorriendo su barrio, El medio, sus murales, sus esquinas y, de a poco, empezar esa rutina de salir con la cámara. La banda del medio comenzaba a dar vueltas por sus calles, con otro berretín.

Desde la impresión de esa hoja A4 con aquellas primeras rimas, en pocos meses todo transcurrió casi como una obligación de sostener esa vitalidad que creció ese día. No fue el momento de aprendizaje fino: los temas, los vídeos tenían que estar sonando en los parlantes y en los celus

de la banda del medio cada fin de semana. Después de ese primer año empezamos a pensar qué hacer con todo eso. Y así nació la idea de una productora propia.

“La Sede te Producer”, tiró Alexis un día mientras grababa y comenzaba a presentar los créditos de un tema. Era una combinación rara de idiomas que evocaba el modo en que la materialización de su música de a poco se iba acercando a lo que escuchaban en YouTube. Todos esos videos contaban con un “Prod.” en sus títulos. Para Alexis, por su musicalidad y porque lo tenían escuchado mil veces, aquella abreviatura tenía que estar en inglés. Y cuando le agregaba el “te” y acentuaba “cer”, podía castellanizar el término y lo volvía más distinguido. Y, ya con el concepto adquirido, quedaba la pregunta: ¿Y a ellos quién los producía? ¿Era esa banda que se encontraba cada jueves en el taller? ¿Copar la sede y extraer de ahí su firma? De a poco, y desde ahí, se fue imponiendo el nombre que nos acompañaría en el intento de hacer una cooperativa: La Sede Producer.

Letras pesadas



Empecé escuchando artistas de rap, desde chico me gustan. Primero, empecé escribiéndole a alguna noviecita o sobre cosas que me pasaban. Después, de grande, fui perfeccionándome más, empecé a escribir mi música, a practicar, a hacer *freestyle*, participé en varias competencias. Así surgió todo, así surgió MaxiKing.

(Vamos de nuevo. Luz, cámara, acción).

Mi nombre artístico es MaxiKing. A mí me gusta el hip-hop, el rap. Desde chico me llamaban la atención esos artistas de rap, la música urbana, entonces me puse a escribir. Quería hacer mi propia música. Al principio, no cazaba un mambo, pero bueno, de a poco la práctica hace al maestro. Empecé a escribir mis letras, a practicarlas. Y de repente te saqué un temita. Hice un video. Me fue bien. Después, hice el segundo y, hasta el día de hoy, sigo haciendo música. Formé un grupo, los Reyes del 2, con mi hermano y otro compañero más. Seguimos haciendo música

para que la gente conozca el barrio de nosotros, que es el Barrio 2 de Abril, en Rafael Calzada. Porque, como el barrio tiene una re mala fama, es mal visto en un montón de lados, gracias a la música de nosotros les estamos mostrando que hay chicos buenos, que hay talento. Que también hay gente mala, pero no es del todo por ciento mala. Todos tenemos un lado oscuro.

No había nadie que haga rap acá. Nosotros fuimos los primeros. De chico, me vestía con ropa grande, ancha... se me burlaban, me decían "te hacés el Daddy Yankee, te hacés el rapero"... y sí, me hacía. Pero ahora, de grande, ya mucha gente me conoce por mi música, por el arte que yo hago.

Nací en el Barrio 2 de Abril, un barrio discriminado. Pero hay mucha gente que se levanta temprano. Hay albañiles, hay carpinteros. Hay de todo un poco. Están los que salen a cortar pasto, los que salen a vender a la calle, los que hacen rosquitas. Hay mucha gente buena. Es como en cualquier barrio. En todos los barrios existe la delincuencia, pero en el 2 de Abril pasaron varios hechos que fueron muy fuertes, entonces ya quedó mal visto, para siempre.

Antes no había mucha ley. La policía no llegaba tanto al barrio, todos andaban armados, se agarraban a los tiros por boludeces, por minas, por jugar a la pelota, por bronca en la cancha. Por cualquier cosa era bala. Pero bueno, ahora eso ya cambió.

Tengo un recuerdo. Estábamos en mi casa, era chiquito, no sé cuánto tenía. ¿7 años? Y al lado de mi casa había un almacén. Y mi abuelo había ido a la colimba, estuvo en las Malvinas, en la marina; y no le cabía eso de robar. En mi familia, todos se dedican a la construcción, son buenas personas, trabajadoras. Pero entraron a robar una vuelta ahí. Incluso entre los que entraron a robar estaba un familiar mío, encima. Y mi abuelo se enfrentó con ellos a los balazos. Empezaron a caer tiros adentro de mi casa, y tuvimos que tirarnos al suelo y todo. Antes, mirá lo jodido que estaba, que encima era de noche. Mi abuelo siempre cuenta de ese momento en que escucha que le están levantando las chapas para entrar al almacén.

Antes nos juntábamos todos, y bueno, el que no tenía su fierrito, no tenía su porro encima, su pastilla, no era piola como todos los que estaban ahí en la esquina. Pero esos pensamientos ya fueron. Éramos como quince pibes que nos juntábamos en la esquina, quedamos... Pedro, que es mi vecino, y yo, los únicos que quedamos en libertad. Después, todos están presos. Imaginate, toda una cuadra, que es El mirlo, que éramos quince amigos de chicos, trece pibes en cana y solo dos en libertad. Yo cumplí lo mío, ya está. No volví más en esa.

Ahora estoy en la música. La música me relaja, me expreso ahí.

Siguen siendo mis amigos. Yo hablo de eso en mis letras, porque, donde ellos están viviendo, a mí me tocó vivir también. Hasta el día de hoy, ahí adentro hay una banda de pibes que me mandan mensajes, que me dicen que vieron mi videoclip, que escucharon mis temas; y me dieron aliento, un par de palabras: “Seguí en eso, bien ahí”.

Nosotros éramos chicos. Vivíamos solo con mi viejo. Y también nos empiezan a caminar por el techo. Nos quieren levantar las chapas. Mi papá tenía un arma; una escopeta. “Métanse abajo de la cama, métanse abajo de la cama”, nos dice. “Debe ser un gato”, pienso. Pero enseguida lo llama la vecina del frente y le dice que es uno que está arriba del techo y uno en el patio. Entonces empezó a tirar, ¡pum!, ¡pum! Escopetazos al techo. Nosotros estábamos re asustados, si éramos re chicos.

Me acuerdo que empecé en el taller de rap con los muchachos por Elías, mi hermano. Aparte, ya había participado del Enviñon años atrás, cuando era chico. Un día cuando volví a estar en mi casa, porque estaba guardado, volví a participar. A tratar de reinsertarme en la sociedad de nuevo, y los demás estaban en un taller de escritura con unos muchachos. Eran escritores de libros. Y nosotros les mostramos que también éramos escritores, pero que escribíamos música urbana, relatos de amores, de secuencias que pasamos, de peleas. Y así, un día tuvimos la oportunidad de cantarlo. No éramos profesionales, pero nos defendíamos. Tuvimos la oportunidad de empezar a grabar, fuimos a Longchamps a un estudio, hicimos un re viaje en el auto, nos llevaron los muchachos, fuimos todos re contentos: era como una excursión para nosotros. Era algo nuevo. Conocimos por primera vez un estudio de música. Entramos a la cabina, le pusimos la mejor onda. Y sacamos nuestros primeros

temas. Saqué uno de los temas que más les gustaban a mis vecinos y a la gente de los alrededores; *Flow* adictivo. Ese les gustaba mucho porque nombraba al monte.

–*Tirate una ahora.*

Uh, no sé, compa, no me acuerdo.

“Hablando con el diablo le ofrecí mi corazón / pero no era necesario, es que yo ya tenía el don / si quiero lo hago rápido, si quiero lo hago *slow* / es que sea como sea esto va sonar cabrón / bien cabrón, bacanón, es que soy el mejor / vengo con letras pesadas como un maldito camión / otra vez los mandé a dormir porque tengo *flow* / si quieren los mando a dormir y no...”.

El rap me sirve para descargar un poco de ira. Los sentimientos que tenemos nos llevan a escribir. A nosotros, que estamos en el bondi de la música, nos lleva a escribir. Nos motiva a algo, escribimos. Estamos tristes por algo, lo escribimos. Es un salvavidas, porque yo me re relajo con la música. Tengo mi PC ahí en mi casa y cuando quiero salir del ámbito de locura donde a veces estoy... No es que soy una persona, viste, ahí, hecha y derecha. Me quedo, me encierro ahí en el cuarto, pongo la computadora, pongo una pista y le empiezo a mandar vida, eso, las cosas también malas que yo hago. Porque todos cometemos errores. También hay cosas buenas, claro.

Yo no escribo. Pongo el sonido y fluye. Me pongo a improvisar y lo canto dos, tres, cuatro veces, hasta que me queda en la cabeza. Nunca lo escribo.

Un día normal

Por MaxiKing

Acá llega el maxi otra vez, vos sabés,
y al que quiera que no esté, yo le digo “qué lo qué”.
Vengo a contarle una historia como yo lo sé hacer,
así que por favor presten atención y dice así:

Una mañana gente, de un día normal,
como cualquier mañana acababa de despertar.
Y cuando la cara me fui a lavar,
el diablo tras el espejo me empezó a hablar:

Me dijo que tenía un don, que no quería más,
y que si yo aceptaba me lo podía regalar.
Con una voz malvada dijo que era el don del rap
y que solamente el alma le tenía que dar.

Le dije qué onda diablo, porque mejor no te callás,
no te confundas bro, no es mi primer batalla.
Esta es mi cultura la definiendo como un maya.
Él contesta: es mi cultura, no de Dios y lo subraya.

No podía rendirme, lo tuve que enfrentar,
le dije haz lo tuyo diablo quiero escuchar.
Me dijo eres un simple mortal, a mí no me quieras retar
o al infierno te voy a llevar.

En ti no hay bondad hay maldad, así que sabemos
que en el inframundo te vas a quemar.
Le dije no es mentira, es verdad; pero si no me llegas a matar,

ya nadie me va poder parar.
Recuerdo esa mañana con el diablo hice las pases.
Después de una dura batalla con intensas frases.
Ahora no me importa lo que pase, hago rap con clase,
mientras unos mueren y otros nacen.

Camino entre los vivos con el diablo de amigo,
mientras me miran de lejos los enemigos.
Una sombra se interpone en mi camino
y me dice no temas, solo quiero hablar contigo.
Si quiero hoy te llevo conmigo, pero no es el día,
soy la muerte me explico.
Hoy estás de suerte vine a conocerte porque tú,
al igual que diablo, son mi gente.

Ahora camino con el diablo en mi izquierda, mientras que a la derecha
la muerte matando a los que ponen piedras.
Con mis compas en esta enorme selva haciendo rap
y quemando un blond de esta yerba.
Pasamos el día y la noche llegó,
el diablo me dio la mano dijo eres el mejor.
La muerte se me puso al frente me abrazo,
y luego junto con el diablo desapareció.

Ahora me encuentro solo, sin nadie alrededor.
Pero esta vez que estoy solo, ya no tengo temor.
Es que el diablo y la muerte dijeron que yo era el mejor.
Que nadie podrá pararme menos a mi corazón.

Un embrujo para los envidiosos



Estábamos con Porte LQ y Hunder esperando el bondi en San Martín y Santa Ana. Íbamos a la estación de Calzada. Fue la primera vez que organizamos para filmar a un rapero que no era del barrio: Gabriel Rap, un pibe más grande que ellos, del barrio San José. Eligió la estación de tren porque cuando pasaba por ahí para ir a laburar, veía un monumento con siluetas –que homenajea a los desaparecidos en la última dictadura militar– y se había imaginado su clip ahí. Ya tenía varios temas de *Rap conciencia*, de vieja escuela, donde aparecen narrados muchos acontecimientos históricos. La torre de agua enorme, la plaza, las gradas grafiteadas, ya se había imaginado cada una de las tomas. No me acuerdo de qué laburaba Gabriel, pero justo pasaron unos compañeros de trabajo o amigos que vendían en el tren y se alegraron de verlo en modo raperero en plena grabación.

La cuestión es que en ese viaje en bondi, a partir de esta posibilidad que se abrió con la producción del video de Gabriel Rap, comenzamos una charla sobre cómo *pegarla* con el rap. El hecho de hacer una filmación para alguien fuera del taller, y que Gabriel Rap se ofreciera a tirar unos billetes para apoyar el proyecto, dejó picando la pregunta de qué caminos podían tomar para vivir de la música. La de conseguir un productor ya se había convertido en una leyenda urbana. Las productoras no suelen escuchar a artistas nuevos si no hay un contacto de por medio, o descubren que tiene muchos seguidores o reproducciones en sus videos caseros, pero, de todos modos, sigue siendo la primera opción a tener en cuenta. El *boom* del rap tenía apenas unos años en Argentina, y no en cualquier estudio iban a recibir a los pibes.

Para ese camino, entendía que ellos tenían mucha más información: conocían del palo del rap a una decena de raperos amigos, y quedamos en investigar cada uno por su lado. Semanas después, un amigo, que laburó a principios del 2000 produciendo bandas de rock y al que le quedaban algunos contactos, nos tiró un dato: me decía que, como primer paso, las redes sociales eran fundamentales; estar presentes –todos los días–, tirar historias en Instagram, subir los temas a Spotify, YouTube, todas las

aplicaciones posibles era una base para recién empezar. Pero, por esos meses del 2019, ninguno de los pibes tenía todas esas redes sociales ni celulares para esa inmediatez, así que, con el tiempo, esa fue una variable que empezamos a tener en cuenta; pero había que pensar la difusión de su música y la llegada a algún productor desde otro lado.

Había otro camino, que no era para pegarla, sino para acompañar el berretín rapero de muchos y muchas que ellos conocían –que la única moneda que juntaban era para grabarse en estudios caseros–. Armar un proyecto de cooperativa para presentarlo en el municipio, en diferentes concursos de cultura, en ministerios. Habíamos arrancado el taller en el Envi3n y ya sabíamos que el programa estaba vaciado, con sueldos por el suelo, y que ah3 no est3bamos consiguiendo nada. Pero alguna otra posibilidad se pod3a conseguir. Si de algo ten3a una idea, despu3s de trabajar m3s de diez a3os en programas sociales, con l3neas pol3ticas de diferentes gobiernos, y que depend3an de Naci3n, Ciudad, Provincia o municipios, es que el proyecto podr3a entrar en el marco de programas sociales encarados tanto desde la promoci3n cultural como sociocomunitaria. No solo eso: un a3o despu3s, en el contexto del paso del Salario Social al Potenciar Trabajo, con la asunci3n del Frente de Todos al gobierno, se abr3a la posibilidad de pensar una cooperativa de j3venes, con la franja etaria que m3s sufr3a –y sufre– de desocupaci3n durante estos a3os. Hasta pod3amos flashear que La Sede Producer se pod3a replicar en otros barrios.

Este segundo camino fue el que recorrimos m3s tiempo. Sin un billete, como nos anticip3 Siniestr3n en el primer a3o, pero sosteniendo el berret3n colectivo, con la idea de armar una banda y de pegarla de a muchos.

Recuerdo que, en la charla de ese viaje, empec3 a enunciar el plus de *armar-banda*. Y al toque me fren3 y me qued3 mirando por la ventana del bondi mientras lleg3bamos a los arcos de Calzada. Me vinieron a la mente las veces en que convocamos la imagen de “lo colectivo” en otros talleres y lo extranjero que sonaba. Por eso, no ten3a sentido mandarme toda una bajada de l3nea sobre la importancia de generar ese tipo de experiencia. Siempre nos fue dif3cil explicar, cuando ca3amos con el Colectivo Juguetes Perdidos, qu3 3ramos y por qu3 entr3bamos de a tres a las sedes, a comedores o donde nos convocaban para realizar alg3n taller de

escritura o participar de alguna movida barrial. Siempre nos presentaban como Juguetes Perdidos y no como talleristas o docentes. Cuando les pasábamos los libros, aparecía la idea de que escribíamos, pero nunca cerraba del todo la imagen del colectivo político, de Juguetes Perdidos como espacio colectivo no sólo de escritura o de talleres, sino también de investigación (que ya lleva década y media de existencia).

Siempre fuimos claros cuando se trató de experiencias exclusivamente militantes o, como en este caso, en donde se mezclaba eso con el hecho de que también estábamos trabajando. Aunque, rápidamente, se intuía que La Sede Productor –salir a filmar por fuera de la sede y del horario del taller– estaba más allá de ese trabajo en el que cobrábamos dos monedas. ¿Éramos laburantes que les hacíamos la segunda para que filmaran los videos? Sí y no. ¿Había militancia, una apuesta por las experiencias silvestres? Sí y no. Lo que estaba claro era que esa apuesta no respondía a un cálculo individual, sino a una estrategia colectiva, a una línea política que no era necesario explicitar pero que sí aparecía clara cuando nos poníamos a charlar sobre el devenir de la cooperativa, y sobre qué caminos tomar.

Para nosotros, con Juguetes Perdidos, había sido más sencillo. Las bandas de rock nos habían dejado una forma disponible para tomar, y nosotros la llevamos para el lado de la escritura. Pero cuando empezamos a dar vueltas con la experiencia del Colectivo, se nos hacía difícil apelar a alguna figura del presente en la que el “yo” se disolviera en una figura colectiva. Todo lo contrario, el código que se ponía a jugar era *bancarse todo* en la propia identidad y su propia historia; con toda la dificultad que eso trae.

Bancar tu carrera artística con tu currículum callejero, es por un lado un signo de distinción desde dónde salir a venderse, pero también puede ser quedar atrapado en la propia historia: cargar con las cosas buenas que te pasaron, pero también con las malas, con las que cada uno se mandó.

La charla seguía cuando llegamos a la estación de Calzada. Nos encontramos con Gabriel en la puerta y subimos por la escalera metálica para ir del otro lado, donde se encontraba el monumento. Cuando estábamos cruzando, y Hunder hacía algunas tomas desde arriba con el tren pasando, el debate de si había que pegarla solos o no derivó en una discusión alrededor de la figura de *los envidiosos*.

Los envidiosos son una figura muy presente en sus canciones, aunque se percibía muy poca envidia en la movida del rap. Todo lo contrario. Siempre se hacía la segunda y se apoyaba la rima del otro. En ese momento estábamos en un rodaje de alguien que no era del barrio, y lo que primaba era hacerle la segunda. Si había billete, era más por un gesto de parte de Gabriel para apoyar la movida que lo que nos movía a estar ahí.

De todos modos, los envidiosos eran unos de los personajes principales; como también el ego de la primera persona: “El que mejor tira rimas, soy el mejor en este *flow*”. No son exactamente las frases que cantaban, pero por ahí pasa, así es como se enuncia en las canciones. Primera persona y letras duras. Reales. Llenas de biografía y secuencias vividas.

En ese momento, cité una serie de canciones de Alexis, en las que relataba toda la historia de su familia, su viejo, cuando vivieron en el hogar, sus hermanos. Su vida joven, de 17 años, relatada en una canción. Que continuaba con la historia de Macana, el relato de cualquier amigo del barrio que no se pudo rescatar nunca. Y terminaba relatando a su barrio, donde a la ausencia del respeto para todos los vecinos se pegaba directamente a los envidiosos que no dejaban progresar a nadie.

Insistía en que no eran una presencia marginal. Los envidiosos aparecían en los pantallazos que hacía cada relato de las canciones. Si las letras fueron una cámara que hacía un 360 del barrio, al espectro de la envidia, del respeto y de la humildad siempre le hacía foco. “Es una forma de decir *envidiosos*”, me dice Porte. Aunque no continuó con la idea. Seguimos con la charla, pero quizás era solo un mambo mío. Cuando ves que los códigos que te permitieron transitar una época se van disolviendo, y no te aferrás a ellos, te encontrás no solo con un barrio novedoso, sino también con ciertas sutilezas que terminan siendo gigantes y determinantes. La figura de los envidiosos, intuía, era una de esas.

Sigo repasando ese día. Al toque cayeron los amigos de Gaby Rap. La felicidad que les dio verlo en rodaje. Se quedaron un buen rato mientras veían irse trenes y, con estos, unos billetes que podrían haber estado, en ese momento, en sus bolsillos. Pero seguían ahí, felices. Todo se trataba de hacerle la segunda, como pasaba en los días de grabación: quedarse en la cabina escuchando las rimas. (En los primeros temas que grabamos,

hasta se escuchan, en la mezcla final, las voces de quienes estaban de espectadores, celebrando cuando terminaba de cantar alguna rima). Lo de los envidiosos tenía que venir de otro lado.

De repente, arranco con otra hipótesis que les resuena más, y, por lo menos, salen algunas carcajadas mientras se van incorporando un par de anécdotas que la refuerzan. Esta es una hipótesis que va encadenando diferentes escenas donde la envidia podía tocar de costado: es muy común que se traduzca el mal viaje con consumo de pastillas como “embrujaron a mi hijo”. Muchas veces sucede lo mismo cuando aparecen algunas enfermedades de la piel o un dolor de cabeza. Toda familia tiene a alguien que cure el mal del ojo o que tire el cuerito. En toda cuadra alguien porta ese anillo curador de culebrillas. Hay una lectura profunda de la relación cuerpo y estado de ánimos: con quién te juntás, con quién te peleaste, con quién te amigaste. No se subestima lo que te afecta, o no, de la presencia de los demás.

Recuerdo cuando Marta recorrió todo el barrio buscando dónde habían dejado el gualicho contra su hijo. Todos sabíamos que hacía unas semanas lo había tomado el consumo de pastillas, y que ese mambo te deja como embrujado. Pero había algo más. “El mal se paga”, repetía convencida. No sabía si se refería a que su hijo había hecho mal a alguien y ahora lo estaba pagando, o si estaba hablando de la exnovia de su hijo, o de la madre de la exnovia de su hijo, o de ese que antes andaba con él, que eran algunas de las personas de las que sospechaba que le podrían haber hecho el gualicho. Pero mientras recorría el barrio buscando alguna señal, desnudaba esa soledad previa, la intemperie donde se juegan los afectos hoy en día. Si te rozaste con alguien por la mínima gilada, un par de miradas te pueden tumbar. Al toque te cae una maldición. Y Marta lo sabía, y buscaba sin parar elementos en cada rincón del barrio. Botellas vacías, ropa tirada, estampitas, algo entre los pastizales. Y volvía a la esquina y nos volvía a preguntar cada detalle de nuevo. Y así seguía repitiendo sin parar, el mismo recorrido, la misma búsqueda. De alguna manera, exorcizar esas veredas, cada detalle de esas esquinas, para que su hijo pueda volver a habitarlas.

Quizás la figura de los envidiosos vislumbra un terreno de donde se parte y se percibe que, si se vive para atrás, si cada uno está con miles de quilombos, cualquier alegría, cualquiera que pegue algo queda en orsai. Y no es algo moral, ni se resuelve en la iglesia del barrio a través del

arrepentimiento y prometiendo no envidiar a nadie. Los envidiosos existen y van a existir mientras vivamos cada vez peor, mientras en nuestros barrios “se salven dos de cada veinte”.

Las últimas tomas del rodaje fueron en el andén del tren. El guarda, esta vez, nos dejó pasar: “¿Dónde va a salir?... ¿En YouTube? ¡Qué bien!”.

En nada encontraba la figura de la envidia. Lo que quedaba en claro, más allá de eso, es que teníamos que seguir investigando cómo movernos en ese ambiente, cómo hacer de ese berretín del rap una manera de conseguir un billete. Esa conversación quedó rebotando, y la invocamos algunas veces durante estos años, para leer las cosas que nos fueron sucediendo. “Como hablamos aquella vez en el 271...”.

Mi dilema

HuNDER

No quiero marcharme sin ver
que esto es lo que buscaba cumplir
Yo sueño despierto y las noches las uso para escribir
Lo que siempre quise fue brillar y a mamá tenerla feliz
y en el nombre del de arriba, que me ve, lo voy a conseguir.

Muchos nombran la calle y pocos las caminan
Hoy con 13 ya no juegan, están en la esquina
Otros todo el tiempo están arriesgando su vida
Por un tubo, plata y un poco de adrenalina
Yo trato de mejorar un poco todos los días
Sabiendo que en contra esta una sociedad podrida
De qué sirven muchas caras si hay droga y bebida
Cuando queda cero “money” cortan la cabida
Pero eso queda en manos del que está ahí arriba
Y sino está el karma, acá todo gira
Y cuando vuelve seguro, que doble castiga
Porque no cualquiera pisa en estas calles finas.

Mi dilema es no ser otro esclavo del sistema,
Ser el protagonista de toda la escena
Soy yo mismo, lo demás que vaya y venga.

Yo se que es largo el proceso y es larga la fila
Pero el cuchillo no es igual sino lo afilan
Yo soy legendario como celular con pilas
Clásico como el cassette, pero con el flow que pidan
Yo conozco mucha gente que si arranca tira
Los guachos no salen de la vida clandestina
Todos tenemos un ángel que nos ama y nos cuida
Pero cuando toca, toca, el que mal anda mal termina.

Un rato en el estudio es un rato menos en la esquina,
Sabiduría
Aunque no quieran estar entre los mejores de Argentina
Y diré quién lo diría.

El barrio es un peligro, digan lo que digan
Personas que bancan, y otras se la comen viva
Yo quiero morirme en esta tierra divina
En las calles que no tienen luz pero viven prendidas
Si no es por autógrafos, no voy a poner mi firma
Yo soy automático, manejo mis medidas
Estoy más enfocado que Cannon encendida
Bienvenidos señores, esto es rap de Argentina.

Mi dilema es no ser otro esclavo del sistema,
Ser el protagonista de toda la escena
Soy yo mismo, lo demás que vaya y venga.

Primeros aprendizajes



... *rapear es sacarle provecho a una mala situación.*

I

Pensar es hablar. Al contrario de lo que se cree (que primero se piensa y después se expresa lo que se ha pensado), la parla, acá (en un monólogo gedito, un hip-hop interminable laburado en las noches y escrito en el celu, en una ronda de improvisación), muchas veces es pensamiento en vivo... la parla como materia y esfuerzo del pensamiento. No se piensa al barrio si no lo podés hablar, si no podés buscarle palabras, meterle rimas, improvisarle arriba. Pero ojo: hablar no es *lorear*, no es decir cualquier cosa, boquear, agitar de más, repetir palabras. En un texto de Juguetes Perdidos, escribimos alguna vez, en relación con la parla en la cárcel, que las palabras son cuerpos, son historias, son vidas, y hay que bancarlas con el gesto, con la mirada y con la experiencia. Eso distingue al que *lorea* del que habla: las palabras se vuelven otras, o, mejor dicho, vuelven a ser palabras y no mera pose o eslogan...

2

Cebarse. Hay que encontrar el estado anímico y perceptivo justo para lograr una descripción minuciosa del barrio, las formas de vida, los destinos, los mambos, y hasta las propias biografías. Poner la pista en el celular y repetir la rima hasta que haga nacer a otra; y así hasta nombrar lo que realmente pasa. Hay que estar a la altura de lo que uno vive. Escribir el día a día. Si la rima calza con lo que uno está sintiendo, se convierte en canción.

30

3

Una rima piola es como un virus. Escuchar a un compa tirando un razonamiento que te llega, te descoloca, también te ceba y te da ganas de hacer una canción. Te incentiva y te contagia. Activa al de al lado. Por eso, no se escribe ni se canta para uno, aunque la letra habla de la propia vida. Se canta para dejar una idea suelta por el barrio.

4

Al toque. Encuentros intensos y aprovechando cada segundo del taller, de la jornada de filmación, porque, si no, hay que esperar una larga semana para volver a grabar. Aprovechando el ritmo que se trae de la continuidad con la manija de la noche anterior. Llegar, tirar una rima y mostrar la letra de la canción que se maquinó toda la semana. Cuando teníamos los talleres los jueves se grababa rápido, los demás lo aprobaban y salían rápido del espacio de grabación a fumar algo. Cuando terminaba la jornada, había que bajar los temas. “¡Pasá los temas!”. Las canciones tenían que estallar toda la semana en los parlantes.

5

Copar el taller. También hay encuentros o momentos de los jueves donde se para la pelota, y aparece una consigna y se piensa más en vivo; como recordamos a los pibes que bajaron y ahora están en los murales que copan las paredes del 2 de abril; qué mensajes tirar y cuáles no; y qué onda caminar el barrio con todos loreando alrededor. Rescatar una idea en el *freestyle* que tiró el compañero, para nutrirse de palabras, conceptos. No hay nada que explicar, ni significar, la palabra es ritmo y, para fluir, tiene que conectar rápido con el barrio total y denso, con los afectos que circulan, con los berretines que se crean cotidianamente. La presencia de los demás, los que no tiran rimas, es también clave para acompañar el viaje que están emprendiendo sus compas. Entre el momento del descanso y algún “qué cheto” que se escucha, aparece siempre un: “Canta bien el pibe, eh”. Cuando aparece inmediatamente “un flama” ante una rima o ronda de improvisación, es porque la palabra calzó y logró tocar un recorrido vital bien complejo.

Pero para habilitar esos momentos, antes sucedió un copamiento del taller, capturado por *los del medio*, que lo hicieron suyo. Porque a algunos de ellos les gustaba hacer rap desde hacía muchos años y no encontraban el lugar. Entonces se habilitó un traspaso de la ranchada al Envión. Un día, Maxi nos tiró: “¿Sabés por qué está bueno el Envión? Porque estamos como en la esquina, pero acá dentro”. Ese límite difuso entre cómo habitar un espacio barrial sin pudrirla, pero tampoco sin ortibarse. Entramos todos, ¿pero todos? Algunos saben que no. Una cosa es cómo te manejas en la calle, otra en tu casa, otra en la noche, otra en el Envión. Pero ese aprendizaje tiene su tiempo y, para que exista el taller, el barrio tenía que entrar a la sede.

6

Los barrios hoy parecen ser totales. Y no como gueto, sino como fatalidad. No hay lugar para un taller o cualquier otra iniciativa, como una instancia más de un *continuum* que se extienda por la ciudad, que se prolongue en un desplazamiento de los pibes más allá del barrio. En algún momento, con las universidades en el conurbano –a las que muchos pibes de los barrios llegaron–, con espacios barriales con recursos, con más guita dando vuelta, el barrio se continuaba –o intentaba hacerlo– en una ciudad ampliada, que plegaba la esquina con el boliche, las casas con el *shopping* o los centros comerciales, la plaza del barrio con la cancha. Recorridos que permitían acoplar, por ejemplo, los talleres con otras líneas de fuga de los pibes y pibas. Pero estos últimos años de ajuste y mayor gorrudismo ambiente cortaron toda fuga; los posibles se fueron agotando y fue más difícil pensar un taller como un terreno más en un *continuum* piola, con expectativas de que saliera de allí alguna movida en común, un tipo de alianza en movimiento. El ajuste y el cierre de posibles vitales fija roles, arma guetos, aleja esos terrenos virtuales –pero bien reales– en donde se dan las alianzas insólitas. Tampoco hay lugar para pensar un taller –o un aula, o un espacio en alguna organización social, etc.– como refugio, porque los pibes nunca se quedan ahí. Hay movimientos, pero son mayormente en soledad, donde el que se mueve está más regalado al gorrudismo ambiente, a entrar en dinámicas más oscuras, al bajón anímico, etc..

7

Recalculiar. Hay que medir los *bloopers* que nos mandamos, dónde actuar de tal manera y dónde actuar de otra, dónde tirar inevitablemente un berretín y dónde no, y hablar más pausado. Recalculiar estrategias vitales: “Todos lorean y nadie sabe de verdad, hay que improvisar, investigar...”, tira Alexis en una rima. ¿Qué hacer cuando pinta el bajón, las 7 a.m., el brutal detenimiento, los movimientos que ya sabés cómo terminan, inevitablemente en una cárcel o en las iglesias? La parla como pensamiento es investigación constante, que requiere una rutina de improvisación que capte las palabras justas. Por eso no hay que repetir y lorear, y tirar berretines solo como pose. La improvisación tiene que captar el vínculo justo entre la rima y lo que pasa.

8

Pillez. Reconocer el campo de juego. Una época de achicamiento y ajuste de la economía, donde no circula guita. No solo no se puede apostar 24/7 a una sola cosa, sino que muchos de los pibes no pueden ni estudiar. Entonces, terminan dividiendo su apuesta vital como pueden: cada vez menos horas para el hip-hop; y la otra para subsistir: laburar en construcción, en la calle, de *delivery*. Aunque tengan facilidad para escribir, para hacer rimas, y tengan seguidores en YouTube, hay que laburar, porque, más allá de que el hip-hop les da respeto y la alegría de que sus temas suenen en el barrio, no les da billetes. Una época donde los signos de clase se ven muchos más para encarar cualquier apuesta. Del mismo modo que, como Colectivo Juguetes Perdidos, no somos investigadores, los pibes no son raperos: tienen que salir a laburar, a hacer changas, buscar la guita de la forma que sea, porque hay que aportar algo a la casa. “Aunque yo tengo estilo, no estoy a la moda / va caminando a mi lado la muerte cabrona”. Se recalcula, pero no se abandona.

Pero no es una derrota de los pibes. Hay una *pillez* vinculada al laburo, a ser laburante, pero no agilado ni mulo. Laburantes pillos a cara de perro, parándose de mano en la YPF o en la calle, cuando alguno se te retoba. Para muchos pibes, laburar es más difícil que salir a bardear, es decir, es un gesto más potente y más intempestivo. La derrota es la de la época y la de los pocos laburos posibles para los pibes: la precariedad, las condiciones de mierda en las que laburan, y el gorrudismo de los jefes, que les exigen por dos pesos.

Bienvenidos al barrio



“Se trataba de los barrios, como se vive el día a día en un barrio humilde como el de nosotros. Hay delincuencia, hay hambre como en los demás barrios. Hay abuso policial, hay muchas cosas que muchas veces la gente ignora, que no quieren ver porque son cosas malas. Es lo que nosotros vivimos en el día a día y no nos queda otra que seguir para adelante, y estamos tratando de cambiar esa situación con la música, para ver si podemos progresar en algo”.

Recuerdo ese momento donde las canciones dejaron de tener esas rimas que venían armadas y cerradas de la historia del rap internacional –principalmente de Puerto Rico–, frases hechas que circulaban en el *freestyle* en las plazas, que se repasaban y aprendían de memoria, que en su gran mayoría fueron adoptadas por el rap argentino en los 2000; esas rimas desaparecieron y empezaron a reemplazarse por otras.

Por el hecho de ser quien grababa las canciones, y además porque no era del palo del rap, esa exterioridad me permitía ponerle atención a lo que escribían no solo quienes terminaron siendo integrantes de La Sede Producer, sino muchos otros y otras que pasaron por la sede a grabarse en ese primer año. Me detenía más en la escritura, pero igual distinguía las líricas diferentes, y notaba cuándo eran exportadas de otros músicos y cuándo no.

Si alguien hiciera una genealogía o una investigación detallada de cada una de las letras de la cultura hip-hop, podría encontrar frases calcadas en muchísimas canciones. Y si no son iguales, es muy similar la vinculación y el uso de muchas de esas palabras. Bueno, eso sucede en la mayoría de los estilos musicales. Como *tips* que están disponibles libres de uso, de la misma manera que las pistas musicales que utilizan para grabar sus canciones, que encuentran para bajar de YouTube. Frases sobre la conciencia, sobre la verdad, sobre el respeto.

Pero, en un momento esas rimas tuvieron menos predominio en las letras que traían cada jueves, y empezaron a llenarse de narraciones casi inmediatas de lo que estaban viviendo. No eran de cualquier contexto. El ajuste que había arrancado el macrismo ya mordía demasiado, y se notaba en lo picante que estaba el barrio: cada semana una secuencia nueva. Se convirtieron de golpe en *corresponsales de guerra*. Por eso, se escribía bocha. Una canción por semana cada uno, por lo menos. Eran como partes de una guerra que tenía que estar necesariamente para mantener los ojos abiertos. Corresponsales porque no le esquivaban a la radiografía del barrio. Letras que eran historias de vida, pero también que son un videoclip del barrio en movimiento. Por eso, las letras no tienen nada de chamuyo, están salidas en caliente de todo eso que va pasando.

Lo que grafica muy bien esto fue una vez que cayó Maxi a la sede, y mientras esperábamos a los demás, y él prendía la computadora y sacaba la placa de sonido, me empezó a contar que estaba nervioso porque al día

siguiente tenía que ir a firmar un papel al juzgado; y recién en ese momento le iban a decir si seguía en libertad o tenía que volver a la cárcel. Cruzamos dos palabras, y al toque empezó a grabar. Sabía que algo de eso iba aparecer en la letra de lo que iba a rapear, pero no solo lo nombró, sino que lo encadenó a otras secuencias que estaba viviendo y, en cada frase, ataba con un hilo cada elemento del barrio, y mientras encadenaba cada imagen, arrastraba y se llevaba puesto todo lo que circulaba sobre el rescate, el barrio, la educación, la familia. En un par de horas, se jugaba su futuro. Tenía que dejar ese registro.

Hay imprevistos o acontecimientos que trastocan tu vida para siempre, que llegan de golpe. Pero hay otros de los que uno tiene plena conciencia y, encima, se acumulan, se encadenan y se pueden volver muy reiterados, si se van desarmando ciertas estructuras que sostienen una vida. Hay que saber lidiar con esas encrucijadas vitales, pero, principalmente, hay que saber cómo convivir, si en cada momento, algunos están a mil, jugándose todo en un instante, y otros no. ¿Cómo lidiar con intensidades diferentes, con vidas que están pasando diferentes batallas?. “El ritmo barrial”, ¿se le podría llamar?

Un punto clave en esa imagen del corresponsal es que este necesita de alguien que espere ese parte. En principio, podríamos pensar que eran sus otros amigos los que le otorgaban legitimidad a lo que narraba, cuando afirmaban con la cabeza en las horas de grabación. Pero también había algo de urgencia por escupirlo. Por eso, más que buscar un oyente, lo que se buscaba era sacarse algo de encima.

La imagen del corresponsal es muy diferente a la del rapero ambulante: subirse al tren y vender tu historia de vida. Hay todo un saber al enfrentar a cientos de pasajeros para hacer unas monedas. Requiere mucha habilidad de venta, pero, más que mostrar un barrio en movimiento, y mostrarte como un personaje ambiguo, con sus oscuridades y maldiciones, se trata de hacer lo contrario, cerrar un par de paquetes que vendan tu historia: “Me rescaté y ahora hago mis rimas para progresar...”.

Por el 2010, acompañamos un par de veces a un pibe de Don Orione a tocar en el tren y en el andén de la estación de Burzaco. Hicimos el cruce peatonal que pasa por abajo de la estación toda una mañana y, en otra oportunidad, nos subimos al tren e hicimos Consti ida y vuelta un par de veces. Habíamos armado una banda con los pibes que iban al

taller de música por ese tiempo, y le hicimos la segunda porque acababa de ser padre y queríamos ver si funcionaba –y conseguía más monedas– si caíamos todos juntos. Hacía improvisaciones, cantaba temas de Tego Calderón (Yo tengo un ángel / Que me protege de los envidiosos / Y ese ángel me protege y no le importa si yo soy un vicioso / Yo tengo un ángel que siempre está detrás de mí / Y un ejército'e guerreros / Y ese ángel me protege de los que no son sinceros) y vendía alfajores en el tren. Vendía una canción o lo que quería. Y podía diferenciar tranquilamente lo que era su música de lo que tenía que vender, sea una canción o un alfajor, y la pose o el guión al que tenía que apelar.

Por eso, se notaba mucho cuando una rima tenía cierta lírica (el tono y la intención que cada uno le ponía a las palabras) y se podía percibir si la atravesaba una *línea real*, por el encadenamiento y la puesta en serie de esas secuencias del barrio que no parecían forzadas.

Otro momento en donde también se notó mucho esa diferencia fue cuando Alexis comenzó a escribir una o dos canciones por semana y, en cada una de sus letras, entraba toda su biografía con apenas 17, 18 años. El relato fluía y casi no tenía que apelar a ningún berretín rapero. Y aunque parecía un relato biográfico (*Familia abandonada, Me considero un guerrero*), hablaba mucho más del barrio que de su vida. Se acercaba mucho más a un ensayo sociológico que a una poesía.

Una mañana de invierno, caímos a la sede y estaba totalmente en otro clima. La reja cerrada, pensamos por un momento que la sede no iba a abrir. Algo había pasado la noche anterior y, hasta ese momento, seguía la policía en la esquina del barrio. La policía en la esquina de la salita comenzó con las preguntas, y luego se metió a la salita para atar hilos de lo que había pasado. Al rato, cayeron para grabar en medio de todo eso, con la policía metida literalmente adentro de la casa de uno de ellos. Igual cayeron lookeados, pensando, además de grabar, en sacarse alguna foto para subir en las redes. Totalmente otra sintonía. Aparecen y le meten otro estado de ánimo a la sede, en una escena donde era difícil sacar algo piola. Pero así era cada taller: no venían de horas de descanso. La noche anterior o días atrás, hubo alguna corrida, alguna secuencia con la policía que cae cada dos por tres a las casas, a buscar a los que cumplen alguna causa o, simplemente, a verduguear. Por eso, las canciones terminan siendo postales que registran un barrio que se picanteó aún más estos

años de ajuste e implosión social: con la vía libre para la policía, pero también con más peleas entre vecinos por giladas. La sube vacía, el tanque de la moto seco, convivencia forzada entre vecinos desocupados, pibes, transas devenidos en financistas y todos los quilombos que antes podían dispersarse por la ciudad, y que entonces quedaban todos acumulados al interior del barrio. Secuencias pesadas puertas afuera; verdaderas guerras puertas adentro, en los interiores, en los rejunes.

En los detrás de escena de cada jornada de grabación, de cada letra, se escribía esa *línea real* que nos daba una bienvenida al barrio.

Por eso, hay algo del tono que es fundamental. Podés nombrar tu vida, apelar a la primera persona y de todos modos forzar el tono. Y se nota enseguida si esta es una pose o cuando es un devenir de otra cosa, y la vida es la que toma la canción. Lo mismo sucede en cualquier escritura. Se puede leer la temperatura y la cocción de cualquier frase.

Las letras empiezan a acompañar de una manera muy sincera el ritmo de los nuevos barrios.

Quizás en ese cambio en la forma de escribir, entendí que pasaron del rap como música urbana al *rap barrial*. No me esmeré mucho con el concepto. Ni me interesaría que se asociara al rock barrial. Porque no solo son generaciones y músicas diferentes, sino porque, principalmente, son barrios muy diferentes. Es solo un concepto para generar una distinción entre todo el *boom* de la música urbana, y las letras de los pibes de La Sede Producer, y de otros y otras, a los que se los escuchaba tirando rimas por los barrios del conurbano.

A veces, en estos días, uno escucha a pibes que la pegan en la música urbana, y las letras de sus canciones parecen ser una sumatoria de palabras que ya escuchamos alguna vez, como una réplica en *loop* de la película de Eminem, *8 millas*. Pero, la sensación principal al escucharlos es el vacío. Hay una buena idea y una letra bien armada, pero no pasa nada por ahí: ni una fuerza social que se acerque a esa progresión de rimas.

Conseguir que el ánimo barrial se vincule y sea convocados por las rimas es lo más difícil de hacer (encontrar la palabra justa que calce), pero, al mismo tiempo, lo más sencillo cuando el rap nace de las entrañas del barrio. Por eso, lo que se pone en juego en cada rima, es la

posibilidad o no de correrse de la reproducción de la cultura rap (sus frases, sus máximas). ¿Se puede lograr hacer del rap una expresión que te permita conquistar las palabras justas que dejen pasar las fuerzas *reales* del barrio, sus ambigüedades, oscuridades y secuencias imposible de ser reducidas en posicionamientos?

En este punto, pienso en el Malandro. Quizás él sea uno de los exponentes de lo que intento llamar *rap barrial*. En sus letras, entra el barrio a todo ritmo. Pero está más cerca de mi generación que de la de los pibes. Conoce y le gustan Los Redondos, y ahí se arma una grieta sensible enorme. Pero quizás es uno de los pocos que escuché en el que aparece esa línea real metiéndose en las rimas. Después, están los anónimos, esos cientos que hay hoy en día, en los barrios de las redes sociales, queriendo pegarla con el rap, que alternan entre un reggaetón o un RKT para que suene en una joda, y algo que los atravesó y tuvieron que escuchar.

Un autoejercicio que me impuse una vez: escuchar todas estas canciones en plano *travelling*, moviéndome por el barrio, con saltos abruptos de tiempo y espacio. Prestar atención a ese desplazamiento y encadenamiento de secuencias, a ese continuo que van introduciendo las rimas, y focalizarme en cómo de a poco se asomaba otro rostro del Barrio 2DA: un nuevo cartel de bienvenida.

Un golpe de suerte

38

No sé sobre rap. Tampoco me pongo a escucharlo. Soy de la generación del rock y de la cumbia, Los Redondos y Magenta, La Renga y el ritmo y la sustancia. La cumbia santafesina era el único lugar donde nos encontrábamos con los pibes, porque seguía siendo el sonido de fondo del barrio un sábado a la tarde, como sucedía dos décadas atrás.

Pero más allá de los gustos musicales, el rap se venía metiendo siempre en nuestros talleres de un modo u otro. Andrés, uno de los pibes del Barrio Don Orione, donde hicimos talleres entre 2010 y 2012, estaba en ese palo a fondo: filmaba una banda de pibes que hacían *parkour* en los monoblocks, escribía sus canciones y organizaba batallas de *freestyle*. Por esos años, caímos un par de veces con él a las primeras batallas que se

hacían en la plaza de Claypole, *Halabalusa*, que, con los años, se volvieron cada vez más masivas. Y la mejor que se mandó fue cuando organizó con un amigo un show de Mantoi y Mente Sabia –dos bandas de rap chilenas que trajeron para el conurbano sur– en un club en Longchamps. La fecha fue impresionante, se llenó de pibes y pibas de la movida del hip-hop, y nosotros estábamos por ahí, entendiendo poco.

En Villa Azul también estaban los pibes que rapeaban. El Justin del conurbano, un pibe que introdujo a Justin Bieber en ese barrio, también tiraba rimas y se prendían con Pachu a bajar bases y componer. Fue una experiencia previa a La Sede Producer y quizás, por el hecho de no tener en ese momento la placa de sonido y el micrófono, no se pudo insistir por ahí. Quedaron esas rimas en un boceto de revistas, pero la experiencia había terminado.

Hay una escena en la serie televisiva *The Get Down* sobre el origen del rap, en el Bronx en los años 70, que pone el acento en el vínculo entre la cultura musical y los recursos concretos con los que se cuenta para ejecutarlos. Luego de un gran apagón, en medio de una crisis que sufría la ciudad, se dieron unos saqueos y, entre otras cosas, saquearon equipos de DJ. Un par de equipos permitieron que emerjan un montón de bandas de rap, y que esos equipos de DJ exclusivos de la música disco transformen temas típicos de soul y funk, aislando los breaks de las percusiones, para usarlas como bases de rap. Esa relación entre los barrios populares, los recursos y el arte no es algo que se ponga nunca en primer plano, y tendría que estarlo. Recursos que incluyen no solo contar con los instrumentos necesarios para hacer música, sino con el tiempo para estudio y composición. Muchas veces son azares, e insistencias de pocos, los que permiten que se den muchas de estas movidas, a las que después se convoca desde mucha exterioridad, sin preguntarse por las redes y gestiones autónomas que se hicieron para producir un tema o un video.

Cristina Fernández de Kirchner, en un acto en Lomas de Zamora, muchos años después de esta secuencia en Villa Azul –después de dos o tres años de vida de La Sede Producer– y con la masividad mediática de L-Gante, rescató el uso de la netbook que entregó el programa *Conectar Igualdad* como posibilidad de que un pibe de un barrio humilde de General Rodríguez grabe sus propias canciones. Pero, más

allá de la información no del todo certera, que después fue aclarada por L-Gante –el hecho de que había comprado esa netbook y no que la había recibido en la escuela–, lo más complicado de la cita es la distancia con lo que pasa en el *barrio real*, con las cantidades de L-Gantes que hay, que no solo no tienen netbook o no pueden conservar un celular, sino que no están ni cerca de la posibilidad de conseguirlos y que, para grabarse, pagan, rescatando de donde sea y como sea, unos billetes. Apuestan todo ahí. Les pagan unos pesos a los estudios caseros que se arman en los barrios con los restos de equipamiento de sala de ensayo de rock en extinción. Máquinas que sirven para grabar unas voces y mezclarlas con una base de rap bajada de YouTube. Claramente, Cristina no tiene que saber todo lo que pasa en los barrios, pero es muy raro escuchar eso para nosotros, que estuvimos incluidos en un organigrama municipal, y estuvimos años pidiendo algún recurso sin recibirlo. Un municipio al que, siendo de la misma bandera política que Cristina, nunca le interesó sostener una cooperativa donde puedan grabarse a sí mismos los cientos de L-Gantes y L-Gantas que dan vuelta por los barrios.

Un portaestudio: una placa de sonido para conectar a alguna compu, un micrófono *condenser* y unos auriculares. Un chiste para un presupuesto municipal: dos Potenciar Trabajo. Cuatro años circulando en un municipio, conversando con algunas organizaciones políticas que también se convirtieron en estos años en minimunicipios, no sirvieron para conseguir aliados. Y ese kit de estudio que compré con mi primer aguinaldo, y esa cámara de fotos que le regalé a Ana después de años de ahorro seguían siendo los únicos recursos que sostuvieron a La Sede Producer durante esos cuatro años.

40

Pero La Sede Producer no fue un milagro. No se dio ni por las prioridades o agendas estatales de la época, ni por las prioridades de las organizaciones culturales o políticas, ni tocó pegarla con algún productor que pusiera billetes o recursos. ¿Cómo sostuvimos estos años de ajuste, de barrio cada vez más picante, de pandemia, y todo sin recursos? Bueno, quizás después de tantos años, me doy cuenta de que justo esos dos elementos, que usamos poco para nuestra vida personal (para las fotos de Ana, para grabar mi música), los pegamos para darles vida a esta experiencia, a esos videoclips, a esos temas, un poco de golpe de suerte para este lado.

La fotografía



Busco en Google: “¿Cuál es la mejor cámara para filmar?”. Estaba perdido, no sabía qué necesitábamos realmente. Ya llevábamos varios videoclips hechos, unos diez quizás; ya había hecho un curso intensivo por YouTube de Adobe Premiere para editar los videos, pero, claramente, era un sapo de otro pozo. Le pregunté a un amigo que era del mundo del cine, y me recomendó algunas cámaras económicas que podían entrar en un proyecto para presentar y que lo aprueben.

Hay todo un saber y una gestión para conseguir recursos del Estado, de empresas, que tienen organizaciones políticas, revistas, emprendimientos culturales, ONG. *Fondo de la Cultura* –nos presentamos un par de veces–, *Mecenazgo*, *Fortalecimiento*; distintos programas y fondos para promover la cultura. Revistas de izquierda que reciben fondos de la derecha y después le tiran un guiño; reciben fondos del peronismo y se hacen los cancheros y destrozan a los gobiernos populares. Recursos que vienen de responsabilidad empresarial o de recursos ministeriales. La cuestión es que, para nosotros, fue y es todo un chino. En los años en que los movimientos sociales monopolizaron muchos recursos para cooperativas “en potencial”; nosotros, con una experiencia funcionando, no podíamos conseguir ni un peso. Y, como si fuera una voz recurrente, mientras repaso cada momento para escribir el libro, lo escucho repetir a Siniestrín: “No tienen ni un billete”. Esa voz necesaria que siempre nos baja los pies a la tierra.

41

Pero, de todos modos, insistimos y armamos el proyecto, buscamos precios, proveedores, facturas. Y lo mandamos al municipio.

Meses después llegaría la primera reunión en la que les prometían a los pibes los elementos más deseados: “Gonza, sabés lo feliz que sería con una cámara. Estaría filmando todo el día”. A Hunder no solo le encantaba filmar, y fue el camarógrafo de la mayoría de los videos, sino que aprendió solo a usar el enfoque y desenfoco, el movimiento de la cámara, los planos y cada toma pensando en el montaje posterior. Una

generación zarandeada con YouTube desde que son guachines, y con la cámara del celular como un extensión más de su cuerpo, parecían tener innatos ciertos saberes sobre la filmación.

La desconfianza necesaria siempre estaba. Las charlas en la esquina del polideportivo, dándole vuelta a lo que iba pasando y tratando de no fomentar ese descreimiento que tenían los pibes desde el principio. Con el tiempo, les daría la razón. Es que esos primeros meses empezaron los malos manejos. O, más que malos, con el acuerdo por los recursos entró otra lógica no necesariamente estatal, porque no hay algo así como una manera de actuar esencialmente estatal. Mucho menos política (porque hay cientos de maneras de hacer política). Se metió un muchacho del municipio con una lógica que chocaba y desorganizaba lo que veníamos armando desde hacía tres años.

No éramos una asamblea, ja, pero siempre charlábamos las cosas. Era muy difícil que alguien bajara línea. Acordábamos todo: qué videoclip hacer, qué día de la semana y en qué lugar podíamos hacerlo. En semanas hiperabigarradas de gestiones, laburos, apuestas, se organizaba para donde podíamos la mayoría. Y así se sostuvo activamente La Sede. Si se podía el jueves, se sostenía un par de meses; si nos corríamos a un viernes, lo hacíamos; y siempre pudimos acordar y mantener funcionando La Sede Producer. Pero este muchacho del municipio empezó burdamente a operar. ¿Para qué? Empezó a fijar fechas, horarios donde no todos podían, a llamar pibe por pibe. Y eso empezó a generar los primeros roces entre los pibes.

42 El tema fue cuando comenzaron las primeras preguntas de cuándo iba a estar la cámara. En ese momento, me di cuenta: qué gil que fui. Cualquiera puede hacer una promesa y después romper ese pacto sin consecuencias. Les era muy gratuito. Mientras tanto, nosotros seguimos sosteniendo los videos con la cámara de Ana, ya pasada de golpes. Y lo iba a seguir haciendo, no iba a dejar tirados a los pibes en el momento en que se había inyectado esa ilusión del proyecto.

Pero la cosa se iría poniendo más oscura con el paso de los meses. Este muchacho del municipio nos citó en la sede del Enviñon del barrio, sacó un cuaderno y empezó a leer una larga lista: “Dos cámaras Nikon zazaza, 3 lentes Nikon zazaza, un flash, un trípode, un trípode para el flash, micrófonos inalámbrico, una consola, auriculares. Eso ya lo tenemos todo,

empiecen a usar el espacio y nosotros les traemos las cosas”. La promesa otra vez fue incumplida, pero era cada vez más grande y espectacular. Todavía lo repaso y me sorprende la frialdad y liviandad para tirar una bomba anímica de ese tamaño, las expectativas, frustraciones y resentimientos –que generaría la promesa incumplida– que hacen circular en el barrio sin despeinarse.

Cuando cerrábamos el año, mientras esperábamos que los pibes subieran a cantar en un show y escuchábamos unas santafesinas, terminó de detonarse esa bomba: “Sabés qué pasa, Gonza, fue un año de mierda. Estuvimos todos metidos con las adicciones de nuevo laburando todo el día. Sabés qué diferente hubiese sido si salía lo de la cooperativa y teníamos la cámara, la consola, los micrófonos. Por lo menos metíamos la cabeza ahí”.

A casi un año y medio de la primera promesa, y sabiendo que ya se habían reventado las expectativas, apareció una foto en una publicación de Facebook del Municipio. El presidente de la Nación ríe y posa junto a un grupo de pibes mientras les entrega una cámara de filmación, y otras herramientas de video, junto a funcionarios de líneas bajas, medias y, entre ellos, el intendente: “Hoy, el Proyecto Audiovisual de Almirante Brown recibió herramientas para seguir soñando que la justicia puede ser parte del mundo laboral de los jóvenes”.

¿Eran las herramientas que habíamos pedido en nuestro proyecto? ¿Era otro proyecto? ¿Qué podría tener ese proyecto que no tuviera el de La Sede Producer, que llevaba 4 años de funcionamiento y 40 videoclips producidos? “No nos interesa La Sede Producer”, nos afirmaba una semana antes el mismo funcionario que estaba entregando los recursos de la cooperativa de rap a otros pibes de otro barrio. Entonces, ¿el ajuste es selectivo?

Cualquier posteo tiene un reverso oscuro. Y muchísimo más cuando se da una vuelta perversa al reflejo de la pantalla en el rostro. Pero, mientras que para la mayoría las redes sociales son un momento más de las secuencias cotidianas, muchos dirigentes están convirtiendo el arte de gobernar en solo una administración de posteos.

La ausencia del fuera de foco de esas fotografías, de todo este plano-secuencia que hay detrás de cada política pública y su vínculo con las vidas populares no es solo un déficit de la política actual, sino el trasfondo donde se están produciendo los nidos de serpientes de la época. Los funcionarios y sus *likes*, los flashes y las apuestas políticas que terminan llenándose de vidas virtuales antes que de fuerzas concretas dejan pasar estas miles de situaciones diarias donde se da ese desencuentro cada vez más amplio entre la dirigencia y las mayorías populares. Desfase y pequeños resquemores en cada uno de esos roces previos, que se van desparramando barrialmente.

Cuando uno está tantos años trabajando en el Estado, empieza a reconocer rostros y biografías. Se fue del gobierno la parte de la familia empresarial que ajusta con indiferencia y llegaron los “primos progresistas”, que ajustan, pero te verduguean y te exigen un muleo que hacen llamar *militancia*. Ojo, esto no tiene nada que ver con el peronismo ni con la clase social que históricamente representó y que se expresaba en sus representantes. Al ajuste que quedó después de los años del macrismo se le sumó el verdugueo por parte de una dirigencia que acepta hoy en día, pero que ya venía aceptando el enfriamiento en la política pública desde hace casi 10 años.

¿Sabrá Cristina de la máquina de verdugueo que quedó funcionando por abajo?

De repente, una experiencia que a nadie le importaba, que no era productiva, se tocaba con el presidente de la Nación.

Nuestra meta

Porte LQ y HuNDER

No se metan, que esta es nuestra meta,
no falten al respeto guacho no se comprometan
Esa meta, esa es nuestra meta:
vivir con la libreta y morir como un poeta
Esa meta, esa es nuestra meta:
no falten al respeto guacho no se comprometan



No se metan, no se comprometan,
en mi metra que recargo
van disparos con balas de puño y letra

Negro con los perros verdaderos
ando pateando caminando y recordando
los giles que criticaron
Esos que se burlaron, esos que la espalda dieron
pero vieron como yo callado todo estoy logrando
Y porque sí, porque siempre lo he necesitado
desde el dos cero catorce que dije voy a intentarlo
Y así me verán siempre, porque siempre lo he buscado
mi sueño es esa meta y sé que podré lograrlo
Y eso no guachín, eso es puro berretín
Pégale suave mister no me vengas a mentir
mi rap es para mi gente y si me muero va a seguir,
representa bien la city, representó al 2 de abril
Después de tantos años, ya con esto terminar
decir ya pasó, cuando mire para atrás
Entregar la llave de la casa nueva pa mamá
decirle que ahora es mi turno, que le toca descansar
Mientras tanto dejemos que el tiempo transcurra
no quieran convencerme soy así hasta mi tumba
No quieran cambiarme que ni se les ocurra
Mi cáncer de rap ya no tiene más cura
Toro loco puedo ser, loco ya me acostumbré
loco, soy un toro loco que quiere crecer
Loco, loco, pero se que la locura es un placer
que solamente un loco lo puede comprender

Vean como crezco, perro, lean todos mis textos
pero crean porque puedo en serio

fé a lo que quiero
Deletrean lo que mezclo, negro
no estoy molesto
Me molestan que la cuenten,
solo restan a este sueño.
No quedo afónico, sueno y es lógico
que escuchen mis barras si a todos los vuelve fóbicos
Y a propósito, yo solo estoy yendo, construyendo el vaso lleno
vos cayendo como alcohólico
Dijeron muchas veces no te pierdas en la mierda
me metí en el hiphop, también me hicieron la guerra
Comentaron cuando abrí la mente con la buena yerba
es mi vida y me importa poco lo que ellos piensan
Hacen cosas patéticas, no llegan ni a réplicas
parecen más modista que otra cosa, no dan técnica
Se creen que brillan como luz tirando métrica
pero llego el momento de que les baje las térmicas
Rimando lo básico no suenan fantástico
no hablen de cultura, frente está el matemático
Abajo los tiros, los estiro cual elásticos
es que rebalso de estilo todo el puto ático
No se metan, que esta es nuestra meta,
quieren el pastel pero es nuestra la receta
Esa meta, esa es nuestra meta:
vivir con la libreta y morir como un poeta

La boca del lobo

“Agarremos por ahí”

Ese sábado a la noche, volvimos al barrio por otro lado. “Vamos a meternos en la boca del lobo”, se ríen. No era solo un aviso de que éramos pollo, sino una advertencia de que estemos atentos, porque, de un momento para otro, los faroles del auto eran lo único que iban a iluminar la noche.



En muchos barrios del conurbano sur hay arroyos que dividen. Casi secos, entubados, con bolsas de basura de lado a lado o llenos de espumas de los parques industriales. El barrio 2 de Abril no era la excepción. Pero, por esa parte del barrio, no tenía ni idea de dónde había un puente para cruzar. MK me guiaba. Veníamos por la calle Jorge y doblamos en otra calle sin luminaria. A esta situación se le sumaba que ninguna casa tenía un foco prendido. Tiré las luces altas para ver un toque más y, de repente, apareció una pared enfrente; apreté los frenos de golpe, Daiana echó una carcajada. Miré bien, y me di cuenta de que la calle se enlazaba en un puente improvisado, extremadamente empinado. “Una vez lo pasé con la bici y casi me muero”, me dijo alguno del asiento de atrás. Puse primera y le di a fondo para subir. Por la oscuridad, sentía que apenas pasaba el auto. Se movió para un costado y, por un instante, sentí mi cara astillada contra la ventana y el agua. Pero se enderezó y bajé. ¡Cómo me reí cuando después lo atravesé de día y comprobé que era un re puente!

No conocía esa parte del barrio. Es increíble cómo puede ser totalmente otro si entrás por otra parte. No conocía a ninguno de los que estaba en la vereda tomando algo, ninguna casa. Hacía unas horas, habíamos arrancado desde ese mismo punto, pero, de alguna manera, habíamos entrado a otro barrio. El mismo, pero con otros vecinos, sonidos, arquitectura. Recuerdo la misma sensación una vez que tomé desde Puente La Noria el 550 L en vez del U. Llegué al barrio y no reconocí dónde estaba. Esa misma esquina por la que había pasado miles de veces se me presentó extraña. Caminé una cuadra y encontré un kiosco, y uno de los laburantes que estaba tomando algo en la puerta me saluda. Fueron 2 minutos en que no pude reconocer dónde estaba, hasta que reconocí el

techo de una casa a lo lejos. Bastó un detalle. Pero aquella noche en el 2 de Abril, tal vez la gira de más de 12 horas y la oscuridad me hicieron imposible volver a reconocer el barrio.



La primera vez que caímos al barrio de noche fue para filmar un videoclip de MaxiKing: “Quiero mostrar el barrio de noche, es otra cosa, sabés”. Aquel viernes a la noche llegamos y ya estaban todos los pibes en la esquina, preparados para filmar. Desde los más guachines a los más grandes. Habían convocado a todos. Los que tenían que llevar la moto, las bicis, el pitbull de Maxi, la jarra y el parlante luminoso. Había una manija terrible y se filmó todo en la mis-

ma esquina, dos o tres tomas bastaron. Sin flash, pero con los focos del auto de Osky haciendo de luminaria. Fue un rato, todo al palo, ratatata, y nos vimos.

En esas pequeñas secuencias, se podía ver cómo cambiaban los estados de ánimo barrial y, con ellos, su morfología. El video de MaxiKing rematando lo hicimos en la prepandemia, donde se había dado una convivencia obligada y forzada por el ajuste macrista entre pibes y vecinos. De golpe, el vecino que odiaba a los pibes que estaban rancheando todo el día en la puerta de la casa está con menos laburo, y tienen que compartir la misma vereda en ciertas horas de la tarde. Por eso, aquella noche no se acercó nadie. La noche y los pibes, nadie más.

48

Años después, pospandemia, las escenas nocturnas se llenaban de personajes secundarios: trabajadores que volvían de laburar y se frenaban, doñas que salían a ver el rodaje en la vereda, pibas que se sumaban a la filmación. ¿Será que, a esta altura, ya hay muchos videos de los pibes circulando en YouTube y se los respeta un toque más?

El barrio estaba cada vez más partido por el ajuste, por las brechas delirantes en lo salarial, distancias más grandes entre el camionero de la esquina y el que hace changas y el de la metalera, por ejemplo. Pero también está más *en la misma*, y una secuencia así, que se corre de cierta cotidianidad, inyecta *un poco de algo* en un clima cada vez más frío, y te encontrás de golpe en una noche distinta. Una noche que no sea

exclusiva de los polos comerciales de cada municipio, que cada vez se perciben más nublados y lejanos desde las ventanas del bondi cuando se vuelve de laburar.

Hablando de polos comerciales, para un video nos acercamos al centro de Lomas de Zamora. La idea era encontrar esa noche lejana, pero que al mismo tiempo nos dejaran pasar. Caímos a *Las Lomitas*, una zona totalmente gentrificada en los últimos años. Convivencia en pocas cuadras de un centro comercial popular donde se acercan de todos los puntos del municipio –como es la peatonal Laprida–, con otro mundo lleno de torres y edificios de lujo, *runners*, gimnasios, locales de primeras marcas y nocturnidad de cervezas artesanales, hamburguesas y papas fritas con cheddar. Nos encontramos en la estación de Lomas, caminamos un par de cuadras: “Estamos en Miami”, tiraba alguno. Las luces, la estética de los locales, los cuerpos que se paseaban por ahí con sus colores de piel de bronce. Caminar por ahí es estar en otro mundo. Nos acercamos a una cervecería re cheta y le dijimos a uno de los pibes que atendían si podíamos pasar a filmar unas tomas para un videoclip. El pibe se copó y nos llevó a una mesa en la parte de atrás, al aire libre. Nos empezó a enumerar los diferentes tipos de cervezas artesanales, pero los pibes nunca habían tomado así que era innecesario. Para meterle onda, el pibe trajo todas distintas. Era tan desproporcionado el precio de cada pinta, comparado con la Brahma de litro que habíamos tomado en el pool frente a la estación un rato antes, que parecía que estábamos alquilando la locación del video. Fue la vaquita más jugada de todas, lo que costó desprenderse los billetes arrugados de los dedos, pero ya estábamos ahí. Las tomas quedaron piolas igual y las usamos para el videoclip. De fondo, se veía ese caserón convertido en cervecería llena de luces de Navidad. Para terminar, Elías, a quien no le importaba nada toda esa cultura de sommeliers de cerveza, y además ya venía entonado y debía sostener ese impulso, agarró todos los culos de los vasos de cerveza y los juntó. Qué gran y necesario gesto para exorcizar un poco ese ambiente. “Esta es la cerveza gusto Elías”, le dijo al mesero que pasaba por ahí.

49

Meses después, para sacarnos un poco esa sensación de cartón que nos había quedado, luego de un show, fuimos invitados por unas compas a la inauguración de una sede de Fines² en un centro comunitario en

² Es un plan destinado a adultos mayores de 18 años, que hayan terminado de cursar sus

Santa Marta. Nos tuvimos que quedar un rato más en aquel barrio hasta que se hiciera de noche, para armar algunas jarras de vino, agitar y bailar unas cumbias santafesinas, para, de ese modo, no recordar la noche de Lomas con un sabor tan amargo.

Una clandestina, una cervecería, una movida cultural, otra política, un boliche en Calzada, una fiesta en un club... La Bresh y esas fiestas que son solo accesibles para las vidas de Instagram lo vuelven todo más siniestro. ¿Quién maneja la oferta de la nocturnidad? Como si fuera una boca del lobo, un agujero negro donde están todas las apuestas fallidas, las derrotas generacionales, exempresarios de la cumbia y el rock que insisten contra la marea; hijos de empresarios aburridos que invierten en un *tercer tiempo* que no se sabe de qué ni para quién, algunos rebusques y los emprendimientos de siempre para hacer un mango; y algunos que se juntan como pueden en una ciudad cada vez más quebrada, sin venas sensibles que la comuniquen.

“Frená en esa esquina”

Se bajaron en la casa donde estaba la fiesta. “Venite, Gonza”. Ja, imposible. Habíamos dado vueltas todo el día. Había arrancado a las 10 de la mañana en Lugano 1 y 2. Mi celular, en el GPS de Google, armó un trazado urbano, aquel sábado, que fue totalmente delirante. De Lomas a Lugano; de Lugano a Calzada; de Calzada a Quilmes; de Quilmes a Avellaneda; de Avellaneda a Calzada, y ahí pegar la vuelta. Habían coincidido 2 fechas: una del festival Pateando Barrios, en La Esperanza, en Quilmes, y la Noche de la Cultura, en Avellaneda, donde, en un bar de la avenida Mitre, se armó un show de La Sede Producer y una presentación del libro *La sociedad ajustada*, del colectivo Juguetes Perdidos.

50

La jornada arrancó en Villa Esperanza, en la plaza principal. Terrible tarde de primavera se armó de golpe y, en un radio de 50 metros, coincidió el torneo de fútbol 7, la feria y, en el Pateando Barrios, una lista larga de cumbia santafesina. El barbijo al aire libre ya no se usaba: podía ser cualquier escena prepandemia. El kiosco de enfrente se aprovisionó de una buena cantidad de latas de cerveza, y todas las buenas jugadas se estaban armando para la alegría del barrio. Cae una piba con su hijo en los hombros cantando y agitando, orgullosa de los goles que había hecho

en el torneo de baby. Tenía todos los detalles de un sábado a la tarde. Les tocó el turno de subir a los pibes, y se da un claro recambio generacional: se van los padres que escuchaban cumbia, y caen los guachines del barrio y estacionan sus bicis para escuchar las rimas. La notebook ya estaba preparada con las dos listas de temas, y yo estaba por poner a reproducir la que correspondía a la noche, mientras miraba el reloj cada dos por tres. Todo tenía que salir puntualmente para llegar a las dos fechas. Y, al mismo tiempo, hacía el cálculo de que teníamos un solo auto y éramos ocho, nueve. Ya habíamos pagado un remis en el día y la vaquita solo sobraba para uno más, pero faltaban dos viajes. Pero, bueno, primero lo primero: había que llegar a tocar a Avellaneda, teníamos que usar la ficha del remis en ese momento. Pero, en Villa Esperanza, conseguir un remis fue imposible. “¿Y el código? ¿Tenés código?”. La tarde ya se estaba disolviendo, y las idas y vueltas al kiosquito ya habían dejado una huella. Ya había pocas luces para pensar o buscar algún contacto en ese momento. La única que quedaba era cinco en el auto y cuatro en bondi, tomarse el 148 en avenida La Plata y hacer tiempo en Avellaneda hasta que lleguen. Llegamos al bar, era una casona antigua, y estaba llena de habitaciones y en cada una había una movida distinta: exposición de arte, cine, folklore, bailarines de tango; y, para culminar, una terraza convertida en cervecería, con luces, bancos, mesas características. Qué mezcla rarísima. Encima, nosotros caíamos con música urbana y una presentación de libro. Lo primero que había que hacer era acordar con el sonidista, micrófonos, cómo conectar la compu al sonido. En ese momento, me di cuenta de que había perdido el cargador de la compu. Tenía que aguantar todo el show y había que rezarle a algún santo de por ahí para que no se apague. Para la presentación del libro, leímos un texto sobre cómo circulaba en el barrio la policía de civil durante el macrismo, y se armó un intercambio con un tío de Maxi, que se había ido en tren hasta Avellaneda para escuchar a La Sede Producer. Después vino el show y justo se había completado el equipo: acababan de llegar los cuatro que se habían subido al 148.

Participar del Pateando, o de alguna otra fecha a la que los invitaban en Santa Marta, Longchamps, requería gestión, conseguir movilidad para viajar, semanas haciendo la lista de temas, consiguiendo las bases,

pero valía la pena. Era otra manera fundamental de moverse para recargar energía en esos meses en que no se efectuaba ningún proyecto y había casi nulo billete dando vuelta.

Recordando los Pateando, me di cuenta de que no era la primera vez que hacíamos esa vuelta al conurbano sur, Calzada-Quilmes-Avellaneda-Calzada. La diferencia es que, en aquella oportunidad, no habíamos elegido el recorrido. Ese primer Pateando Barrios en el que participó La Sede Productor se hizo en el centro de Quilmes, y había sido un sábado de tormenta de esas en que desbordan todos los ríos del barrio. Como se hacía en el Club Tucumán, que es un boliche cerrado, no se suspendió y nos tocó viajar igual. Eso no significó que el día no fuera un caos para moverse. Para llegar, tuvimos que pasar el río que se armó sobre Pasco antes de llegar a la rotonda. El agua empezó a entrar en la parte de adelante del auto, mientras hacía maniobras para hundir el auto lo menos posible. Apenas pasamos aquel nuevo arroyo, miré por el espejo retrovisor y pensé en los pronósticos de lluvia y en lo imposible que iba ser volver a atravesarlo para el regreso del show. Y así fue. Seis horas después, ya no era posible cruzar por ningún lado, había un océano entre Quilmes, Lomas y Brown. Solano entero había quedado sumergido. Cualquier calle que queríamos agarrar estaba con agua de lado a lado, Camino General Belgrano estaba repleto de autos, muchos patrulleros, volaron piñas en un momento, bondis repletos y, en una de esas, para irnos de ese quilombo, terminamos agarrando Mitre y algunos de los puentes de Avellaneda. Todo un ruedo inmenso para llegar.

Y como si estuviéramos metidos en un *déjà vu*, otra vez repetimos esa vuelta enorme al conurbano sur, pero, la segunda vez, lo habíamos elegido. Habían pasado 12 horas girando y teníamos que dar por terminada la función. Algunos se subieron a un Didi y los demás en el auto. Pero antes, como ritual de despedida, se repartieron las flores que habían conquistado, y recién después de eso, prendimos el auto. En el camino, se hizo una parada obligada en Chingolo porque “el tío del tío de otro que conocí cuando estuve viviendo por allá” proveía cerveza. Después, justo antes de enfrentarnos a la boca del lobo, esquivamos como en una pista de karting los caños vacíos de la feria de Donato, que ya esperaban renacer como soportes de un domingo que nacía. Inevitablemente, de a poco se iban apagando los flashes que nos sostenían en la noche.

De La Calle Records



Cuando conocimos a Hache se abrió una posible puerta de escape. Además de ser rape-ro, quería armarse una productora en San José –a unas 20 cuadras del barrio–. Si la apuesta por La Sede Producer salía mal, podíamos contar con que el estudio que se estaba armando en su casa fuera hospedaje de próximas grabaciones.

Hasta ese momento, no habíamos conocido a nadie que tuviese en su cabeza la producción y leyera el mundo del rap como una oportunidad. Los integrantes fundadores de La Sede Producer apostaban principalmente a hacer vivir su música, de la manera que sea. Tenían alma de artistas antes que de productores. Se rebuscaban para conseguir cada recurso para grabarse, y en ese punto, la productora era un medio y no un fin. Hache en cambio, ponía todas las fichas ahí, la productora y su música eran parte del mismo combo vital.

Lo invitamos a participar de la experiencia. Nos podía aportar todo lo que había aprendido de horas de edición de audio y video. Su rol de editor iba a alivianar el que venía realizando yo solo en los primeros dos años. El acuerdo implícito que tuvimos era que integre La Sede Producer, mientras no deje de apostar por su estudio de grabación y las relaciones que iba generando con los raperos de otros barrios.

Si algo estaba vivo en el mundo del rap barrial era el emprendedurismo popular. Ponerse una meta y que cada recurso que apareciera se dirija directamente a una caja cerrada. Pero para que ese recipiente no se agujeree o se liquide enseguida, hay que tener ciertas redes que te sostengan en el cotidiano. No cualquiera puede ser emprendedor; ni puede ahorrar algo finalizado el mes. O mucho menos sostener un celular durante más de una semana sin tener que venderlo o ponerlo a jugar en otra economía. Toda esta información era compartida por quienes participaban de las movidas del rap de este lado del conurbano. En cada charla, en la previa de algún rodaje, show o jornada de grabación, aparecían estas mesetas que se arman en el mundo popular: quienes laburan y pueden bancarse a los codazos cinco o seis grabaciones por año; quienes hacen

changas y se graban muy excepcionalmente; y aquellos como Hache, que pudieron armar un soporte de caja más firme, ahorrar y pegar un micrófono condensador, una consola usada y una placa de sonido para darle vida a su estudio. Pero lo más importante es que cada uno de estos actores que se reconoce, integra y le da entidad a ese submundo del rap, lo hace poniendo los recursos como una variable central para la planificación de sus metas. En ese cálculo, el emprendedurismo se corona como subjetividad principal. Realismo económico donde se requisa y administra cada recurso. Planificaciones sinceras pensadas siempre desde personalismos feroces.

Todos estos cálculos personales que se hacían, responden a que, por un lado, antes del rap, no había casi nada que los convocara. Cuando se encuentran esas trayectorias de vida que se diferencian cada vez más en la precariedad –recorridos laborales, familiares, escolares, prontuarios muy distintos en un mismo barrio–, lo que surge son apuestas personales de a muchos; y es ahí donde el emprendedurismo responde menos al individualismo, y mucho más al modo que las mayorías populares encuentran para rescatar algún recurso en el ajuste que se impuso como normalidad.

Fueron varios años de cruzarnos con raperos de San José, Wilde, Bernal, Ezpeleta, Claypole, Longchamps, Glew, Burzaco, Lomas de Zamora; y en las charlas se repetían el mismo *speech* del vínculo entre sus historias, los recursos y las maneras de encarar sus proyectos musicales. Zona Sur es por donde nos movíamos, pero seguramente habría historias calcadas en el resto del conurbano.

54

Para contar una historia sobre rap, tienen que aparecer, en lo posible, la mayoría de sus personajes, con cada uno de sus cálculos y sus rostros.

[REC ●]

A La Sede Producir la conocí por medio de Gaby: un día estábamos acá en el estudio charlando y me comentó que conocía a unos pibes que tenían un taller o algo así, no supo explicarme bien, pero me dijo que te graban, te filman. Y, bueno, ahí me recomendó el video de “Primero lo primero”,

que le habían producido a él. Me pasó las redes de ellos, ahí empecé a ver los videos que están subidos a YouTube, y la verdad que me gustaron, me gustó la idea que me dio Gaby, me dijo que les hable, que trabajan bien, son profesionales; se nota que le metían ganas; y, bueno, entonces por medio de él fue que los conocí.

En cuanto al primer video que filmé con La Sede Producer, recuerdo que solo tenía un lugar en mente: un colectivo abandonado. Justamente lo había visto unos días antes del rodaje, había pasado por ahí y vi el colectivo, y me dije: “Acá tengo que filmar el video; no sé cómo, pero tengo que hacer las tomas ahí”. Estaba estacionado en Bynnon y Donato; nos acercamos y buscamos a quién preguntarle para que nos diera permiso para subir. Al toque encontramos al dueño, que estaba enfrente, y pudimos filmarlo. También fue todo muy improvisado. En ese tiempo, no tenía ningún video filmado y, al ser el primero, no tenía ninguna idea. Lo primero que se me ocurrió fue ese lugar. Fue una experiencia satisfactoria y muy linda.

Al ser mi primer videoclip, es un recuerdo que siempre me va a quedar. Después del colectivo fuimos a la plaza y terminamos de hacer unos planos ahí.

De La Calle Records es una idea que habrá surgido a finales de 2017, cuando todavía no hacía música. Pero ya tenía en mente tener mi propio espacio para poder grabarme y producirme. Siempre tuve esa idea, de tener mi propio espacio y no estar dependiendo del tiempo de otra persona. No es que no me guste, pero prefiero manejarme por mi cuenta. Y, bueno, así surgió. Me acuerdo de que estábamos con un compañero, acá del barrio, que se llama Ariel. Vino y me dice “¿Qué onda ese lugar, tiene nombre?”, y la verdad que yo no tenía nombre. Lo primero que se me vino a la mente fue *La Calle Records*, y así quedó.

55

Cuando empecé, me grababa con el celular y después pasaba las grabaciones a la compu y las mezclaba ahí, con el programa Frutilup FL Studio. Y, bueno, después me acuerdo que ahorré unos \$1800, por ahí, eso fue en junio de 2018, y logré comprarme mi primer micrófono condensador. Lo había comprado por MercadoLibre. Fue otra cosa, un re cambio pasar de grabarme con el celu a un micrófono condensador. Me sentía superprofesional. Y, luego de un par de meses, también fui

ahorrando y me compré el soporte para el micrófono, y recién después de un año, me compré el filtro antipop. No compré todo el golpe, pero sí fui ahorrando un par de meses para llegar a completar el kit.

Para tener una vida alrededor del rap, se tiene que estar 100 % comprometido, no es algo así nomás. El rap es un estilo de vida, y bueno, si vos estás dispuesto a cambiar tus hábitos para estar alrededor del estudio, se requiere tiempo, dedicación, constancia, trabajo. Por eso, yo siento que se puede. Pero hay que comprometerse. Esto no es joda, no es un hobby. Esto ya forma parte de la vida. Es la salud del día a día. Es una rutina. Por más que no tengas ganas de trabajar, tenés que hacerlo igual, siempre tenés que estar en movimiento, algo tenés que hacer.

Los sospechosos de siempre



La Monteverde estaba cortada por un reclamo de vecinos por seguridad. Gomas quemadas de lado a lado. El ambiente de un corte de calle pospandemia era aún más dramático. En una misma escena de amontonamiento de autos, se podía percibir cómo confluían tres formas de desplazarse por el conurbano, profundizadas por la pandemia: el devenir de muchos laburantes, por la explosión de la venta *online*, en convertirse en repartidor de lo que sea; el intento de

56 reactivación económica vía asfalto (antes de ese corte, cada uno traspasó una decena de calles cortadas por reparación); y el barrio, cada vez más ajustado y embichado, implosionando. El cansancio extremo también daba la tranquilidad de que no iba a explotar todo... las quejas del camionero que esperaba en primera fila sonaban a esos tonos radiales que se agudizan cuando van perdiendo la señal. En medio de todo eso, nosotros queríamos ir a una estación de servicio abandonada que estaba del otro lado del corte. Hacía unas semanas que habíamos caído ahí para hacer unas tomas. Es una escenografía especial para los pibes. Está todo grafitado y el predio es enorme, con espacios abandonados donde poder filmar. Pero, ese día, estábamos jugados con el tiempo, teníamos un rato nomás; me había hecho un tiempo entre un laburo y otro.

De todos modos, nos mandamos; el clima en el corte no era del todo hostil, teníamos que cruzar una cortina de humo y fuego, pero no se percibía ningún quilombo en lo inmediato. Un solo patrullero a 300 metros, ninguna cámara ni medios de comunicación: ese punto del conurbano tan lejano a Capital Federal parecía no interesar a nadie. Había un mayorista de gaseosas a metros de una goma encendida, y seguía abierto como si nada. Pasamos la cortina de humo que tenía tres postas de gomas, y llegamos al lugar.

Maxi rescató, en el suelo de la estación de servicio abandonada, una camiseta de Argentina, un Michel Torino, una mochila y un pantalón Adidas. Se lo repartió con Porte y comenzamos a hacer las tomas. Al toque llegaron tres pibes con un carro, que en principio creíamos andaban cirujeando, pero parece que vivían ahí, en el fondo de la estación de servicio. De repente, como si se fueran presentando por turnos los personajes de una ficción, un patrullero que venía en contramano se subió al cordón y frenó delante de nosotros. Dos policías salieron y apuntaron hacia arriba. No entendíamos qué pasaba. Miramos y vemos las piernas de uno de los pibes colgando del techo de la estación de servicio. Se habían subido sin que nos diéramos cuenta. En simultáneo a la llegada de la policía, también se acercó una horda de vecinos que estaban haciendo el corte. Porte siguió filmando, no se detuvo por la secuencia.



Véiamos a esos tres pibes trepados en los restos de esa estructura, y lo único que vislumbrábamos era su evidente posición adelantada. Si en algún lugar no tenían que caer era a esta junta de vecinos por la seguridad: “Ellos son. ¿Ahora lo ven?”, increparon los vecinos a la policía. Era tan claro que esos pibitos no tenían nada que ver que hasta la policía se los quería llevar para que no los lincharan. Ya estaba todo demasiado picado para seguir con la camarita; se calmó un toque la cosa y nos fuimos.

Después de dos años haciendo videoclips, empezamos a cambiar la escenografía. Los primeros diez clips fueron en diferentes puntos del barrio: en el mural de Sugus, en el poli, en la placita, en la esquina de noche, etc. Siempre recorriendo el 2 de Abril.

Un día, Porte y Hunder quisieron filmar en otro barrio, en otra escenografía, y fue así que empezaron a sumarse nuevas localidades que usamos como locación: San José, Solano, Lomas, Temperley, Escalada, Burzaco, Quilmes, Claypole, Longchamps, Calzada. Empezamos a buscar otros puntos del conurbano, otros ambientes.

Pero moverse con la cámara registrando otros escenarios es también enfrentarse a otras miradas y estar preparados a posibles rastrillajes. Desde gestos piolas, como cuando caímos a la estación de Lomas y los vendedores ambulantes se acercaron y sumaron al video, compartiendo el berretín, hasta cuando tuvimos que esquivar posturas gorrudas. No hacer de local (más allá de correrse de las guerras a escala barrial, que significa plantarse a hacer un video en el propio barrio) era también estar con la mirada atenta, como en cualquier viaje de visitante.

El bautismo lo hicieron unos patrulleros en el Barrio Parque Miñaqui de Lomas. No es un barrio privado, pero la policía se manejó como tal: “¿Qué hacen con las cámaras acá, qué están filmando?”. Nos hicieron marca personal hasta sacarnos del barrio lleno de caserones y calles que hacían zigzag.

Cerca de ahí, un año después, en un lugar cerca de la vía del Roca donde ranchean muchos vendedores ambulantes después del laburo, se armó una escena piola para el rodaje: esa esquina estaba llena de grafitis, unas mesas llenas de latas de cerveza de una tarde de calor y el tren pasando por atrás. Hicimos varias tomas hasta que cayó la policía, con libreta y birrome, y comenzó a pedirnos el DNI a cada uno. Y ninguno lo tenía encima. La cámara, un interrogatorio sobre el taller de hip-hop, y un poco de chamuyo sobre que yo era trabajador de Desarrollo Social nos hizo zafar después de comernos el verdugueo por un rato.

58

La cámara nunca fue un pasaporte para andar por ahí. Las veces que caímos a filmar cerca de las estaciones de tren (una vez fuimos a los talleres de Escalada y otra, a los que están por Temperley), a la seguridad ferroviaria no le cabió ni un poco nuestra presencia. En Temperley, un gil agarró una nave y nos tiró una frenada para hacerse el picante. Fuimos a preguntar si podíamos filmar, respetuosos, pero les encantó mostrarse con ese auto de alta gama y su fierro. Lo más gracioso es que estaban escuchando unos RKT. Compartir el estilo musical no sirvió de

contraseña. El pibe-seguridad privada podía transformar cinco minutos de su laburo de esa tarde aburrida, pero, en cambio, le pintó hacerse el justiciero.

(Enseguida recordé aquel Pateando Barrios en el Dorado. Cuando terminaron de tocar los pibes en la plaza La Virgen, me acerqué a la esquina y vi un grupo de pibes escuchando RKT al mango. Estaban a unos metros de escuchar lo mismo en vivo, pero no se acercaron. De alguna manera, compartir un estilo musical no les hacía compartir una misma forma de vida).

Entre esas vías de los talleres, después de que nos echaron del predio, apareció otra prenda de ropa tirada: un buzo de seguridad privada. Parecía un trofeo de guerra que habíamos conseguido después de que se habían puesto la gorra de manera innecesaria. Pero nada que ver. Los bordes de las vías y sus objetos descartados son evidencias de historias y personajes nómades que se van alejando con el traqueteo del tren.



Pausa

Nada de lo que vengo relatando lo escribí en su momento. Nunca estuvo la intención de hacer una crónica, ni nada similar, de lo que fueron estos cuatro años de La Sede Producer. Quizás el fallido intento de armar la cooperativa nos movió a darle una especie de cierre, pero que no fuera tan agrio. Mientras escribo y voy de secuencia en secuencia, y jerarquizo cuestiones que creo que tienen que estar, recuerdo a *la piba que rapeaba en silencio*.

Siento que, a pesar de la insistencia, de todos estos años apostando y militando esta experiencia grupal, todo esto se dio con cierta naturalidad. Algo del ambiente de los barrios nos arrastraba, y se estaba dando más allá de nosotros. Entiendo que es la música del futuro; y esto, uno lo comprueba en cada show y presentación que se hizo en un festival barrial, donde los que se ponían en primera fila y estacionaban su bici, o dejaban su pelota debajo del brazo para prestarle atención a cada rima, eran los más chicos, las nuevas generaciones.

Pero tampoco somos ingenuos, también sabemos que nadie apuesta del todo ahí, porque hay que romper ciertas fronteras; y hay que tocar ciertos nudos barriales que meten preguntas que nadie quiere responder. Meterse con una banda de pibes, *los sospechosos de siempre*, no garpa para las gobernabilidades de hoy. Y este prejuicio no nace del propio barrio, los que sospechan son quienes hoy creen gobernar lo social, y arman imágenes de las relaciones de fuerzas barriales desde una exterioridad sensible y espacial (realmente no están ahí, ya no se ven a los funcionarios, ni primeras líneas, caminando y perdiéndose por ahí; todo lo que conocen es por “representantes”: dos o tres referentes que portan con el poder de decir lo que pasa o no en un barrio).

En los barrios, no hay sospechas. Hay roces, guerras, amistades, vueltos, rejuntos. La sospecha es un privilegio para quienes pueden separarse del fondo oscuro de la precariedad. Solo se sospecha desde la exterioridad. En la realidad, hay interioridades barriales, corporales, familiares, cada uno con sus propias detonaciones, que van rompiendo sus propias cavidades. Hay implosión.

Por eso, están las dos caras de La Sede Producer: la de cierta intensidad barrial que mueve a los pibes y su contracara –que se mueve simultáneamente como los lados de un anillo–, de que esa apuesta es en un terreno de implosiones, que generan constantemente fronteras al interior de los barrios y de las propias vidas.

En cada alianza insólita se traspasan fronteras. Tanto por el hecho de que quienes participan cargan con la información de esa frontera, o porque directamente se conquista un terreno inédito. Con *la piba que rapeaba en silencio*, no pudimos conquistar ese terreno. Ella llegó aquella tarde de 2018 con su mambo, grabó sus temas, pero estaba sola, nadie le hacía la segunda ni en la escuela, ni en el barrio, ni en la sede. En ciertos momentos, el mundo se puede convertir en algo muy pequeño. Parecía como si hubiera llegado antes de tiempo. Quizás unos años después, con La Sede Producer funcionando, podía tener más a mano los videoclips, los shows. Pero tampoco podemos saber qué hubiera pasado. A Agustina la conocimos por esos años en el barrio La Cumbre. Por alguna cuestión, fue uno de los pocos ensayos que hicimos en esos años. Todavía

conservamos su regalo, las canciones que le escribió a su novia de puño y letra, y que esa tarde de invierno pudo grabarlas, esperando que las escuche desde arriba.



La piba que rapeaba en silencio

Pelear cabida es re cansador. Agustina lo intuye: si no hay atención, al pedo la intención: me voy, me rajo con el cuerpo o con la mente. Fue.

“¿Por qué no hay pibas en la sede, por qué no están dando vueltas por ahí?”, preguntamos en uno de los encuentros. “Lo que pasa es que las pibas *ya no están* en el barrio”, responden dos pibitos. Estaban grabando una canción y, como sucede siempre en las improvisaciones, *carteleaban* la aspiracional vida de *gánster*: que tener la AK para pelarla en el barrio, que *lookearse* con brillantes cadenas de oro, que gastar los billetes que se caen de los bolsillos. Apenas cayó Agustina a “La Cumbre”, aplicó a los pibes –que suelen copar la sede– y los puso pillos: “¿Qué se hacen ustedes, eh?”. La piba los atendía y los pibes se quedaban en silencio. Agustina pintó no más de dos veces por el taller, pero dejó una zarpada marca. *Escribía, pero no rapeaba*: decía que escribía las letras rapeando, pero que nunca se había animado a hacerlo delante de otra persona. Sus letras eran en carne viva: recordaba a una novia que había muerto hace ya un tiempo, bardeaba contra la homofobia y contra la escuela por no tolerar su relación, del día que murió su novia, de la reacción de su familia cuando se lo contó (ellos nunca supieron de su inolvidable relación) y de cómo los vueltos de esa confesión la perseguían hasta hoy. La presencia de Agustina hacía pasar otras brisas y otras fuerzas en el taller. En Don Orión, en Azul, en 2 de Abril, en La Cumbre: siempre pibes-que-hacían-hip-hop, que tiraban muchas veces letras piolas, pero que podían expandir su parla filosa de manera gratuita porque no había del otro lado una piba que los aplique cuando les pintaba “dárselas de chetos”. La segunda vez que vino al taller, se animó tímidamente a ensayar y terminó grabando una gran canción. Pero el ambiente de la sede era hostil: jugaba de visitante y los pibes le tiraban algún berretín siempre que podían y aunque ella los sacaba cagando, la fatiga de estar con la guardia alta y

devolviendo descansadas te vacía el tanque de energía y te deja un hilito de voz cansada que no alcanza para grabar. Los talleres siguientes no la volvimos a ver; hubo un par de semanas en que la sede estuvo cerrada por quilombos en el barrio –que eran también, claro, *más quilombos* en la sede–, y en el lugar no tenía una alianza concreta con otras compañeras (pibas del barrio, desbordadas laburantes del equipo técnico, pibas de por ahí, de alguna orga, de algún maldito lugar donde no te hagan sentir de más). Nos queda su imagen con pelo corto, ropa ancha y las largas canciones escritas en hojas cuadriculadas que nos regaló (nunca supimos si guardó alguna copia, si le interesaba atesorarlas).

Las pibas tienen que cargar con un montón de roles fundidos que les cuega en el cuerpo la economía barrial: ser madres de sus hermanitos y hermanitas, ser pibas, ser alumnas, ser hijas y madres de sus hijos y de sus padres o tíos, hacer las tareas domésticas y de cuidado y *lookearse* y ponerse lindas porque es un modo de ingresar a la economía libidinal de la ciudad, porque a su vez es respeto necesario frente a las otras pibas (como el pibe que la cartelea de mafioso porque, si no, pasa por *pollo* y deviene víctima fácil para las fuerzas oscuras del barrio) y ahora también laburar más horas: se ven muchos pibes en la sede o rancheando por el barrio y muchas pibas en la parada de bondi yendo a laburar de algo. Las mismas preguntas nos siguen tomando y siguen latiendo con fuerza: ¿Cómo se acompaña, cómo se arma “alianza” con los rajés de las pibas que quieren desplazarse de toda esa cadena de asfixiantes y fundidos roles? ¿Qué alianzas hacen entre las mismas pibas ahí, en el barrio, en la noche fea, en la parada de bondi durante las mañanas en las que la calle es tomada por los que aún no se acostaron? ¿Cómo cada una de ellas se acompaña a sí misma y se empodera en medio de las frágiles redes por las que se sostiene su existencia haciendo equilibrio? ¿Cómo evitar que esos rajés se regalen y queden en orsai frente a una sociedad mula y gorruda? ¿Cómo pescar ahí mismo, sin desambientar esas vidas, arrastrándolas para afuera del barrio, entre rechazos y aguantes frente a las violentas y agobiantes imágenes sobre lo femenino: cagarse en la maternidad, querer salir de gira y garcharse a quien se le cante, mandar a la mierda a la madre verduga y al padre borracho y violento? Agustina ya no pinta por la sede, pero debe intentar seguir sosteniendo su raje, ese que choca con la sensibilidad de las pibas que únicamente intensifican su propia vida y la de sus otros –hermanitos, primitos– desde lo materno. Sobre

el cuerpo de las Agustinas, sobre el cuerpo de todas las pibas que *ya no están en el barrio*, pero sí en los interiores estallados, en los transportes públicos, en el kiosquito o el mercadito, en los laburos hiperprecarios, y en la ciudad cae feroz el macrismo, que ajusta y hace aún más densas y violentas las implosiones.

Un estudio de grabación para las pibas



Me sorprendí mucho cuando me enteré que era la única que había grabado en el 2 de Abril. Pensé que había más chicas. El día de la grabación estaba muy nerviosa y me daba mucha vergüenza, pero gracias a los chicos como El Porte, su hermano Maxi y obviamente gracias a vos, me sentí súper cómoda y pude hacerlo sin importar las barreras que tenía mentalmente.

Hoy en día, opto por no dedicarme a eso, me gusta más otro tipo de música. Siento que no importa a qué género te dediques; mientras dediques tiempo, ganas y muchísimo esfuerzo, la música te va abrir muchas puertas. Creo que las chicas deberían sacarse el cliché de que el rap es 100 % hombres, eso es totalmente erróneo. Muchas de las cantantes de moda de hoy en día arrancaron con el rap y después la música les abrió otras puertas, como el trap, el reggaetón, etc.

¿El taller? Totalmente accesible. Quizás había que pisar un poco fuerte por el hecho de ser mujer, pero, como con todo, creo que las mujeres ya estamos acostumbradas a pisar fuerte de por sí. Después de tantos años de machismo, ya lo tomamos como un atajo y un poco de prevención ante la situación, me entendés, ¿no?

Quizás para mí fue difícil entrar por mi forma de ser y mi carácter. A alguna más tímida se le puede hacer difícil, pero siempre es cuestión de actitud.

Se pasaba de vez en cuando por el taller y había participado como actriz en uno de los videoclip, pero sobre la escritura y el rap, en un primer momento, no hablamos.

Un día llegó y me dijo: “Quiero grabar, pero no los quiero a todos metidos en el estudio”. Entró con otra piba, de la que ahora no recuerdo el nombre, pero que venía al taller a aprender canto. Quería grabar tranquila y tenía un tema bien cerrado y a ritmo. Creo que hizo dos o tres pasadas de voz y aprovechamos para hacer una toma con la cámara. El tema y el video estaban cerrados al final del día. Antes de volver a hablar con Oriana, me preguntaba si le había pasado lo mismo que a Agustina, si le era hostil el espacio porque lo copaban los pibes, pero me dio otra perspectiva.

Por el taller del 2 de Abril pasaron tres pibas. Una amiga del Porte, que hacía coros y tocaba la guitarra en uno de sus temas; una piba del barrio, que estuvo aprendiendo canto y siempre probamos que tire algún estribillo; y Oriana, que fue la única que grabó un tema entero. De todos modos, sigo sintiendo que, de alguna manera, el taller era la continuidad de las dinámicas del barrio; el estudio de grabación era una esquina donde siempre estaban los pibes, y las pibas tenían que conquistar su lugar. ¿Se pueden romper esas dinámicas? Me quedaron rebotando esos momentos en que se podía convertir el estudio de grabación solo para las pibas. Aunque fueron momentos esporádicos, y a la otra semana las pibas no volvían, quedó un antecedente para nuestra historia.

64 Cuando preguntaba qué onda en la sede o a los pibes si iban a volver a participar, percibía como una tela de araña entre el mundo de las pibas y la posibilidad de volver al taller. Y no me refiero a las situaciones individuales que pueden ser más sencillas: “No me gusta tanto el rap”, o simplemente hacer otra cosa que no sea estar en el Enviñón haciendo el taller. Me refiero al ambiente de taller en general, a cómo está diagramado con los pibes copando el espacio en banda, de a muchos, y las pibas estando menos en la sede. Ahí percibí esos garrones no enunciados. Un montón de redes que recorren el submundo del barrio, que te engancha a garrones y roles cotidianos. Cuando se te pegan, no es posible deshacerse así nomás, seguís cargando con esos kilos de seda acumulada. Cuando los pibes faltaban al taller –o, años más tarde, no coordinábamos el horario y el lugar para algún rodaje–, en 5 minutos los ubicaba. Doblaba

por Ramírez, y a alguno me cruzaba y me decía: “Sí, los vi pasar por ahí, fueron a la feria y ahora vuelven”. Pero con las pibas no pasaba eso. “Las pibas no están en el barrio”. Esas eran las respuestas, caía mal esa ausencia de información sobre la vida de las pibas.

A ese escenario callejero, que tiene a los pibes como protagonistas, llegan porque antes desertaron de otra guerra de esta época: la que se da en los interiores, que tiene a las pibas bancando un montón de roles y cargando un montón de quilombos contra sus cuerpos. La mayoría de los pibes tienen habilitado irse de sus casas, ranchear todo el día por ahí. Y, en ese punto, están expuestos a ese barrio espeso, a los cortocircuitos entre vecinos, a las miradas y gestos provocativos, y a cualquier violencia que circule por ahí. En cambio, las pibas reciben la violencia de los dos frentes: el de los interiores y la exposición barrial. Que quede claro: “Muchas ya no hacen lo que tú puedes hacer / a ellas las callaron, las torturaron, hoy no están acá y no hay vuelta atrás / vamos a bailar, vamos a gozar, batalla cotidiana y sororidad”.

No me importa lo que digan

por Oriana

No me importa lo que digan, no me importa na',
yo viví mi vida no dependo de los demás
Cansada de las críticas miradas que nos pesan,
soy libre de expresión y no pienses que soy tu presa

yo bailo lo que quiero, disfruto mi momento,
le subo tu nivel y no le temo a la frontera
escucho como no le gusta mi forma de ser,
cansada de las críticas, cansadas de tu ser

no le temas al prejuicio, goza la vida entera,
no hay otra manera, no hay tiempo que perder,
no permita que te callen, ellos no son quién

tú tomas el control, tú mides todo tu nivel
todo el tiempo buscando tus errores,
envidiando tus progresos
que quede claro, muchas ya no hacen lo que tú puedes hacer, a ellas
las callaron, las torturaron, hoy no están acá
y no hay vuelta atrás

vamos a bailar, vamos a gozar, batalla cotidiana y sororidad.

El día que retumbó la sede

Se escuchó un grito visceral que sacudió la sede y arrancó de la suya a los pibes de rap que se miraron sin entender. Las pibas que estaban en el estudio se asomaron rápido a la ventana y tiraron: “Es nuestra amiga”. En el comedor, una piba denunciaba que había sufrido un abuso, la tía que la acompañaba intentaba callarla y la desmentía: “El médico dijo que no tenías nada”. Las amigas la rodeaban y la sostenían, y las compas del equipo técnico al toque activaron para acompañarla.

A las pibas que hacían el taller de escritura no les interesaba entrar al estudio de grabación para hacer hip-hop. Ese día fue la excepción. Se habían mandado, para hacerle la segunda a su amiga, a la piba que estaba por detonar la sede cantando la justa y haciendo audible una verdad profunda y lacerante que rompió barreras de silencio, saltó las cuatro paredes y se hizo pública.

66

En el estudio, se suspendió el momento de la grabación, pintó un silencio que mezclaba perplejidad y angustia y se desplegó una larga charla que iba a dejar sus marcas en los talleres por venir: ¿Qué onda con las pibas en el barrio? ¿Por qué siempre, ustedes –los pibes– hacen complicidad a ciegas con sus madres y tías en contra de sus hermanas? Esa complicidad de hecho va dejando atrapado en los infiernos domésticos el sufrimiento de las pibas. “Esa piba siempre miente. Quiere llamar la atención”, se escucha por lo bajo, pero el berretín antipiba de “las mentirosas” esta vez no prende en nadie: las amigas de “la piba”, al hacerle la segunda en la sede, le daban a la escena una carga de verdad rotunda. “Los dolores y los garrones son muy de uno: no se ventilan”, dice

uno de los pibes, otro que estuvo preso lo mira y asiente. Pero tampoco: el “me lo morfo solo” es una coraza subjetiva que no sirve y que además expone la falta de alianzas de muchos pibes y pibas para enunciar sus dramáticos “dolores privados”. La charla sigue. El grito aún resuena y no hay mucho lugar para hacerse el boludo o la boluda. Algo pincha: a los malestares hay que destrabarlos de los cuerpiños, lo que pasa en los interiores hay que politizarlo. La línea baja justa porque la conmoción dispone para la escucha.

Una de las compas del equipo técnico nos dice: “El hogar es también ese otro lugar donde las pibas quedan atadas y silenciadas. Y la importancia de los espacios barriales es clave para que tengan cabida y puedan servir como vías de escape de esas realidades de mierda. Lugares donde puedan tomar protagonismo y romper ese ‘secreto familiar y social’”.

Por eso, la piba prefería irse a ranchar a la calle. Cualquier infierno público y a cielo abierto es mejor que el infierno del rejunte familiar en el que nadie te cree un carajo. El grito de la piba sacudió la sede y también movió las redes barriales: una de las madres de los pibes de rap le ofreció hospedaje en su casa.

El musiquero

Barrio Chacarita, CABA. Hacía unos meses, Porte había comenzado a trabajar como zanjero pasando caños de fibra óptica. En una escena típica de trabajo, y mientras estaba maquinando qué hacer con esas arduas jornadas que le consumían toda su energía y cómo sostener e insistir en ese contexto con su proyecto musical, se escuchan las voces de sus compañeros de trabajo que rápidamente lo apodaron de otro modo.

“Ya estamos, eh. Ya terminamos”.

Zanjamos casi 50 metros. Pozos de 80 centímetros, pasamos los tritubos con la fibra óptica. Rellenar de tierra, hormigón y la cerámica. En capital es todo cerámica, qué gilada. Qué bien vendría la calle de tierra del barrio ahora. Nada de masa y solo palear...

“Sacale el auricular al pibe, que no escucha nada”.

Re largo se hizo hoy, no terminamos más. Ya casi son las 8. Si llegamos a las 11 o 12, duermo cuatro, cinco horas....

“Musiquerooo, pasame el compresor de aire”.

Arrancar a las 5 de la mañana, porque a la 6 ya tengo que estar en viaje. Como se dice: “Del barrio, salimos de noche y volvemos de noche”. Siempre igual: dos bondis, tren y subte. Qué lejos estamos. Ya no quiero mulear para nadie, si total sé que se puede sobrevivir en la calle (los pibes saben de qué hablo). Sin laburo se sostiene como se puede. Activando en la calle como un tiempo atrás. Compramos cosas para vender casa por casa, como todo pibe de barrio, como todo pibe de barrio humilde.

“Vamos que ya estamos”.

Hago música porque me gusta. Porque quiero, porque puedo y porque me nace. Mucha gente me critica si dejo el laburo como zanjero, pero me quita tiempo para dedicarme a la música. Siempre está la fe de que la música me puede sacar adelante, a mi familia y a mí. En algún momento se tiene que dar, eso hay que tenerlo en la mente.

(El camión deja de pasar chamamé por un rato, y se mezcla en la lista de temas “¿Qué pasa?”, uno de los últimos temas de Porte LQ).

“¿Quién es este? ¿El L-Gante?”.

“No, es el pibe. Este canta también”.

Deben creer que hago esto porque está de moda. Pero desde pibe escucho rap. Me identificaba con las letras, con el sonido, el ritmo. Siento que me sale, ¿por qué no invento mi historia? Tengo que inventar mi historia.



Laburar es un poco concentrarse en lo que estás haciendo y otro poco escaparte a tu mente para no renunciar nunca a tus metas. Siempre pienso en esos días en que laburaba todo el día. En lo que pensaba, en las ganas de dedicarme a la música, pero tenía que estar ahí igual, y no era todo

garrón. Cuando pintaba tirar una carne para el almuerzo o una cerveza después del laburo; el momento en que pagaban la quincena y volvíamos con billete en el bolsillo.

Cuando tocó laburar toda la semana y un franco, seguía escribiendo. En el viaje o en algún rato muerto. Hoja y lapicera; y, si no, la mente. Te encargás de escribir y en ese mismo instante te queda grabado en la mente. Una libreta para el laburo y para mis canciones.

Deja de presionar

Porte LQ

Déjalo respirar, que vida es una y es para disfrutar
 Si inhala ese humo es porque quiere relajar
 Si dice que es lo único que lo puede ayudar
 No estás en sus zapatos y por eso
 Deja de presionar, déjalo porque él sabe reaccionar
 Escribe su camino déjalo caminar
 El pide que lo miren como lo puede lograr
 un pibe que desvive por sus sueños



El guachín con 9 años su cumpleaños festejaba
 feliz por los regalos que por sus manos rodeaba
 El recuerdo más ingrato ver esa triste mirada
 la visita al hospital por el abrazo que faltaba
 nadie le avisó que sería el último día
 Con el tiempo comprendió que eso lo lastimaría
 pero de nada sirvió porque aun duele todavía
 El dolor se hizo rencor, y el rencor mirada fría
 Lamento de por vida, pero ya sin otra opción
 el remedio que veía era dejar ese temor
 La sonrisa que mantuvo porque fue una linda infancia

La fragancia de esa flor que con el tiempo marchitó
Le pesa recordar, le cuesta combatir
el abuelo se le fue, cuando el no estuvo ahí
La distancia fue testigo de ese día horrible y gris
no le dio el último beso no se pudo despedir
La depresión a su abuela poco a poco la llevaba
El tiempo que corría y la misma melancolía
Sabiendo que no mucho era lo que le faltaba
solo nueve meses y otra dura despedida
Por eso aprovecho el tiempo, sí que la abrazaba
Sí que la disfrutó porque llegaría el día
caricias y siempre la recordaba
que más allá de que ella no esté
por ella lo lograría

Déjalo respirar, que vida es una y es para disfrutar
Si inhala de ese humo es porque quiere relajar
Si pide que lo miren como lo puede lograr
Un pibe que desvive por sus sueños
Que sigue siendo el rap, déjalo porque él sabe cómo actuar
Escribe su camino déjalo caminar
Créeme lo que digo soy testigo para hablar
Porque ese soy yo mismo, esta es mi realidad

70

Es muy fría mi mirada pero aún sigo esperando
No confío en el amor, pero quiero ser amado
Cometí algún error, varias veces la he cagado
Lo admitía y lamentaba ser un raro complicado
No era nada para nadie, nadie me extrañaba
Me aferré de las promesas, esperé alguna llamada
Vi que la esperanza de a poco se derrumbaba
Me miré y dije qué pasa, no pienso esperar nada

Que la cuenten como quieran, que tiren sus murmullos
Ellos no saben nada pero a mí cuesta mucho
Por eso quemo uno y mientras se consume el pucho
Digo no creo en palabras no creo en sus chamuyos
No insistan en cambiarme ya no quiero su atención
Y si piensan ayudarme agradezco la intención
Pero ya no necesito ni siquiera comprensión
Ver feliz a mi viejita, mi oración para con dios
A pesar de mis errores y macanas de un pasado
Hoy no digo que cambié, pero sí que he mejorado
Hoy no quiero lamentar hoy me siento renovado
Hoy no miro para atrás, la música me ha salvado
Hoy comprendo bien las cosas porque tuve un lado oscuro
Porque estuvo mi sonrisa cuando el cora estuvo crudo
Porque mido lo imposible y trato de hacer lo seguro
Porque sigo siempre firme buscando el mismo futuro

Rap laburante

Recién terminaba el show, habían sonado piola, fueron 25 minutos con ritmo y mezclando temas de rap y RKT. Maxi no había salido con nosotros desde el 2 de Abril. Cayó con dos primos desde la cancha. Uno de ellos, el más grande, apenas terminó el show ya se quería volver para el barrio: el combo cancha y festival lo había liquidado. Por eso no hubo mucha discusión para irnos del show. Nos fuimos todos menos Maxi que se quedó un rato más. Durante la media hora de viaje que teníamos, los primos tomaron la palabra y me estuvieron contando sobre cómo ingresaron a la barra y se hicieron socios, y la previa de la cancha, y el viaje a Paraguay, y la interna de las barras y sus diferentes frentes. “Laburamos todos los días, todos. Pero ahora, metemos estos días de cancha...”, me decían con una alegría que los desbordaba. Para no cortar la emoción de su relato, se me pasó preguntarles de qué laburaban. Además, estaba el

primo joven que estaba más rescatado y el otro que estaba más gediento, y se la pasaron contradiciéndose en cada uno de los temas que salían, mientras nos reíamos.

Cuando llegamos al barrio, les pregunté a donde los tiraba y me dijeron: “Ahí, en nuestra casa, vos la conocés, filmamos una vez ahí”. Por un momento, no entendí nada de lo que me estaban hablando. Estaba convencido de que los acababa de conocer. Hasta que, en un segundo, me vino un flash de la cara del primo más chico –las horas de edición de video te duplican la percepción–. Claro, habíamos filmado unas tomas con ellos para un video. Ellos estaban arriba del carro. Eran los que iban en el carrito. Al toque recordé la casa y los dejé en la puerta.

Ese video en donde aparecen sus primos había nacido de una idea. En los primeros mensajes de texto que nos mandamos con Maxi, después de varias semanas de cuarentena, me cuenta que se la pasó escribiendo, que quería armar un video y mostrar otra cara del barrio: “Quiero que aparezcan los laburantes, los de la metalera, las pibas del corralón, los que andan en el carrito buscando cartón, los que venden morrones. Todo eso es mi barrio. Eso quiero mostrar”. Correrse de la ecuación, que aparece en los primeros temas, de que el respeto se lo gana con picantez, para buscarlo en otros rostros del barrio. La humildad, la mística que se arma después y entre los laburos, y llegar y sumar algo más para esas ollas que cada vez tenían que alimentar más bocas.

Caímos al barrio a las 6 de la tarde y Maxi ya había apalabrado a todos. Las únicas que no pudieron aparecer fueron las pibas que laburan en el corralón, ya que ese día estaba cerrado. Empezamos con los primos que volvían en el carro después de una jornada juntando cartón. Las tomas del atardecer y el carrito llegando al barrio ya lo había maquinado Maxi. Seguimos por Ramírez e hicimos unas tomas en el taller mecánico, mientras empezaban a preparar el fuego para comer algo para la noche. En el camino, otro vecino gritó: “Maxi, yo también quiero aparecer”. Caímos a la hora justa donde parecían bajarse unas persianas invisibles de los laburos y rebusques. La jornada de la metalera acababa de terminar. Acoplaban los últimos cartones, metales, plásticos. Ahí se dio una conversación más larga, apareció una Manaos, unas latas de Brahma y un par de cigarros. Maxi

insistía con su idea, les contaba el objetivo principal de su video a los vecinos: dedicarle un tema a su barrio, el de los laburantes, los que sostenían y llenaban esa olla –de la que en los últimos meses tenían que comer todos–.

En el medio del recorrido, nos cruzamos con muchos de sus afectos: hermanos, tías, primos, amigos. El barrio son los afectos que te sostienen. Un amigo con su hija, una amiga de toda la vida con su familia. Y todo se enlazaba desde la cotidianidad de caminar un par de cuadras a cierta hora del día. El recorrido terminó en el comedor que maneja la tía. Una mesa larga, tres mujeres cortando las verduras y dejándolas caer en la olla. Al toque, la tía agarra esa olla y la deja en el tacho lleno de fuego. A leña, maderas, ramas, se cocinaba. A pulmón y prepotencia vital de saltar por el barrio.

Al tiempo, presentamos este videoclip de Maxi en un festival de cine del conurbano que se hacía en la Universidad de Lanús y tuvimos que armar una sinopsis:

“El barrio está prendido” retrata una parte de la vida barrial que no suele rescatarse ni en los medios de comunicación, ni en los relatos comunes de la cultura-*rap*, ni en las agendas políticas. El barrio se prende, en medio de la crisis que generó el ajuste de los últimos años –profundizado por la pandemia–, por la lucha diaria de quienes trabajan a pulmón para poner algo en la olla y sostener el día a día. Enfocar las luces ahí, y no en los *videograph* de los noticieros después de una secuencia picante. En esos momentos postrabajo, también circulan intensidades y alegrías, que hay que conquistar y que activan la vida barrial. Entonces la idea del videoclip es hacer un recorrido por el barrio en ese momento justo, cuando cae la tarde, el comedor prende la olla y sus amigos y familiares tiran un gesto de apoyo a la cámara.

Fue el único rodaje en el que participó un solo integrante de La Sede Producer. No hicimos casi tomas de esquina, de ranchadas, de maleanteos. En muchas oportunidades, los equilibrios barriales parecen no permitir conectar ciertas intensidades. Territorios sensibles distintos que es mejor que no se toquen. Por eso, en aquel rodaje, Maxi fue, por unas horas, un personaje de frontera que conectó ese barrio laburante con el mundo de los pibes cuando no les queda otra que buscar la moneda.

Patear la calle con productos de limpieza, alfajores en el tren, rosquitas en San Martín, laburar de carrero, albañil, hacer changas de las que sean, ser feriante con lo que sea, *delivery* ocasional, prelaburantes estatales, hacer billete para sostener intensidades que empezaban por afuera y terminaban adentro de esas horas de trabajo. Así pasan, semana a semana, laburos que se terminaban quemando, porque requerían demasiado combustible para habitarlos sin premios para el que no abandona. Laburos de mierda donde hay que curtir la calle. Reventarte la espalda en una semana de obra. Reventarte la cabeza en una gira semanal de Calzada a Constitución, ida y vuelta. Amargarte el día vendiendo dos boludeces y endeudarte en la feria de Solano. Y podríamos seguir enumerando intentos de ser laburantes sin laburos disponibles.

Y en esos encontronazos, de sus amigos y de él mismo, con los laburos –porque en el *country* no lo dejan entrar para laburar porque tiene antecedentes–, decide desviar el tono de sus canciones y conectar a aquellos que lo escuchan hace tiempo –principalmente a los más guachines, que son quienes más lo admiran– con el barrio, con su rostro laburante que resiste y enlaza generaciones, géneros, y una mística, fundamental y muy necesaria en una avanzada de ajuste y enfriamiento, de dignidad. “Desde el 2deA, mi barrio, un barrio laburante”.

El barrio está prendido

74

El barrio está prendido
 así como lo estaba Troya
 acá si no te mueves
 nadie te regala cosa
 está el que anda activando
 para poder llenar la olla
 está el que anda bardeando
 para ver mariposas.



El diablo nos observa, de allá abajo y lo goza
 yo acá arriba comprándome mis tenis y mis joyas
 pero no te confundas, mi vida no es tan hermosa

por coquetear con la muerte, ahora todo el día arman cosas.
Como esa que me manda fotos con el vestidito rosa
y dice que en el futuro ella quiere ser mi esposa
pero escuchame, loca, voy a decirte una cosa
no me caso y tengo a otra más bonita y más hermosa.

Pero bueno, hoy yo no vengo a hablar de mi vida
hoy canto por mi barrio y lo que veo en el día
los primos, los hermanos, las madres, las tías
también el que se rompe el lomo solo por la flia
gente que es amiga, gente enemiga
también están los niga, gente muerta, gente viva
flores tan hermosas que están llenas de espinas
ranas, cucarachas y también muchas arpías.

Pero no, guacho, en mi barrio todos no son ratas
está el que se levanta temprano pa'tener su plata
uno haciendo materiales, otro a full con la cuchara
toda la semana mientras el sol lo mata,
también están los que se hacen los tumba la lata
las rubias, las gordas, las morenas y las flacas,
el policía cornudo que hace abuso de su placa
también están los rapers que buena music cantan,
los chicos que no tienen miedo y los que se espantan
los que se están cayendo, los que recién se levantan
el que hace caso, el que cree que manda
el que no dice nada y el que siempre habla
el transa que vende sustancia todo el día
están los que escuchan rap, los que escuchan porquerías
el que ama lo que tiene, el que solo envidia
y un par que ya nombré, la verdad no lo merecía.

Amistades de guerra

“Me invitó a comer... ya me escribió a mi Facebook”. Gere tenía una sonrisa de oreja a oreja –se asomaba en lo que se dejaba ver de su rostro con la visera y la capucha puestas al mismo tiempo–, que fue ganando después de un rato largo charlando con una piba, en una noche que tuvo momentos inciertos. Unas horas antes, no pensé que era posible ese final. El preshow de La Sede Producer se había puesto tenso como ninguno. Estábamos en un Pateando Barrios que se hizo en el fondito, en el barrio Muiño. Mientras sonaban unas cumbias con la banda Juárez, y Gere –que siempre hacía valer su cara de maleante, que sostenía con sus años de entrenamiento de boxeo– empieza a decir que se quiere volver al barrio. Siempre se pueden dar esos desencuentros, el tema es que no teníamos ni una SUBE encima, y la decisión era: nos quedamos o nos volvemos todos. Y todo empezó a ponerse más tenso. Mientras Maxi y Elías discutían sobre si había que abandonar el show y volverse al barrio y hacerle la segunda a su primo, Gere se me acerca, me susurra algo y empieza a caminar y se aleja lentamente del festival. Las chicanas comunes de hermano a hermano seguían y Gere se iba perdiendo al final de la calle en la noche nublada, como si se estuviera escapando de la escena, disolviéndose en esa oscuridad. Cortó un toque la pelea, porque realmente ya se había alejado demasiado y estaba solo en una parte del barrio de la que no sabíamos qué onda.

Un par de gritos y Gere vuelve. La discusión deja de centrarse en si volvemos al barrio o no, sobre quién cortó el mambo, y deriva en otra, más compleja, sobre las heridas que cada uno carga. Fue una charla entre veteranos jóvenes de una guerra no narrada. Hay guerras públicas, y aparecen en las portadas de los diarios y quedan en los libros de historias; y guerras ciegas, que tienen dimensiones menores, imperceptibles, y se juegan en la cotidianidad precaria, dejando heridos, pero sin que sean reconocidos como tal. Y, como en toda guerra, hay distintos grados de exposición y, por eso, diferentes traumas que cada uno carga en los hombros. Están quienes estuvieron expuestos en el frente de batalla, quienes se replegaron en las trincheras y quienes no viajaron a la isla, pero estuvieron meses alistados con el terror de frente. Si los veteranos de Malvinas estuvieron dos décadas para que les reconocieran algunos de sus derechos, ¿qué puede quedar para los heridos y traumatizados de

una guerra no nombrada? No solo no hay terapéuticas para pensar las heridas de la precariedad, sino que ni siquiera hay registros de esas guerras cotidianas. Por eso, lo más complicado no fue hacer un *ranking* con posiciones de quién tuvo la vida más difícil, sino comprobar lo imposible que resulta hacer la segunda en un terreno donde desborda la necesidad de secundear. La discusión terminó ahí. En esa comprobación de que no alcanzan los gestos cuando el monstruo que muerde tiene los dientes tan afilados.

Pero el día no había empezado ahí. Decidimos que coincidiera en la misma tarde-noche de domingo una jornada doble: unas tomas para un video de Hunder y después ir al Pateando Barrios, a tirar unos temas como cierre del festival. Estos meses del 2022 nos encontraron con cero billete. Cuando teníamos el contrato miserable y canallesco del Enviñón, funcionaba como unas gotas de combustible más. Unos pocos billetes iban a parar al tanque de nafta. Pero cuando nos despidieron del municipio, los pibes sabían que estas movidas se estaban terminando, que el intento de cooperativa había sido un fracaso, que no habíamos conseguido recursos para sostenerla y que estos últimos rodajes eran para no dejarlos tirados del todo: los últimos movimientos de la máquina mientras se va apagando. En ese mientras tanto, tocó hacer este libro que registre nuestro recorrido y esperar a ver para dónde se va escapando cada uno. El proyecto había girado tanto tiempo detrás del berretín del rap, y de alguna manera ya sabíamos que era tiempo de otra cosa, el berretín de Juguetes Perdidos: la escritura. Por eso, cada momento liberado teníamos que activar con todo: rodaje, show, lectura y escritura improvisada del libro en el celu, entre charlas a los gritos, tratando de vencer la música de fondo. Mientras leíamos escenas, Elías me pidió una captura de una de las partes del libro y me confirma que le parece bien cómo se está contando la historia, lo cual me da una alegría, porque siempre es un desafío contar una historia grupal.

“Defensores de Belgrano, campeón 2022”, el cartel iba de caballete a caballete. Detrás, había una bandera enorme con un escudo del equipo, la imagen de uno de sus amigos adentro y una inscripción enorme: “Aún no podemos creer que no te vamos a volver a ver en esos domingos de cancha...”. Una mesa de truco donde se jugaba más que un campeonato y, en esas horas de la tarde, las brasas desapareciendo junto a un par de botellas muertas de Valderrobes, una ronda de mates y facturas por una

lado, una ronda de fernet y cerveza por otro, “Muñequita” de Los Acosta sonando de fondo y más banderas colgadas de los árboles: algunas de palo, una inmensa que dejaba ver un Che y una última que recordaba a otro pibe del barrio que ya no está. Fue la escena que eligió Hunder para terminar de hacer su video. Me venían enseguida otras escenas: mis asados en la vereda de la tumbita del gordo Zapata después de algún partido de Ferrocarril Sur, la bandera del Negrito Seba en los asados familiares del Sitra. Así se suceden escenas repetidas de tardes de conurbano, donde ciertas imágenes de la amistad, el barrio y la vereda, perduran.

Defensores había ganado en todas las categorías: libres, veteranos, de 7, de 11. Por eso, todas las generaciones de la cuadra estaban en la mesa festejando. En ese momento pensé que, por esta vez, en este rodaje no se tenía que filtrar ninguna escena picante, era un día caluroso de invierno, para estar en la calle tranquilos, un poco de fiesta popular, después caer al festival y escuchar un poco de cumbia. Cierta alegría se percibía, intentando dirigir un poco estos pesados meses de crisis feroz.

En el Pateando Barrios también se respiraba el mismo clima. Muchas bandas del mismo barrio, vecinos y vecinas que podían escuchar y bailar una lista de música popular (y no algo que fuera del gusto musical de algún funcionario o funcionaria). En uno de los escenarios, aparece tímidamente uno de los percusionistas desde atrás: “Feliz de estar en mi barrio, el Fondito”, y todos en el barrio estallan. Estaban ahí, aplaudiendo y apoyando la movida. La cumbia sonaba y, mientras charlábamos, me quedo replicando un encadenamiento de secuencias y sentencias, y cómo estamos y “en el barrio las cosas se resuelven así”. Y, de golpe, un ruido blanco de TV sin sintonizar.

78

Quedé ahí, colgado, mirando lo que sostenía el escenario. La cumbia perdía intensidad y ese ruido blanco me aturdía el cerebro. “Qué garrón, loco”. Las lágrimas en los rostros que nunca abrazan agujerean al mundo de tal manera que lo desarman. Siempre hay un más allá de las historias y las poses. Y qué lejanas y desfasadas quedan esas historias que hacen de ciertas vidas populares portadoras de una potencia invencible. Es en ese ruido insoportable donde se borran violentamente las imágenes de calma posibles; la denuncia de las injusticias se vuelve cruel, porque le otorga realidad a mecanismos imposibles de ejecutar. ¿Qué hacemos cuando la distancia entre los dolores y las posibles reparaciones se alejan

tanto que empiezan a formar parte de otro mundo? En la precariedad, no hay lugar para imposter buenas intenciones, alejadas de los realismos más atroces. “En el barrio se resuelven las cosas así”. Todo se ejecuta acá. Lo bueno y lo malo. Como aquel sonido insoportable con el que carga un televisor viejo. El ruido blanco que aparece entre los colores que se desvanecen te avisa todo el tiempo: esa sobrevida de un aparato a punto de fundirse.

Nos quedamos acá.

Elías y su sensibilidad de segundear innatamente. Estaba convencido de que nos teníamos que ir. Pero quedarnos en el Pateando también era un buen cálculo y una distracción para el momento. En una hora, se subía al escenario Maxi y, finalmente, ante la falta de decisión, nos terminamos quedando.

Ranchar con alguien en una esquina, vivir en la misma cuadra, hacer la movida que sea juntos (laburar o hacer rap) no significa necesariamente ser amigos. La dificultad de sostener movidas comunes va de la mano con pensar modos de amistades perdurables también. La escena de Defensores de 2 de Abril, aunque sea presente, habla de otro tipo de amistades más institucionales y de otra escuela. Las amistades no institucionalizadas (del barrio, del equipo de fútbol, del laburo) son las que cuestan más. Armarse amistades de guerra, saltar constantemente por el otro en un escenario picanteado, que se resuelve en los perímetros barriales, es otra cosa diferente. Las cuentas no dan para que la cosa sea sencilla. Elías sabía bien lo difícil que estaba segundear. Maxi encontraba los límites todo el tiempo. “Lo fui a defender pero me encontré con el padre, y me dijo que le habían robado a su hija. Y, bueno, tenía razón”. Si trazáramos las bisectrices que se despliegan de cada quilombo, de cada secuencias y, principalmente, de cada necesidad del barrio, para intentar dividir en dos bandos, es imposible que no se toquen con otras, se mezclen y generen otro punto de fricción. Se cruzarían tantas veces las bisectrices de varios vectores que sería imposible ponerse de un lado. En una época donde se habla livianamente de una grieta, amigo-enemigo: en los barrios no hay bandos claros, ni centros posibles. Se mezclan las líneas de cada quilombo y nace uno nuevo. Por eso, cada momento de amistad requiere pararse fuerte, pies al barro y piernas en posición de combate, mirada fija y chocarse contra el vendaval barrial. Así nace, y

por eso también se apagan, esas amistades que no son para nada fugaces. Tienen esa marca en la frente de saber todo lo que te estás jugando en cada uno de esos gestos.

Y todo terminó mejor de lo que esperábamos. Entre risas, fuimos buscando las calles que nos llevaban de Ezpeleta a Solano y de Solano a 2 de Abril. Cuando nos chocamos con Donato, reconocimos el camino y, mientras pasábamos por la antigua estación de trenes de Solano, me señalaron un hueco específico donde querían hacer unas tomas. Siempre hay un nuevo punto del barrio que tiene que ser narrado, y en donde también se forjan amistades: “Ahí, en la escalerita, paran los que hacen de trapito, los bolseros, los que venden bolsas de consorcio que andan con la ropa de basurero, están los buscas, los que venden artículos de limpieza. Se juntan los que venden alfajores en el colectivo, los que venden medias, hay un montón de pibes que se dedican a un montón de cosas. Hay hombres y mujeres que paran juntos. Y también hay pibes que hacen rap. Hay un par que pasaron cosas malas. Estuvieron presos, pero volvieron ahí con otra mentalidad, la de no volver a subirse a esos bondis”.

Felices fiestas



Son históricos los números de conflictividades barriales, quilombos familiares, garrones personales que se producen en la época de las fiestas. Las guardias y las comisarías tienen sus registros; y los afectos que se detonan tienen los suyos. Joda y garrón se unen y se intensifican, y esas peleas siguen resonando por varios días. El 2020 nos había encontrado encerrados y, en el caso de los pibes, fue por momentos barrio adentro y, en otros, recorriendo una ciudad vacía, con lavandina colgada al hombro y vendiendo casa por casa. Por eso, tampoco fue cualquier fiesta: muchos fantasmas se tenían que exorcizar.

“Laburar en la calle no es para cualquiera”, me tiró Elías por el 2019, cuando Alexis decidió salir a vender productos luego de que se enteró que iba a ser papá. Sostener el ritmo de la calle, el clima, los roces es estar preparado para poner tu cuerpo como carrocería: mandarle las sustancias y

drenajes necesarios para soportar el día a día. Pero, ese 2020, ese devenir laborante ambulante de los pibes, en el cual fueron bien recibidos porque traían la lavandina para combatir el bicho, también significó transitar la calle regalados al estado de excepción de una ciudad vacía, con la policía merodeando, con una vía libre que le otorgaba el terror sanitario.

Pero no todos estaban en el ritmo ambulante. En un barrio donde se intensificó el ajuste y se multiplicaron los comedores y las ollas para sostener el invierno, estaban los esenciales, las enfermeras, los repositores, los colectiveros, los camioneros, que salían todas las mañanas cuando se escondían los fantasmas.

Por eso, no fue cualquier fiesta: el barrio estaba cada vez más partido. Y justo nosotros acordamos terminar unas tomas de un clip para los primeros días de enero. Hacía un año exactamente, habíamos estado más pillos y el primer video recibiendo el 2020 lo habíamos hecho en la estación de Solano. Caímos a la tarde y no era día de feria. No pasaba nadie. Solo hubo una secuencia de entradas y salidas con un par de gritos en el castillo –ex boliche histórico de Solano donde funcionaba Tropicana Bailable, que finalmente no estaba tan abandonado–, pero en la cual no fuimos ni siquiera personajes secundarios. Después todo tranquilo, como una tarde de verano en el barrio de los que no vacacionan. Quedaban algunos restos de las fiestas: los cartones de las mercancías vendidas y un par de botellas vacías. Hicimos algunas tomas y leímos algo de *La sociedad ajustada*, libro que acabábamos de publicar con Juguetes Perdidos, y que tenía unas páginas dedicadas a La Sede Producer y un par de letras de las canciones de los pibes. Elías y Maxi, que no estaban grabando, agarraron un celu y se filmaron haciendo una publicidad del libro. Ninguno de nosotros sabía lo que iba a pasar ese año que empezaba; había todavía un toque de esperanza de que algo de ese ajuste brutal que habíamos vivido se iba a ir.

Pero, esta vez, le pifiamos. Decidimos hacer las primeras tomas del año, con la resaca de las fiestas en su esplendor, en el polideportivo, pleno corazón del Barrio 2 de Abril. Los pibes no habían tenido unas fiestas muy tranquilas que digamos.



A los corazones de los barrios –centros por donde circulan las energías–, hay que cuidarlos. Pero el polideportivo se venía resquebrajando. En un torneo relámpago, unas semanas antes de las fiestas, se había desprendido una de las columnas de hierro –que parecía haber sido creada para sostener algún reflector, aunque no lo hacía en ese momento– y le cayó en la cara y en la pierna a uno de los pibes del barrio.

Las internas de cada barrio lo saben mejor: quién concesiona, a quién pertenece, quién administra, quién copa esos espacios. Pero, más allá de esas justificaciones internas, en las que muchas veces entran los gobiernos, estos corazones, cuando se los mantiene en buen estado y se invierte en sostenerlos, cambian drásticamente los ánimos barriales. Abandonar un espacio así es dejar disponible una tierra donde se pueden generar o resolver cualquier vuelto.

“Acá no manda nadie”

Unos meses atrás, cuando nos reencontramos con los pibes después de la pandemia, mientras tomábamos una Manaos y una Brahma en la esquina, se acercaron dos pibes de no más de 13 años en una moto –realmente eran unos guachines– y amenazaron a otro que andaba por ahí. Primero, le muestran el fierro y después le hacen un gesto de gatillo con la mano. Recuerdo ese gesto en cámara lenta: le impactaron *el tiro de temor*, rieron y se fueron coleando la moto. La pandemia también transformó los ilegalismos. Menos laburo, menos guita, menos noche: transformó muchos negocios. Estos pibes, parece que se hicieron dueños prematuros de un negocio que funciona en “el monte”, el barrio lindero al 2 de Abril. Un año después, increíblemente, se los verá paseando en una cuatro por cuatro, pero, esa tarde, fueron directo al poli: sabían que si buscabas algo o a alguien, lo ibas a encontrar ahí.

82

Pero volvamos a principios del año 2021. Esa tarde de primeros días de enero, el sol estaba picando demasiado. Por eso teníamos que estar atentos: desde dónde enfocar, no hacer muchas tomas a contraluz. Estábamos con el Porte, Hunder y MaxiKing, filmando una versión argentina que hicieron del tema “Bandoleros”, de Don Omar. Nos faltaban solo unos detalles, escenas concretas con algunos primeros planos. Usamos las tablas de una supuesta construcción, que estaban tapando el polideportivo, para pensar algunas escenas. Muke se sumó para actuar una situación de robo. Gere cayó con la moto del hermano y se prendió

para que filmáramos unas tomas de la moto acelerando. Cuando estábamos haciendo una toma, un detalle de un cuchillo girando en la tierra, escuchamos un grito que venía de la otra cuadra, lo empezaron a apurar a Maxi. Estábamos tan metidos en la filmación, en enfocar el cuchillo, en ver cómo se reflejaba en el sol que no sé cómo tuvimos reacción para lo que pasó. Un tipo de unos cuarenta años venía con un fierro, que parecía una tumbera, en la mano. El polideportivo estaba lleno de pibes jugando al fútbol, ya casi era la hora de la merienda y muchos vecinos estaban caminando por ahí. En un escenario como ese, no podíamos imaginar que iba a gatillar. El primer gatillazo no salió. Entonces, enojado, enseguida empezó a mover el arma para destrabarla y se escuchó que se le había escapado un corchazo que terminaría dando en la tierra. Maxi se avivó y corrió en otra dirección de donde estábamos nosotros y, principalmente, los guachines jugando al fútbol. Quedamos con Porte, Hunder y Muke, absurdamente detrás de un árbol. Al toque, no sé si fue el sol quemando en la tierra de la canchita del poli, o el zumbido que dejó el rebote contra la tierra, o la cara de susto de los pibes, pero algo lo hizo retroceder.

“¿No tengo nada?”, le pregunto a Porte, y me muevo para ver si, de una forma misteriosa, nos había rebotado el tiro –esos mitos de las balas perdidas con el que nos asustan desde guachos–. Enseguida empezamos a reírnos. De la pregunta y del cagazo, claro.

Se sumaron un par de doñas que estaban en la vereda y empezaron los cientos de relatos de lo que había pasado ese 1° de enero a la madrugada, que iban reconstruyendo los amigos, las tías, las primas y cada persona que se cruzaba por la vereda. Denuncias cruzadas, que hubo una pelea, que no; que fue a las 4, a las 7, a las 10 de la mañana. ¿Fue por una gilada, fue por un robo, por miradas cruzadas? Todos creían saberlo, pero dudaban, era tan confuso, todas conjeturas, como esos momentos donde se cruzan los estados de sueño embriagados con los recuerdos, y así se fue creando un supuesto hecho con decenas de variantes.

Pero, más allá del hecho en sí, se sentía en el aire que había sido por las fiestas. Esas eternas felices fiestas que nos acompañan cada año. Y nosotros le pifiamos feo, son fechas donde no hay que armar un escena –con luces y flashes– en el barrio. Había que dejar bajar la espuma y las burbujas hasta que desaparezcan en los calores de enero.

Los tanques de agua



La imagen del polideportivo con la cancha de tierra vacía y los tanques de agua que escapan del horizonte del barrio fue siempre nuestra favorita. Era una verdadera postal del 2 de Abril. Hay imágenes en blanco y negro de los primeros años de vida del barrio –allá por 1982, cuando se fue armando el asentamiento– en las que ya están de fondo esos dos tanques de agua. En muchas oportunidades en que sacamos alguna foto para compartir en las redes o hicimos tomas para algún vídeo, aparecía ese fondo. Cómo si en ese plano hubiese una atracción especial, donde se juega una frontera crucial entre un barrio que fue y otro que se estaba desvaneciendo.

Los días grises lo hacían más perturbador. El polideportivo estaba desértico y finalmente parecía haber disuelto toda una parte del mundo.

Pasamos cientos de veces por el polideportivo, a la mañana, a la tarde, a la noche y, en los últimos años, en que se empezaron a desvanecer ciertas fronteras, también pudimos entrar al barrio por diferentes lados. Pero, como si alguien le metiera más contraste para volver el reflejo más frío, todo parecía congelarse. Aparentemente, nadie quería mandarle luz al barrio. Maxi decía, en su canción, que al barrio lo prendían los laburantes, las pibas del corralón, los de la metalera, que también llenaban muchas de las ollas. Los laburantes y nada más. Después, había que bancarse ese clima y ese reflejo espeso.

Pasaron los años, y esa cámara viajera, que registraba también la vida barrial, podía de a poco ir distinguiendo esos dos mundos: aquel que armaban entre la mayoría del barrio, que ganan algo para que llegue a la olla o al disco con unos menudos, los que abren la mesa a la vereda y hacen de ese momento el más feliz de la semana; y el otro mundo: el de los que gozan concentrar poder, prestigio banal, y están carcomidos por esa lógica. Hay una reflexión que cae de hecho: quienes tienen y manejan los pocos recursos que pueden llegar hasta ese punto exacto de Calzada lo concentran de tal modo que no desborda nada para el barrio (increíble como aquella teoría del derrame, que tantos años usaron y reutilizaron

las derechas del mundo, y que, con los hechos, parecen repetir quienes ostentan los recursos estatales). Ese conurbano profundo, donde, en los últimos ocho años, se apostó tanto al enfriamiento, suplantó las siempre ardientes terminales nerviosas del barrio por trabajadores municipales que tenían que actuar lo más extranjeros posibles.

No es solo la imagen de una sociedad donde el ajuste y la inflación secaron profundamente los bolsillos. Es otra cosa. No hay una alegría sincera por prender una brasas y poner a asar unos choris, y que el barrio se mezcle entre sí, y que, de ese modo, se haga muy difícil encontrar los límites entre la vereda y las casas; las doñas riendo con los pintas que llegan amanecidos a las 6 de la tarde; los guachines haciendo zigzags con las bicis, las pibas lookeadas como les gusta sin que nadie se haga el gil. En vez de eso, se apuesta por las escenas solitarias donde todas y todos están regalados. Enfriar un barrio no es solo sacar guita e intentar que no pase nada (o casi lo mínimo posible) para que no lleguen los sonidos de las implosiones que detonan las vidas barriales a los centros municipales. Enfriar un barrio, quitar el goce, es también regalarlo en bandeja para la desolación.

Las tardes de domingo



Cuando La Sede Producer fracasó rotundamente como salida laboral –ni siquiera funcionó como changa–, los pibes tuvieron que salir a laburar de sol a sol, seis días y un franco, viajes a capital de dos horas; algunos pegaron laburos de zanjeros, otros en construcción, otros de vendedores ambulantes ocasionales; hasta, en algunos casos, fue solo buscarse algo para vender en la feria de Solano. Por eso, un domingo, día garrón si los hay, probamos hacer un rodaje y sostener activa la productora, y no dejarla morir del todo.

Ese domingo, la familia del Porte estaba haciendo un asado, me invitaron a comer, pero acababa de almorzar en la parrilla que había en el fútbol. Acepté una lata de cerveza en vez de la comida. Enseguida surgió la charla sobre los torneos barriales. El tío de Porte dirigía equipos en

los torneos relámpagos que se hacían en el polideportivo. “Ayer se jugó uno”. Cuando se enteró de que yo venía de jugar un torneo de veteranos, enseguida levantó el ojo para reclutarme, aunque ya no puedo ni correr: “Tenés que tener una lista larga de jugadores. Siempre faltan. No importa la edad mientras entren a la cancha”. El tío me contaba de ese barrio que, por una y por otra, nunca habíamos conocido. Eso que caímos muchas veces los sábados a la tarde. No podía imaginar el polideportivo repleto en un torneo de fútbol como contraplano de la cantidad de veces que lo filmamos totalmente vacío o, a lo sumo, con cinco o seis guachines jugando a la pelota.

Pero también se eligió el domingo a la tarde, con la idea de mostrar un barrio con más vecinos circulando, en la vereda, pero nada de eso pasó. En cambio, fue esa cara de domingo donde vuelven todos los espectros de la noche anterior. Porte y Hunder todavía estaban conmovidos por lo que había pasado: uno de los pibes de su cuadra, un rato después de estar sentados tomando algo en la vereda, terminó en el hospital. Otro pibe del barrio, que estaba laburando de seguridad en una obra de agua, le pegó tres tiros que le terminaron partiendo la clavícula. Mientras caminábamos y charlábamos, nos cruzamos al negro, que conocía a ambos y nos dijo que había sido un error, que pensó que era un transa que venía a robar. Pero estaba igual de desconcertado que Porte y Hunder.

“Lo que más me angustió fueron los aplausos. Salieron todos a aplaudir mientras estaba sangrando en el suelo”.

86 Empecé a escuchar esos aplausos retumbando entre las casas y me dio un escalofrío. Realmente esa tarde de domingo estaba desolada, aunque el calor acompañaba para hacer vereda. La única explicación de esas calles vacías era que la noche anterior no se había ido del todo, quizás.

Llegamos a la esquina del jardín de infantes. La entrada tiene un techo de losa donde Alexis se subió una vez y Hunder lo filmó desde abajo. Esta vez, se subieron los dos para hacer la toma. Se veía el barrio desde arriba, el tanque de agua, las casas bajas. Y, de repente, parecía que Porte le estaba cantando al barrio, que lo estaba apurando: “¿Qué pasa? ¿Qué pasa?”.

De lejos, cae un loco al que había conocido hacía como 10 años o más. En ese momento, era un pibe del Enviñón. Estaba para atrás, rostro de días sin sueños. “Tres días sin bajar”, tira por lo bajo.

“Qué domingo loco”, tendría que haber aceptado el asado.

Pasó ya un largo tiempo desde ese día, lo escribo y sigo pensando en los aplausos. No había que entender ni interpretar nada. El gesto solo cargaba demasiado trasfondos, estaba recargado, por eso sus efectos siguieron resonando un día después.

Pero, ahora que lo veo escrito, no quiero que se lea mal. Bueno, no hay lecturas malas o buenas, pero no quiero que se lea la superficie del gesto, que quede solo la última capa de un lienzo. Me imagino que se lee solo como un gesto de sordidez y derechización, y me da bronca. No hay que decir ninguna gilada ni impostar una preocupación sobre los límites de lo que aceptamos.

“Son los trasfondos”, repetía como un mantra el director de la salita del barrio, y ahora estos se expresaban tan legibles como densos. Pesaban demasiado esas capas, todos estos años. No fue un linchamiento a un pibe que estaba robando, ni fueron los años de ajuste y rebotando los garrones para adentro, ni la intensificación de estas dinámicas que se generó con la pandemia; ni la cotidianeidad con cada vez más quilombos, para la que no alcanza ni una lista de problemas. Fue todo eso junto, y más. Hay que ver esas capas previas que se observan en las paredes viejas cuando se empiezan a agrietar, y se le ven las decenas de manos de pintura. Las profundidades oscuras que se llenan de un sinfín de secuencias que van complicando la vida y una acumulación de verduguesos y verdugos, deudas y vueltos, frustraciones y heridas. Y entre todo eso acumulado, esas resonancias ya enloquecedoras, esos aplausos seguían sonando aquella tarde de domingo.

Los sonidos de una despedida

La escritura se movía sola. Fueron uno o dos meses en que fueron apareciendo registros de distintos rodajes y movidas. Los fuera de foco de los videos, que siempre tenían historias plegadas encima. Muchas veces densas. Nunca caíamos al barrio en un día tranquilo. ¿Había días de tenso calma o siempre había que cargar con una secuencia que se atravesaba en la perspectiva cuando intentabas hacer foco? Podemos concluir que esta segunda opción triunfó en la balanza. Si, en vez de la grabadora digital, hubiésemos utilizado una videocinta mientras repasamos los planos,

encontraríamos, mezclados en alguno de esos cuadros, estas imágenes de garrones que conviven cotidianamente en el barrio. Siempre quedaban impregnadas y reaparecían cuando volvíamos a recorrer esas calles.

Justo una semana antes de que Maxi me pidiera hacerle la segunda para filmar “Sabés quién soy”, me había pasado por lo de Porte y Hunder a dejarles una impresión de cómo venía el libro. Finalmente, no los encontré. La comunicación sin celulares en la era de la inmediatez se complica mucho. Sin celular, queda la comunicación por mensaje de Messenger un día antes, y rezar que no se modifique nada en 24 horas, algo imposible. “Nos vemos a las 4”. Llegué a las 5 y, bueno, nos veremos otro día.

Finalmente, mediante la tía de Maxi –la única que sostiene su celular a lo largo de estos años (no los va liquidando cada quince días, como lo hacen los pibes)– me avisaron dónde estaban y les pude dejar la impresión. Pero esa no era la cuestión.

No sé si por lo fría que estaba esa tarde de invierno o por lo desolado que estaba el barrio a esa hora, ya poslaboral, pero cuando pasé por esa esquina de la casa de Porte y Hunder, volví a escuchar los aplausos. Seguramente fue porque a esa hora del viernes estaba con el cerebro derretido. Pero, por una cosa u otra, entendí que era casi obligatorio entrevistar a Toto. Todos esos días en el hospital, su nueva clavícula metálica, y ese sábado en el que cayó con esos tres tiros merecían tener su contrarrelato. El típico dicho “lo puede contar” se volvía muy concreto en esta situación. Pero, como nada de lo que hacíamos y planificábamos nos salía del todo, hacía semanas que Toto estaba desaparecido. “Gonza, hace dos meses estaba lo más bien con nosotros. Si lo pensamos hace dos meses... Pero ahora está todo re mal con él acá en el barrio, se mandó para algunas casas, está re tomado de nuevo”. Rápidamente esa entrevista dejó de ser una opción.

(Quería que el libro tuviera sus personajes secundarios fundamentales, que fueran apareciendo, que se metieran como preguntas cruciales: Toto y los vecinos que todavía podían dejar su versión de los hechos; las pibas que trabajan en el corralón, que no pudieron aparecer en el videoclip del MK –“El barrio está prendido”– porque llegamos tarde el día del rodaje; la tía de Maxi, porque gracias a ella nos pudimos mantener comunicados en los últimos dos años. ¿No era el libro una buena

oportunidad para caer a La cumbre y ver qué onda *la piba que rapeaba en silencio*? Así podría seguir un rato. enumerando a ese barrio ampliado que siempre se termina cerrando. Se achica la obturación de la cámara y solo quedan los pibes, sus murales y sus relatos interminables en YouTube. En todo caso, es un libro sin personajes principales. Y el rap nos acerca a una frontera que todavía está muy lejana a esas guerras de las pibas, de las doñas, de los laburantes y todas esas mayorías cansadas que susurran entre estas hojas).

Pero, aunque Toto estaba desaparecido, parecía que hubiera querido arrastrar todos los rostros posibles a la historias, al libro de los pibes del 2: “No podés tener mi testimonio, pero tenés que poner la historia de Jonhy”.

Volví a preguntar por Toto, y esta semana estaba involucrado en la historia del duelo que conmovió al 2 de Abril. Su desaparición se dio junto con la de otro pibe del barrio, y se divulgaba que habían tenido unos roces con unos transas de Quilmes y que esa movida se les había ido de las manos. Jonhy apareció enterrado hasta el cuello en la tierra de un descampado. Lo habían golpeado y después lo enterraron. Lo encontraron muchas horas después. Y murió cuando llegó al hospital.

De Toto, no se sabe dónde está ahora, pero dicen que llegó a escaparse.

Maxi me había avisado que el barrio estaba de duelo, pero, de todos modos, él quería seguir adelante con el rodaje de su clip. Era viernes a la 6 y algo, pero ya estaba oscureciendo, y teníamos que apurarnos a filmar con la mejor luz posible. Mientras hacíamos las primeras tomas, de la otra cuadra llegan con el camión a paso de hombre los del corralón: uno conducía y los otros dos iban caminando al costado como si lo estuvieran arrastrando, aunque eso era imposible. Parecían llevar el camión cada uno de un brazo invisible que salía de sus espejos retrovisores, como si le estuvieran haciendo la segunda a alguien que volvía quebrado un domingo a la madrugada. Jonhy era uno de los hermanos de la familia que trabaja en el corralón del barrio y, de alguna manera, se hacía presente en la escena. Enseguida, Hunder bajó la cámara y los demás apagaron la música, mirando cómo pasaban lentamente, dándoles lugar a que siguieran en su propio ánimo.

Al rato, mientras casi terminamos el rodaje, aparece uno de los hermanos de Jonhy con su moto y empieza a hacerla sonar. Llevaba puesta una remera de la cooperativa del corralón, por eso lo reconocí. De un segundo para el otro, cae “el Gordo” con su moto y unas tres o cuatro motos más (alguna que tenía la caja de *delivery*, otras que apenas se sostenían y un colgado con una bici), la rueda delantera contra el cordón y la trasera girando hasta que diera la palanca. En un instante, se produjo un concierto de motos que aceleraban: algunos intentaban elevarlas, otros las disparaban sin parar para que el ruido fuera cada vez más gede. El humo tomaba las cuatro esquinas y los estruendos debían escucharse en todas las puntas del barrio.

De los primeros cuatro que estaban charlando en la esquina cuando empezó el rodaje, se multiplicaron para ser cinco o seis veces más. Era horario poslaboral, entonces podían caer desde los más guachines hasta treintañeros viejos. Media hora duró el ritual y la convocatoria para armar el rito: la cámara, el parlante, las motos y hacer el tan necesario duelo.

Las fronteras

Era la esquina del polideportivo, pero ya no era la misma. Tres se pararon mirando de una cuadra a otra, de un modo nada amistoso, relojeando el rodaje que se estaba armando, pose brazos cruzados, desafiando y marcando un territorio. Una nueva frontera. Las veces que filmamos y nos encontramos en esa esquina... pero, esta vez, no parecía ser parte del barrio de los pibes en su cotidianidad; quizás algún campeonato relámpago convertía por unas horas a esa cuadra del polideportivo en un terreno común, pero ya estaba loteado en un nuevo conflicto barrial. Cuatro, cinco años en un barrio es una constante delimitación de sus fronteras. Algunas internas imperceptibles que se actualizan con la historia de los roces y conflictos barriales. Y también están las que caen pesadas desde arriba: los pibes sacándose el barbijo cuando volvían de vender en la calle en la pandemia. La avenida Santa Ana era la frontera entre el barrio aislado en conjunto y el resto de la ciudad.

En las fronteras horarias, también se juegan los límites entre un barrio movilizado y las calles desérticas donde los perros se vuelven dueños y peaje. Por ejemplo, filmar en la franja de las 7 a 9 de la noche es

cruzarse con los laburantes volviendo, las doñas con los pibes chiquitos que vuelven de alguna plaza, los que andan haciendo las últimas compras en el almacén para la cena o merienda tardía. Algunos y algunas ignoran el rodaje; otros se frenan porque se está armando una movida en el barrio. Una vecina y sus hijos gritan: “¡Canten una de los reyes del 2!”. Y se quedan un buen rato desafiando el atardecer que ya era noche clara en los días de invierno.

Pasaron los años y esas fronteras nunca desaparecieron. Cambiaron y se hicieron más pesadas.

En el barrio Villa Azul, los pibes nos contaban cómo habían resuelto un conflicto entre familias que heredaron desde sus abuelos. Las generaciones más chicas amistarón a un barrio que siempre tuvo sus fronteras firmes. Sabíamos que se habían amigado, pero nunca supimos cómo lo hicieron.

Desde que llegamos al Barrio 2 de Abril supimos que esas fronteras pesaban una bocha. Pasó el tiempo y seguía profundizando esas rendijas. ¿Hubiera cambiado algo que la cooperativa estuviera funcionando en el barrio, tener un lugar profesionalizado, donde puedan caer a grabar y estar de otra manera en el barrio? ¿Qué hubiera pasado si mostrábamos algo cheto que se hacía en el barrio? Pensar en la imagen de lo que pudimos ser no tiene mucho sentido. No es tiempo de seguir enroscado, debíamos seguir atentos a esas fronteras. Aunque no teníamos guita para pegar una cámara 360, debíamos actuar, onda *cyborg*, como si tuviéramos una de esas cámaras insertada en nuestro cerebro. Igual que como empezamos –y esa era otra de nuestras pesadas derrotas–, como una mónada que recorre el barrio mirando de reojo, con sus ocho ojos, cada una de las esquinas.

Historias que contar

Era necesario salir del relato en primera persona. Comenzar a hacer canciones que no se terminen en la biografía personal. Intentaba transmitir un poco de la tradición de las historietas rockeras: crear personajes suburbanos que nos hablaban a todas y a todos los que habitamos los finales de los noventa, y que no se cerraban en la vida personal del artista. Aunque, para ser sincero, había otra cuestión que se presentaba: cierto

cagazo de cómo aparecía la vida de los pibes cuando se ponían como primera persona en sus canciones. Sentía que era muy jugado exponer y cartellear algunas secuencias. Pero rápidamente me aplicaron: “Jaja... Gonza, yo estoy mucho más jugado cuando estoy en la calle. En el momento en que rapeo es cuando estoy más libre”.

Fue el primer gran desencuentro y a partir de ahí traté de que no opere más cierta pedagogía del susto. Después de que me aplicaran ese realismo, enseguida visualicé muy claro que, cuando escribían, se movían un toque de ese fondo denso del barrio picante y existían de otro modo por un rato. Las canciones, los rodajes eran otra forma de estar y exponerse a la calle. No provisto de riesgo, pero sí incorporando aquellos elementos a otra máquina. Cuando se trataba *del afuera*, le podía tocar a cualquiera. No existía el más o menos metido. El maleante o el pibe buenito. Andar derecho o en zigzag no te garantiza ningún tipo de tranquilidad. Afuera de las canciones, los pibes estaban re jugados. Y cualquiera, eh. El barrio picanteado y ajustado es una terrible ruleta rusa y, lamentablemente, había un registro demasiado real de lo que fueron los últimos años. Trayectorias de vida que, de un momento a otro, se interrumpieron.

Hay una relación entre esa pedagogía del susto –la reacción inmediata, con impostación de una supuesta preocupación– con la producción de rumores. Pinta el cagazo por alguna secuencia y enseguida comienza a circular el rumor. Llama un referente barrial al municipio, a la escuela, y el o la que lo recibe arma el “videograph”: “Fueron ustedes los que hicieron el videoclip en el polideportivo, juntaron mucha gente y terminaron a los tiros”. Un rumor falso tirado desde una oficina municipal, pero que después puede tener efectos bien concretos con vueltos o revanchas equivocadas. (Llegamos al barrio y nos encaran dos vecinos: “A ustedes los vemos siempre ahí con la camarita... ¿Fueron ustedes los que armaron el tiroteo acá?”. Y enseguida sacan una recortada del bolsillo. Eran tipos grandes, de nuestra edad. Sorprendidos, contestamos seco para que no se pudriera más. Y, de golpe, un tiro a los pies para que bailemos).

Pero al que hace circular esos rumores parece no interesarle cómo vuelven a lo barrial, ni mide las posibles consecuencias que estos pueden llegar a tener. Y así, cientos de rumores circulan sobre cosas que pasan

en los barrios. Parecen decir: mejor dejar rodar el chamuyo, y nunca jamás verificar qué pasó y de qué modo resonó en el ánimo barrial. Así se acostumbran a actuar de ese modo: ante cada secuencia, fingir preocupación y hacer rodar una supuesta certeza, y poner pose de “sé lo que está pasando”. De a poco, toda intervención se vuelve rumor.

Contar una historia, meterle rimas, hacerla circular por el barrio para que estallen los parlantes es tratar de hacer la operación inversa al rumor. En vez de tirar chamuyo después de una secuencia jodida para alejarse del barrio, cuando se arma una canción o un mural, se busca que eso que sucedió vuelva a transitar esos recorridos sensibles, pero de otro modo, bajo otro código. Hay investigación porque se ponen en serie variadas escenas barriales, que no aparecen o se reducen a los encabezados del rumor. Estas escenas se politizan porque se les da profundidad a esas historias de vida, con todas sus ambigüedades, pero desde sus propios parámetros. Vidas pibes recordadas y revividas por esas propias vidas pibes.

Entiendo ahora, llegando al final de esta crónica, que, de una manera u otra, me acerco al comienzo de esta historia: los murales de sus amigos que no están fueron la primera señal de alianza. Fue la primera contraseña compartida desde donde pensamos el tema y el contenido de una canción. Y fue en ese momento que creímos que era fundamental investigar estos modos de politizar las muertes; esa política de la memoria que hacían los pibes del 2deA y de muchos otros barrios del país, donde los altares son lugares para ranchar llenos de vitalidad y secuencias compartidas. Y sí, nunca pudimos seguir esa insistencia –porque no tuvimos billete que libere tiempo para meternos y hacer esa investigación–, algo continuo en cada uno de los rodajes, y de alguna manera en estas hojas. Los videos, las historias que contar, como una continuación sensible, en otro plano y faceta, de esos murales y de sus amigos.

Macana

por *Alexis del 2*

Con tan solo 10 años, él no la hace larga
no te rebeles porque muerde y no ladra,
no te da cañazo, ya le manda y dispara,



lo quieren psicologear, pero maneja parla.

Y se empezó a juntar con gente mayor,
él quería mucho dinero y de casa una mansión,
se le fue el padre y viene con dolor,
conocer la calle para él fue un gran honor.
Hasta el más delincuente lo respetaba
él era educado así que le bastaba,
él era de poca edad, pero un guacho de palabra
las dos manos te daba y su espalda ocultaba.
Él fue aprendiendo
el que juega con fuego, con fuego lo enciendo,
los mayores le fueron creyendo, de a poco fue haciendo,
muchos robos, droga y plata y fue creciendo
y todo iba muy bien, pintó hacer un hecho
y ganó, otra vez
de vuelta gira la suerte y se empieza a enloquecer,
pero en su último robo tuvo que correr,
con un balazo en la pierna no sabía qué hacer,
en esa secuencia se larga a llover,
lo llama una señora diciéndole hijo ven
lo ven todo ensangrentado
su corazón late muy fuerte y se ve muy asustado,
se acercan los vecinos del costado
pleno domingo disfrutaban de un asado.

94

Le ruega a una señora que al hospital no lo llevara
de la misma presión él no sabía dónde estaba.
La señora le pregunta cómo se llamaba
le responde: no recuerdo mi nombre pero me dicen Macana.

Que lo dejen ahí, que el dolor no le gana

que solo se cortó y que no anda en cosas raras

Al parecer la señora le creyó
Macana se quiso parar
intentó caminar y se cayó
llaman a la ambulancia que al fin y al cabo se lo llevó.

En el hospital salta su bronca y sus causas,
quería salir de ahí y volver con sus razas,
pero viene un milico y lo amenaza,
diciéndole que se va tras las rejas no para su casa.

Se quedó con los recuerdos de la gente mayor,
se quedó con ganas de tener esa mansión y sus millones.
Ojo, no se rindió, según él eso hacen los maricones.
Y solo cajeteaba diciendo qué voy a hacer
siempre fue de la calle su familia nunca lo fue a ver.

Cumplió su condena de 5 años y a la calle se fue,
recordaba de todo y decidió volver.
Antes de eso pintó una movida y un 32 rescató,
desde entonces volvió donde creció,
se fue con los mayores y después los traicionó.

Nadie sabía de su revólver,
con el supuesto piola de ahí tenía choques,
y tranqui no hagas que se enoje.
Que volvió Macana y se corre el rumor,
está medio dolido y viene sin humor.

Se hizo todo un guerrero
había gente que ya le tenía miedo

más de uno lo conocía y no le daba el fierro.
Se puso loco, Macana
mató a todos y se quedó con el terreno.

El pibe de la bicicleta

Agustín tenía quince años. Era de esos pibes que andan en bici para todos lados y saludan riendo a cada uno que se le cruza. Quedó en el medio de una discusión que desencadenó un tiroteo entre dos vecinos: “Me cagaste, me la vendiste y no funciona”. Agustín pasaba cerca de la escena, intentó resguardar a otro pibito de las balas y la ligó él.

El tiroteo fue durante una novecita de verano, en ese horario en el que están todos y todas en la calle. El caso sacudió al barrio. Tiros por una cortadora de césped que no arrancaba; un viejo loco enferrado; sus hijos policías interviniendo en la escena; una herramienta de laburo y una venta que devino microestafa: economías asfixiadas e hiperajustadas sin margen para nada, códigos barriales alterados, quilombos feos de la precariedad. Así son las guerras de hoy.

El velorio, que recorrió el barrio, lo mostró también “embanderado” por el recuerdo alegre del pibito. Hubo una campaña con afiches que lo recordaron: muchos vecinos y vecinas salieron a pegar su foto en kioscos, comercios, paradas de colectivos; un afiche que se distinguía de los demás, que no apelaba fácilmente a los reclamos contra “la inseguridad”, sino que parecía más bien un recordatorio y un mensaje cifrado de rechazo barrial a la familia que desencadenó “la tragedia”. La misma que pasaba un rato después de la pegatina y arrancaba de modo violento los carteles. El asesino la siguió en los posteos de Facebook, pareciendo intuir su destino: “Si les da el pecho, que me linchen, yo voy a volver al barrio”.

Para una percepción rápida, las *implosiones* barriales pueden asemejarse a estallidos, pero no, la cosa es más compleja; son “detonaciones” que se vienen siempre hacia un *más acá*: barrio adentro, casa adentro, familia adentro, cuerpo adentro; las implosiones barriales continúan en modo silencio más allá del suceso visible.

Nos cuentan los pibes que las vidas de los amigos y la familia de Agustín están rotas.

Hay umbrales de los que no se regresa.

Muchacho inocente

por MaxiKing

Esta es la historia de un muchacho inocente
un chico más del barrio, común y corriente
Me pregunto si el barrio fue el que lo hizo diferente
ayer era un chico bueno, hoy es un delincuente
El muchacho fue creciendo, ya no es un nene de casa
vive más en la calle, en las esquinas, en la plaza
Su madre llorando preguntándole qué es lo que pasa
Él contesta no molestes, hoy me voy con mi raza
Rodeado entre pistolas, mujeres, alcohol y drogas
se olvidó de su familia y que la vida es una sola
Buenos consejos le dieron, pero él no los valora
tarde o temprano va a perderlo todo, tal vez en horas
Ahogado en la porquería, no le teme ni a las balas
otro chico inocente más que se pierde en la vida mala
se está ganando el infierno, se está perdiendo sus alas
pero no le importa, lo que digan le resbala

Esta es la historia de un muchacho inocente
un chico más del barrio, común y corriente
Me pregunto si el barrio fue el que lo hizo diferente
ayer era un chico bueno, hoy es un delincuente
Así fue como el muchacho se metió de lleno al robo
pensó que de esa manera podía salir del lodo
gente que le da la mano, pero él le agarra el codo

dice que no es cordero, dice que ahora es el lobo
 Como ya estaba en el bondi, lo invitaron a robar
 entonces su pistola el guacho empezó a cargar
 no pensó en su familia ni en lo que puede pasar
 tenía la mente nublada, solo pensaba en ganar
 fueron a una lotería, ya tenían todo planeado
 plata o plomo al empleado, era un laburo entregado
 tenía todo el billete, volvían re ganados
 pero se escucha “alto policía”, y luego tres disparos.

Y ahí quedó tirado en el suelo
 es que con la muerte él tuvo un duelo
 el que mal anda, mal acaba, eso sabelo
 por mala vida ahora vive en el cielo.

Sugus



“Recuerdo esos días de pibes cuando salíamos juntos a jugar. Tu amistad era la de hermanos, nadie lo puede negar. Perdimos un buen amigo, ganamos un ángel para dios. Nadie sabrá cómo fue, pero en mi memoria siempre estarás”.

98

(Frase del mural de Sugus)



En esa esquina, antes se amontonaban basura y escombros. Los vecinos llevaban de todo para que se nos hiciera difícil parar ahí. Pero igual corríamos las cosas y nos hacíamos el lugar. Era la esquina de los que vivíamos en El Mirlo. Y ese era el punto de encuentro que teníamos con Sugus.

Después de lo que le pasó, todo cambió. Los mismos vecinos que no querían que paráramos ahí se acercaron a colaborar con pintura y a sacar los escombros para que pudiéramos hacer, en aquella pared de esa esquina, un mural para homenajearlo y que su sonrisa quede acompañándonos por siempre.

Sugus era un muchacho de esos que andan siempre alegres. Era rechistoso, jodía con todos. Estábamos todo el día juntos, de acá para allá. Además de ser mi primo, era mi amigo, era como un hermano.

Fue solo a los primeros años de primaria, por eso siempre le costó conseguir trabajo, salir del barrio. Y, con el tiempo, empezó a robar para poder darles plata a los hermanitos más chiquitos para que comieran. Le compraba la garrafa a la mamá, a su abuela. Pensaba en los que lo rodeaban y después en él.

No era un pibe malo, pero viste como es la calle: lo único que te enseña es a sobrevivir y a lastimar. Desgraciadamente, lo lastimaron a él.

A Sugus lo mataron en un robo, tenía 22 años y estaba con el arma descargada. Un policía retirado, que estaba cargando nafta, le pegó un tiro en el pecho y lo acribilló cuando estaba en el suelo. Al policía lo procesaron, pero no quedó preso.

Rima pa'los compas

por Reyes del 2

Rima pa'los compa' que no están ausentes
 En el cora de todos, siempre presentes
 Papá dios, mándales un abrazo fuerte, un abrazo fuerte

99

Esta va para los pibes que ya no están, para los que se fueron y sin avisar,

Quiero que sepan que no los voy a olvidar, tarde o temprano nos vamos a encontrar

Recordando momentos inolvidables, haciendo travesuras inmortales

Recordando cuando rancheábamos en la esquina, momentos de carencia y momentos de alegrías

Y sigo por ustedes, sé que me cuidan de arriba, todo se puede, pero necesito su compañía

Para poder seguir con ganas, los extraño mis panas, extraño quemar un mañanero a la mañana

Sin enjuagarme la cara y sin sacarme las lagañas,

Estas son cosas que pasan, cosas que no se olvidan,

Pero en qué pensaban, que ya no están en la esquina

De ustedes todo se extraña, muchachos,

Cuando hacíamos cagadas desde más wacho, carcajadas, risas y escrachos

Ustedes son los verdaderos y por siempre serán mis ranchos

A veces me deprimó, pero miro hacia arriba

Y sé que una estrella ilumina mi camino

Me fumé todo el cielo por los ángeles en que se convirtieron,

A veces triste al visitar el cementerio, le mandó a este estilo con dolor adentro

Pero hay que seguir, que seguir de pie y ser valiente, hasta que volvamos a vernos

Mientras, enrolando, prendiendo, fumando, pasando

Jamás vamos a olvidarlos, jamás...

100

Maquinando mi mente en este día gris, recordando a los pibes que tuvieron que partir

De uno ya era la hora, otros se querían ir, y otros murieron por la bala de algún policía gil

Esta canción la hice para un amigo, más que un amigo, un hermano que ya no está conmigo

Yo sé bien que estoy re cruzado tomando un vino, pero siempre te llevo conmigo, yo nunca te olvido

¿Por qué? Porque te llevo en mis recuerdos, y aunque en las calles muchas veces yo me pierdo

Y aunque muchos quieran verme en el infierno, no me importa nada
Porque me estás cuidando desde el cielo

Tú, desde el cielo me estás cuidando, por eso con los pibes siempre
ando en mi mambo

Y el corazón se me parte en miles de pedazos,
Es que no pude despedirme con el último abrazo

Rima pa'los compa' que no están ausentes

En el corazón de todos los negros, siempre presentes...

Recuerdo la primera vez que caímos al 2 de Abril. Nos bajamos del 278
y lo primero que vimos fue un mural de un pibe con la camiseta de Boca.

(No, pará).

Esa no fue la primera vez que había conocido el Barrio 2 de Abril.
Fue por el 2010. Hacía unos meses que había empezado a trabajar en el
Envión, en el barrio Don Orione, y, ese día, caí con la murga del barrio
a la inauguración de la sede del 2 de Abril. Dos micros llenos de pibes y
pibas, y el cálculo de adultos por cantidad de pibes estaba muy despro-
porcionado. O estaba solo o estaba con una compa más, pero estábamos
en desventaja seguro.

Apenas entramos a la sede –en ese momento no había casi nada con-
struido, era puro terreno–, nos pegamos a otro grupo de pibes del Barrio
Betharram. Hay tantos equipos de fútbol en la zona sur del conurbano
que le pifíe al cálculo de las rivalidades posibles. Inmediatamente, cuan-
do nos estacionamos en esa parte del barrio, todos los pibes y pibas a la
par se sacaron de abajo de su ropa sus collares, sus casacas, mostrando
sus colores, y todo se tiñó de negro y blanco de un lado y de azul y blan-
co del otro: se armó un enfrentamiento entre hinchas de San Martín y
Claypole. Empezaron las canciones, y pensé: no hay manera de que esto
termine bien. Pero ese tenso equilibrio, esa línea invisible que separa a
un banda de la otra se sostuvo hasta el final de la jornada.

Al toque se me acercó un tutor del programa Envión del 2 de Abril
–imposible que recuerde su nombre–. Pero me quedó grabada la charla.
Primero me confundió con otro tutor; después, con un vecino de Don
Orione, o un hincha de Claypole, pero no quise corregirlo. Lo primero
que hizo fue ningunear lo que estaba pasando. “Acá no va volar ni un

golpe. Y si pasa algo, es por ahí” (me señala un grupo de pibes que estaba en la esquina del otro lado, que no era de ninguna de las dos bandas). A partir de ahí, empezó un relato de lo caldeado que estaba su barrio, que a la sede caían bandas de pibes de diferentes partes del barrio y que se pudría entre ellos.

Don Orión también estaba en estado de alerta por esos años. Se había dado un enfrentamiento entre bandas, y un pibe había muerto y otro estaba internado. El mismo escenario estaba pasando en el 2 de Abril por esos meses. Por eso, en la conversación, empezaron a pegarse imágenes repetidas: peleas por giladas, por un vuelto, porque se metió la policía a reclutar o verdugear al barrio.

Me fui un toque de la conversación. Me vino el flash del ascenso de Los Andes en el año 2000 y lo que fueron, en esos años, los enfrentamientos entre las hinchadas de los equipos de zona sur. Quizás me apareció esa imagen como contrapunto de lo diferente que era el barrio que me había tocado vivir diez años atrás. Claro que a la noche, por esos años, era un ring ambulante; el boliche era un *loop* interminable de agites que se repetían hasta el hartazgo: “Lomas, Lomas, Lomas, Lomas”; “Cele, Cele, Cele, Cele”; “Banfield, Banfield, Banfield”. Pero ese era otro barrio. El mayor terror era quedar de visitante. Conocer el nombre de cada uno de los que paraba en cada barra, y tratar de no quedar en la vereda equivocada. Pero el barrio y la esquina tenían fronteras distinguibles.

Pero este loco de 2 de Abril, en esa charla en medio de esa tensión, donde mis ojos se iban de un lado a otro, porque estaba ahí de responsable, me apioló de otro terror que esa escena graficaba mejor que ninguna otra: “Se va a pudrir antes entre ellos”. Estaba enroscado por las peleas entre bandas, por las fronteras –todo el tiempo nuevas– que se armaban al interior del barrio, quilombos por giladas entre amigos, y eso era lo que le importaba. “Este es un barrio en el que siempre se metió la policía para hacer quilombo entre nosotros”. Esa reminiscencia a la policía la entendería con más claridad años después, al ver que en los epitafios de muchos de los pibes que terminarían pintados en la pared está, de un modo u otro, involucrada la gorra.

Cuando volvemos con Juguetes Perdidos muchos años después para hacer un taller, lo primero que vemos al bajarnos del bondi es ese mural. Y damos una vuelta alrededor de la sede, y aparece otro. Y caminamos

otra cuadra más, y el rostro de otro pibe, colorido y haciéndole un gesto al barrio. Con el tiempo, era inevitable que pintara una charla sobre esto mientras pateamos el barrio: “A Cristian lo agarraron en una estación de servicio y le pegaron seis tiros por la espalda. Hubo un re quilombo después en el barrio, porque el que salió a robar con él lo dejó tirado. El día del velorio de Cristian, este muchacho apareció muerto en un colectivo. Hay un mural de este pibe en la otra punta del barrio”.

Después de los primeros meses de taller, les propusimos a los pibes escribir sobre una temática. Ver si salía un tema escrito entre todos. Había circulado un libro del rapero Chuck D y un artículo que habíamos hecho hacía un tiempo, que se llamaba “El cielo de los piolas”. Sobre esto último habíamos estado conversando un par de veces. Enseguida prendía una idea: “Podemos hacer una canción para recordar a los amigos que no están”. Y sí, era una fija. El 2 de Abril es un barrio lleno de murales de pibes (muertos a manos de la policía o por algún vuelto barrial). Todo ese ritual de los murales tiene un momento posterior, en que se los banca con la presencia, rancheando en esas mismas paredes. Tengo un estribillo, tira Elías: “Rima pa' los compas que no están ausentes, en el cora de todos, siempre presentes, papá dios, mandales un abrazo fuerte”. Elías arrancó esa frase del pecho, el recuerdo de su primo y su presencia constante.

Casi como si ya tuvieran la canción escrita en la piel, Alexis y MK continuaron aquel estribillo. Era una fija, su barrio, la historia de sus amigos, los murales como marcas de señalización de los destinos posibles, no como destino fatal, sino como mística y continuidad sensible de sus vidas. Cada frase que tiraban dialogaba directamente con su cotidianidad. No es recuerdo de un pasado, sino recuerdo de un presente denso. En esa guerra, no aparece claro el otro bando, la guerra es contra la policía, sí, pero también contra los vecinos, también contra ellos mismos.

Lo mismo sucedió en el rodaje: todos sus amigos que daban vueltas por ahí querían estar, teníamos que pasar a filmar por cada uno de los murales. “Bienvenidos al Barrio 2 de Abril”, decía en una de las paredes del polideportivo y, a continuación, comenzaba un mural enorme que relataba una línea de tiempo con la historia del barrio y, al final, un mural donde estaba Cristian, justo en uno de los rincones del poli donde se acumulaban bolsas y restos de basura.

Fue el primer tema colectivo donde la banda se hacía presente. De este modo, en el primer rodaje, estaban todos. De un mural a una esquina, de una esquina a un mural. No sabíamos bien qué estábamos haciendo, pero poníamos la cámara firme para que las escenas no se perdieran. En definitiva, significó un momento más de un ritual que empezó cuando pintaron el mural de Sugus. Por eso, fue recién mucho tiempo después cuando conocí su historia, lo que significó hacer el mural para ellos, quién era su primo y las infinitas historias que se iban entrecruzando. Pero, en el momento del rodaje, la canción, el videoclip se desprendían casi obligatoriamente, sin pensar mucho dónde filmar y cómo.

Tampoco esperaron a poder hacer el video en el taller de audiovisual que había en la sede. Cada semana les insistía en que se acercaran a la clase de los lunes, pero igual no iban. Con el tiempo, comprendí que el videoclip nunca se reducía a algo que se resolvía con cine. Poco tenía que ver con el lenguaje audiovisual lo que estábamos haciendo. No teníamos las herramientas para llevarlo a cabo, ni tampoco les importaba a los pibes. Había otros objetivos. Lo teníamos que hacer y listo, porque algo de eso que estaba pasando se podía disolver de un momento a otro. Había una urgencia y teníamos que resolver con lo que teníamos. No era tiempo de planificación, de pensar momentos para diseñar el proyecto. La pintura de los murales se empezaba a desprender de las paredes... Los integrantes de la banda, el equilibrio de fuerzas del barrio siempre inestable... Y, en un toque, con la presencia de su amigo desde el cielo, se jugaba algo de la finitud de ellos mismos. Por eso, había que aprovechar la oportunidad de encontrar esa línea, esa excusa, de salir a moverse por el barrio de otra manera. Esa cámara Handycam, la música de fondo –y hasta quizás nosotros mismos como adultos–, dándole entidad a todo eso, permitían que esa línea de insistencia siempre polémica, siempre en tensión con cierto vecinalismo, pudiera salir a rodar.

Así comenzó a dar vuelta esa banda de rodajes. Había que sostener esas urgencias. Hacerle la segunda a esa vitalidad.

Y, casi sin darnos cuenta, el rodaje y la manija se convirtieron también en una experiencia de investigación y registro de lo barrial. En el momento en que continuamos con cada uno de los proyectos de videos, sabíamos que, además de ser un estrategia de difusión de su música –y también de aprendizaje constante, y a los golpes, de herramientas

visuales—, íbamos incorporando capas de un mapeo barrial que empezó, y se sostuvo, desde ese primer gesto: darle entidad a esa política de la memoria que venían componiendo y bancándose como pibes —desde su perspectiva—, para que esas rimas que continuaban la vida de sus amigos de otro modo empiecen a sonar de a poco en los parlantes luminosos del 2 de Abril.

Epílogo. Tarde de perros viejos

por *Leandro Barttolotta*

Caímos a la hora en que se desarman los moños. Cuando la siesta y el sol —que pega sin filtro verde— dejan al barrio deshabitado de las camadas más cuarenta, y la poca vida humana que queda moviéndose es la de los pibes que transforman al poli en un páramo adolescente. Hace unos años, escribimos que *los nuevos barrios no cuelgan pasacalles de bienvenidas para nadie*: ni a docentes, ni a laburantes, ni a militantes. Esa impresión de sociología silvestre dejaba expuesto el supuesto de *regalarse* como nuevo modo de la militancia —en el sentido más amplio posible— territorial: una secularización del viejo sacrificio setentista y un poco de humor para sacarle la ficha a quienes cartelean el control total de los flujos barriales, aunque nunca parecen comprender sus movimientos más turbios. Pero más que el moño, esta vez, lo que delata la extranjería son los barbijos: parecemos tres ninjas desalineados y desambientados.

Mientras caminamos con los pibes y metemos el cuerpo —o, más bien, lo cruzamos de manera involuntaria— en algún vueltito barrial, flasheadmos que, de tan extraños que parecemos, casi que salimos del radar: de fucsia o flúo chillón, pasamos a un color difícil de identificar. “Lea, con el reflejo del sol en los lentes, parecía que tenías el pelo azul. Pensé: ‘¿Qué le habrá pasado?’ Ahora está con los pelos *así*”, dice Maxi. Cayó un poco más tarde, ojeras de gira, tono de voz pastoso y unas marcas en la cara que dolieron en carne y vida propia cuando relató el porqué: “Estuve internado la semana pasada —largó mientras mostraba rápido las marcas de cascaritas en la ceja y la lastimadura en el brazo—, estaba con mi novia y fui al kiosco. Pasaron unos y nos vieron. Claro, pensaron que era la típica: dos celulares y se nos vinieron. Yo me les planté

y me dieron. Me pincharon acá –muestra la palma de la mano con dos cicatrices rojas recientes–, me tiraron al piso y me dieron patadas en las costillas. En el hospital, me dieron oxígeno porque no podía respirar”. Lo que más parece dolerle es que esa parte del barrio, ese ángulo, “vio todo y no saltó”. Tan solo una vecina atinó a agarrar unas piedras y a apurarlos, parece que los demás se quedaron en el molde y en silencio. Miraron y “ni siquiera pegaron unos gritos”. El barrio ahí no saltó por el barrio. Hay miedo. Sí. Pero Maxi insiste: “No hay que hacer eso, compa”.

Porte nos hace escuchar la letra del tema nuevo que están grabando. Si no escuchás la música, la escena es medio absurda: hacen muecas de malos, mueven las manos, hacen una coreografía bastante ensayada. Cuando se alejan unos metros, se arma un montaje gracioso: suena una cumbia santafesina de fondo y parece que están haciendo un video cumbiero. Maxi, después, nos dice que le gustaría en algún momento armar una bandita de cumbia. Un guiño a nosotros y a nuestra extranjería. Pero, una hora antes, hubo algo más que un guiño: un gesto bien piola y cariñoso de Hunder. La Brahma heladita estaba por empezar a circular; por tildado había dicho que sí a la propuesta de tomar una birra entre todos y, cuando la rechacé, Porte me aplica: “Pero ya la compré, loco. Si vos querías escabiar”. Le dije que tenía ganas de escabiar, pero que no daba tomar todos del pico. Hunder cruzó al kiosco y regresó con un vasito de plástico limpio. Me sumé a la ronda con el vasito lleno de birra. Re cheto pero bien. “Ese virus ya fue”, había dicho un rato antes Hunder. Otro tiró: “Ni nos enteramos del virus”. “Yo te traje el vaso por respeto, porque ustedes *creen* en eso”. Maxi se corre de esa idea nihilista y tira que los primeros meses estuvo más guardado y que “hay que cuidarse”. Hay anticuarentena, pero más aún *no cuarentena*; pasan los días y cada vez es más obvio: las vidas descuidadas por sobreexposición a la precariedad más lacerante no pueden incorporar hábitos de cuidado importados de las vidas sobremimadas. Por la clase de pertenencia y por la presencia en el discurso público, la regla opera fuerte: a mayor nivel de exposición a la precariedad sin rejunte, menor cuidado. Se podría traducir: el cuidado individual es expresión de la comunidad –o el rejunte– que te conforma y te habita. Esa “informalidad que la pandemia nos mostró y a la cual no podemos dejar de ver”, como se cacareaba en el relato presidencial de la primera cuarentena, parece haber quedado nuevamente sumergida debajo de esa piel finita, frágil y casi transparente del círculo blanco

que recubre la sociedad y arma la agenda y las tendencias políticas de cada maldito día. Pero la estadística apestada sigue sin aparecer: “Hubo algunos viejos que se murieron acá. Pero estaban *sanos*, fueron por otras consultas al hospital, y volvieron enfermos y la quedaron”, cuenta Maxi.

Loquillo la tiró firme y picanteando cuando empezamos a insistir, una vez más, con los barbijos y la distancia: “Acá nos cuida Dios. Y si vos crees en Dios, no te vas a meter vacunas ni nada”. Diría el Malandro: “Acá es pura fe, *PapaDio* y Jesús”. Es pura suerte, pero no. Es pura fe y es confiar en la estampita y la medalla, y fue. Así se camina la calle, así se le pone el pecho a las enfermedades. Ancestral saber popular y barrial: una religiosidad privada que te sirve para lanzarte al espacio público. Estas escenas muestran que gran parte de las horas de TV dedicadas a discutir sobre el mal bicho y sus efectos drásticos no se “focalizaron” (ay) en las vidas populares; se le habló mucho al *runner*, al inquieto o inquieta de clase media blanca metropolitana, pocas caricias significativas y poco discernimiento sobre las *cuarentenas barriales y reales*: como si todo se hubiera congelado en un día cualquiera de mediados de mayo y desde ahí se hubiera repetido igual a sí mismo.

Porte escribió una buena letra. Extensa y con muchos cierres de garrones personales en un enunciado difuso: “Este sistema”. Si estuviéramos en el 99 o en el 2002, el sistema sería un significante vacío, listo para rellenar con buena estofa política y social: al toque generaba un antagonismo piola. Pero el tiempo pasó, el rocanrol de esos años no volvió a los barrios, la militancia de esos años dejó de pensar a la juventud como sujeto político, y entonces esos enunciados quedaron regalados para que los reactive la derecha. Ahora, ese “sistema” es el que maneja YouTube y el terraplanismo (barrioplanismo, en este caso). Acá, se sabe, están los transas, la policía, YouTube y el Estado que aporta una moneda en silencio. Ni siquiera se pensó un discurso de cuarentena para pibes (y para laburantes). Solo se percibe bien lo que alcanza el pico que se asoma en Villa Tuitter. Pero acá, más ética que conceptualmente, nadie está arruinado –ni cerrado como un termo–. Porte insiste: “Tráiganme el libro, loco. Quiero hacer toda una serie de canciones sobre *La sociedad ajustada*”. Veremos. En una de esas, “sistema” puede ser ahora “sociedad ajustada”, y el pedido puede ser de una línea vital y no de una bajada de línea política.

Hunder balancea la cámara, la aúpa y la mueve hacia arriba y hacia abajo. Se siente el olor a porro que gira de boca en boca. Se escucha de fondo que alguien pregunta por uno de los pibes y otro le responde que se la pasa encerrado tomando pastas. La *Manaos* Pomelo queda fuera de foco. Un pelado –de esos que pueden tener cualquier edad en la franja que va de los 25 a los 35– se acerca y se cuelga preguntando qué estamos haciendo y mechando cada tanto su propio rollo biográfico y sus berretines: música, fotografía. “Les digo que no hagan siempre el mismo plano. Está medio quemado el plano del poli, viste. A *este* chico, le decía...”. Se refería a Vela o después a Maxi sin saber bien el nombre: conocidos del barrio y vecinos. Nos quedamos charlando en una esquina, los pibes cuentan que toman birra con Speed, enfrente se ve un comedor salvaje que abrió un camionero de la recolección en plena pandemia. La bandera verde y blanca cuelga grande en toda una pared. Orgullo laburante y sindical en extinción. Mitad por peaje barrial de trabajador de remera verde y bien remunerado (y porque con los camiones se recorre los barrios más picantes del condado y nunca hay que quedar con el cartel de ortiba) y mitad por pulsión militante. En la calle, juegan unos pibitos con unos patines y allá al fondo de la calle se asoman chiquititos los bondis blancos y azules de la terminal.

Tiramos varias veces la pregunta por los trabajos y los días. Elías contó que fue con el tío a laburar en unos dúplex, pero que ya se cortó. Maxi dijo que había una punta para laburar en un country de Alejandro Korn. Tenía que ver el tema de los antecedentes penales. Pero parece que ahí en la zona hay un kiosquito con impresora que te dibuja eso y chau. Loquillo anda vendiendo algo. Nos pide que le compremos unas rifas. Elías dice que se cansó de vender. Hunder también. Porte también. Andá a saber cuántas horas después de arrancar se cansaron. Vela va a ser tutor en el Envión y parece que por momentos se para distinto: como si ya mirara la escena con cierta distancia inevitable. Apenas llegamos, vimos a Brian, el *Muke*, un tutor de los intachables. Nos saludó desde la puerta de la casa y no cruzó. Los que hacen ventas ambulantes son –en versión hiperprecarizada y sin el contexto dosmilunista– continuadores de los viejos motoqueros: hacían un reparto, paraban a tomar una birra en el kiosco y a jugar al metegol, arrancaban a hacer otro viaje, volvían y pegaban una

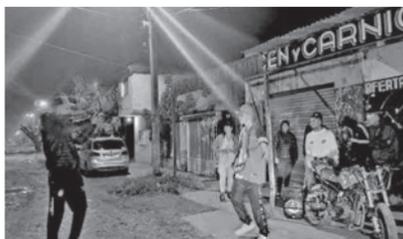
bolsa, tomaban una birra más y rajaban para otro punto geográfico. Todo el día moviéndose de acá para allá, y nosotros todo el día tirados en el mismo lugar.

Al otro lado de la calle, cruzando la canchita, se ve estacionada una lancha de la bonaerense media baqueteada. “No pasa nada –dice uno de los pibes–, esos son vecinos y no nos joden”. A unos metros, sobresale una torre de hierro caída a un costado de la cancha. Al costado de las dos torres-tanque de agua que custodian esa parte del barrio. “Se le cayó en la cabeza al hermano de Alexis. Le rompió todo el cráneo. Es un pibe que solo viene acá cuando están los torneos. Los vecinos quisieron hacerle quilombo al de la canchita, pero...”. Puta madre. Parece que se encadenan las “injusticias”.

Allá al fondo, en la “puertita” de entrada a la cancha, en una imagen de candidez que parece recortada de un viejo almanaque, dos pibitos y una pibita juegan apoyados sobre una pared que parece de cartón piedra. En ese lugar, un rato antes, dos “cucarachitas” en moto apuraron –y tiraron en pocos segundos mil tiros por la boca– a un pibe que casi no se inmutó. Mientras la moto arrancaba y frenaba, el pibito de atrás lo agitaba: “Ahora no está tu viejo transa. El gordo gil ese, que vende porro y merca”. En un momento dejó caer la máscara de alumno bueno y atento que había mostrado en la puerta de la sede un rato antes y sacó un segundo el fierro que calzaba en la cintura. Andaría enfierrado por esos vueltitos barriales. O, quizás, para ir y venir a la avenida o a las calles más alejadas, a hacerse un celular, una campera o una moneda y continuar el rancheo intermitente en el Poli, pero aportando una gaseosa, un faso o un escabio más cheto.

























RIMA
PA
LOS COMPAS

Rap / conurbano / memoria

Gonzalo Sarraís Alier